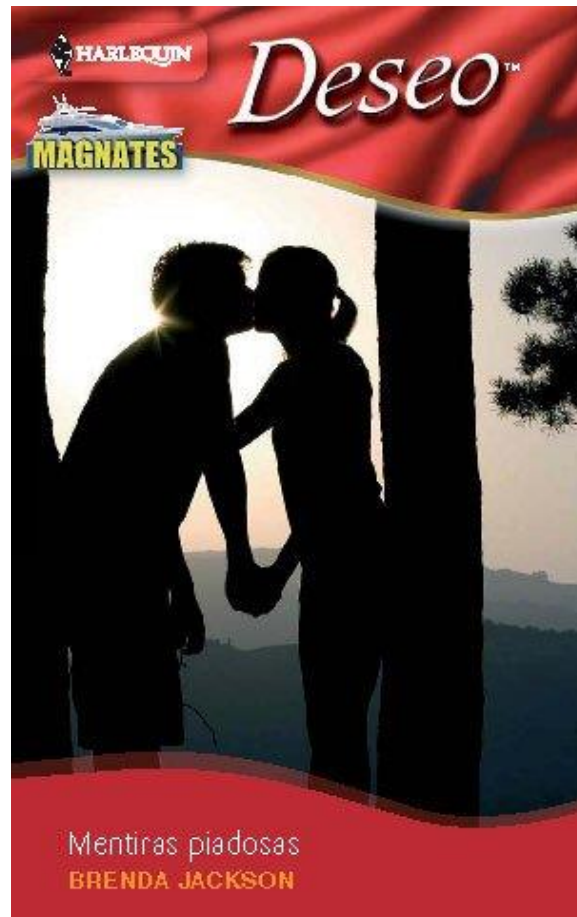


BRENDA JACKSON
Mentiras piadosas
2º Magnates



MENTIRAS PIADOSAS, N.º 56 - agosto 2010
Título original: One Night with the Wealthy Rancher
Protagonistas: Darius Foster y Summer Martindale

Argumento:

El rico vaquero Darius Foster nunca esperó volver a ver a Summer Martindale en esa parte de Texas. Seguía intentando olvidar la noche increíble que habían pasado juntos... una noche que había sido un completo error.

Pensando que Summer se había mudado sólo para estar cerca de él y de su dinero, el ex policía se juró mantener las distancias. Pero cuando el peligro comenzó a amenazarla, Darius supo que él era el único que podía proteger a Summer. Y eso significaba estar cerca de ella... ¡en todos los sentidos!

EL ECO DE TEXAS

Todas las noticias que debes conocer... ¡y mucho más!

Quizá sean imaginaciones nuestras, pero cierto miembro del Club de Ganaderos de Texas está pasando mucho tiempo en el centro de acogida para mujeres Helping Hands. Al principio, parecía que este vaquero multimillonario sólo quería ser un buen vecino, amable y filántropo. Pero hemos podido conocer a la nueva defensora del centro de acogida. Y no es posible que el millonario del que hablamos no se haya percatado de su belleza. ¡Después de todo, es un texano de sangre caliente!

¿Y qué sucede con esta joven que acaba de llegar a la ciudad? Sin duda, no ha podido pasarle inadvertido el alto y atractivo ex policía que tanto va a visitarla. Y todos sabemos cuántas mujeres han estado intentando ganarse el amor de este soltero de oro. Es rico y guapo, ¿quién iba a resistirse? La joven en cuestión trabaja en Helping Hands por razones humanitarias... ¿o lo hará sólo para cazar a un millonario?

Capítulo Uno

-¿Qué estás haciendo aquí, Summer?

Al oír aquella voz, Summer Martindale se quedó petrificada, con los ojos clavados en el documento que tenía delante. Era una voz que llevaba casi siete años sin oír y, sin embargo, recordaba a la perfección su timbre sensual. Su vibración seguía siendo capaz de excitar sus sentidos como antaño, de un modo que ella nunca había podido explicarse.

Aunque desearía haber podido olvidar aquella voz.

Summer respiró hondo y, tras un instante, levantó la vista y se topó con los ojos oscuros e intensos de Darius Franklin. Un escalofrío la recorrió al percibir la frialdad de su mirada.

Ella podría haberlo mirado de la misma manera, sin más, pero se negó a dejarle saber lo mucho que la afectaba verlo de nuevo. Lo que habían compartido en el pasado había terminado. Él se había asegurado de que así fuera y ella no podría perdonarlo nunca por el modo en que lo había hecho. Darius le había causado mucho dolor y se había jurado a sí misma no volver a experimentar tanto sufrimiento nunca más.

-Podría preguntarte lo mismo, Darius -respondió Summer al fin, con el mismo tono cortante que él había empleado.

Darius, con su imponente estatura de casi un metro noventa, estaba parado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en Summer.

Ella pensó lo mismo que había pensado la primera vez que lo había visto: Darius Franklin, con su complexión fuerte y morena, el pelo corto y negro, ojos de color carbón y delgado bigote, era un hombre muy atractivo. Pero percibió en él algunos cambios evidentes: sus mejillas parecían más pronunciadas y, sus labios, más firmes.

Por la mirada de él y la manera en que se le había tensado la mandíbula, Summer adivinó que no se alegraba de verla. Y, para ser sincera, ella tampoco se alegraba. Summer mentiría si dijera que no había pensado en él durante todos esos años, porque lo había hecho, y mucho. Sin embargo, al mismo tiempo, no había podido olvidar todo lo que Darius le había hecho pasar, las humillaciones, el sufrimiento... y eso le hacía lamentar el haberle entregado su corazón en una ocasión.

Darius se apartó de la puerta y Summer observó todos sus movimientos, deseando no sentirse tan atraída por su él y rezando por que el deseo que la invadía se desvaneciera. Aunque él no estaba tan delgado como solía, seguía siendo muy masculino. A través de su camisa de trabajo de cambray, podían adivinársele los músculos del pecho y los hombros. Y los vaqueros ajustados que llevaba le marcaban unos muslos y unas caderas fuertes y firmes. Antaño, él la había apretado con fuerza con esos muslos, mientras la penetraba una y otra vez, recordó ella.

Summer se esforzó por alejar esos recuerdos de su mente. Subió la mirada a los ojos de él e intentó no encogerse ante la frialdad que reflejaban. Algo dentro de ella tembló y se preguntó cómo el hombre del que había estado tan enamorada podía tratarla con tanto desprecio.

-Vivo aquí, en Somerset -dijo él.

La voz de Darius la sacó de sus pensamientos. ¿Vivía en Somerset? ¿En el condado de Maverick? De inmediato, esa información llenó a Summer de aprensión y temor, además de curiosidad. ¿Cuándo habría Darius abandonado el departamento de policía de Houston? ¿Y por qué?, se preguntó.

-Yo también vivo en Somerset -dijo Summer-.

Me mudé el mes pasado porque estoy empleada en Helping Hands como trabajadora social.

-¿Trabajadora social? -preguntó él, sorprendido.

-Sí.

Summer comprendía su sorpresa. La última vez que la había visto, hacía siete años, él tenía veinticuatro años y había sido detective en el departamento de policía de Houston. Y ella tenía diecinueve años y lo único que quería era escapar de las garras de un ex novio maltratador llamado Tyrone Whitman. Después de haber roto su compromiso, Tyrone se había negado a dejarla en paz. La había acosado durante meses, hasta que al fin la había sorprendido sola en su apartamento y, durante tres horas, la había amenazado con una pistola en la cabeza, diciéndole que iba a volarle los sesos.

Mientras la patrulla de asalto de la policía había intentado hablar con Tyrone y convencerlo de que se rindiera, Darius había entrado en el apartamento, rompiendo una ventana del baño. Había capturado a Tyrone y había salvado a Summer. Esa noche, Darius se había convertido en su caballero andante.

Al día siguiente, Darius se había pasado por su apartamento para reparar la ventana y, poco después del juicio, tras saber que un juez incompetente había dejado a Tyrone en libertad condicional, se había convertido en su protector. Ella había empezado a acostumbrarse a verlo a diario porque Darius había empezado a ir a verla siempre al terminar su turno de trabajo, para demostrarle que la consideraba alguien especial.

Era el mismo hombre que, en aquellos tiempos, durante una noche, había sido su amante, recordó Summer.

-¿Así que fuiste a estudiar a la universidad? -inquirió él.

Durante una milésima de segundo, Summer creyó percibir un atisbo de admiración en su voz, pero su fría mirada le dijo que se equivocaba.

-Sí -repuso ella, orgullosa de sus logros.

Entonces, Summer recordó que Darius había sido una de las personas que la había animado a estudiar y la había convencido de que era capaz. Él la había ayudado a creer en sí misma. Y, al mismo tiempo, ella había creído que los dos podían haber tenido un futuro juntos. Pero se había equivocado.

-Felicidades.

-Gracias -replicó ella con brusquedad, dejando a un lado el documento que había estado leyendo-. ¿Por qué has venido, Darius? Aunque los dos hemos dejado claro que vivimos en Somerset, estoy segura de que esta ciudad es lo bastante grande para los dos. ¿Qué te trae a Helping Hands?

-He venido a instalar el sistema de seguridad y el software de contabilidad -respondió él, como si eso lo explicara todo.

Summer asintió.

-Me informaron de que el Club de Ganaderos de Texas enviaría a alguien para hacerlo - señaló ella, intentando concentrarse en la conversación.

Summer había oído hablar mucho del Club de Ganaderos de Texas, un grupo de hombres que se consideraban a sí mismos los protectores de Texas. Sus miembros eran los hombres más ricos del estado, la mayor parte de ellos de familias muy ricas. El club era famoso por colaborar con muchas buenas causas sociales y Helping Hands, un centro de acogida para

mujeres recientemente abierto en una zona pequeña y pobre del condado de Maverick, era una de ellas. Ellos eran quienes proveían toda la financiación.

Summer había sido entrevistada para su puesto de trabajo en el centro de acogida y, cuando le habían ofrecido el empleo, había pensado que sería una buena manera de empezar de cero. Se había mudado desde Austin, donde había estado viviendo los últimos seis años.

-¿Cómo conseguiste el trabajo? -preguntó ella, sin poder contener su curiosidad.

Darius se encogió de hombros.

-Poseo una compañía de seguridad.

Summer arqueó las cejas, sorprendida porque él hubiera dejado la policía. Había sido un buen detective y ella había dado por hecho que se dedicaría siempre a ello.

-¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Somerset? -quiso saber ella.

-Alrededor de seis años.

Lo mismo que ella había vivido en Austin, pensó Summer. Se había mudado allí un año después de que Darius y ella hubieran roto. Entonces, se dijo que lo cierto era que no habían roto, en el sentido estricto de la expresión, pues nunca habían estado verdaderamente juntos... Al menos, no como ella había creído.

-Si has terminado con tu interrogatorio, me gustaría seguir con mi trabajo -dijo él.

-Bien. Me quitaré de en medio para dejarte hacer -se ofreció ella, levantándose de su escritorio.

Verlo después de tanto tiempo había causado una honda impresión en Summer, que se sentía invadida por un torrente de sentimientos agridulces. Pero estaba decidida a no dejarse dominar por los recuerdos.

-Si necesitas algo, díselo a la secretaria del centro de acogida, Marcy Dillard. Yo aprovecharé para irme a almorzar.

Summer agarró su monedero del cajón del escritorio y pasó junto a él a toda velocidad, hacia la puerta.

-¿Summer?

Ella se detuvo justo antes de llegar a la puerta y se giró.

-¿Sí?

Darius seguía mirándola con gesto severo.

-Te daría la bienvenida a la ciudad, pero no sería sincero si lo hiciera.

-Entonces, parece que tendremos que aprender a tolerarnos el uno al otro, ¿no crees?

Sin esperar a que él respondiera, Summer se dio media vuelta y salió de la oficina.

Darius se apoyó en el escritorio y observó a Summer hasta que ella salió de su campo visual. Entonces, por primera vez desde que se la había encontrado, intentó respirar con normalidad. Pero le costó porque, aunque ella no estuviera delante, seguía sintiendo su presencia.

Siete años era mucho tiempo. Sin embargo, ese día, cuando Summer había levantado la vista y lo había mirado a los ojos, Darius se había sentido como si lo hubieran golpeado en la entrepierna. Los recuerdos habían invadido su mente, obligándole a reconocer lo mucho que ella había significado para él y lo mucho que le había dolido su traición.

Darius dio un puñetazo a la mesa, enojado y frustrado. ¿Cómo podía seguir encontrándola tan deseable después de tanto tiempo? ¿Y, sobre todo, después de lo que ella le había hecho?

¿Por qué, al verla, su cuerpo de estremecía de deseo? Summer era siete años mayor que entonces, ya no era una chiquilla de diecinueve años que no sabía lo que quería de la vida, aparte de liberarse de un ex novio maltratador. Y era tan hermosa como él la recordaba. Incluso más.

Summer había madurado y era todavía más bella. Era alta y delgada, llevaba el pelo moreno largo hasta los hombros y tenía unos enormes ojos de color avellana. Su piel, de color café con leche, siempre le había producido deseos de lamerla de la cabeza a los pies.

Darius inclinó la cabeza un momento, mientras más recuerdos lo invadían, muy a su pesar.

Después de la universidad, él había empezado a trabajar en el departamento de policía de Houston, como detective con aspiraciones de ascender. La policía había recibido una llamada relacionada con una disputa doméstica y su compañero Walt Steward y él habían sido los primeros en llegar.

Una mujer joven que había conseguido una orden de alejamiento de su ex novio había estado en peligro. Tyrone Whitman había irrumpido en su apartamento y la había sujetado apuntándola con una pistola a la cabeza, amenazándola con matarla si no volvía con él.

Mientras Walt había intentado convencerlo de que se rindiera, Darius había podido entrar en el apartamento a través de una ventana trasera, por el baño, tomar a Tyrone por sorpresa y liberar a Summer.

Cuando Whitman había sido puesto en libertad bajo fianza, Darius se había sentido preocupado por la seguridad de la joven y había decidido que debía velar por ella. Pero, enseguida, había sido obvio que había habido mucho más. Se había sentido atraído por ella. La había considerado una mujer especial que se había mezclado con el hombre equivocado y sólo había querido rehacer su vida. Dejándose llevar y, sin hacer caso de las advertencias de Walt, que aseguraba que Summer no era lo que parecía, se había enamorado de ella. Y mucho.

Darius había creído que la conocía. Y había pensado que ella había sentido lo mismo después de la noche que habían pasado juntos, tan llena de química que no habían podido evitar terminar haciendo el amor. Había sido una noche muy apasionada, recordó, sintiendo escalofríos sólo de pensar en ella. Había sido una noche que él nunca podría olvidar, a pesar de que durante los últimos siete años había intentado olvidarla, con todas sus fuerzas.

Y, en apariencia, aquella noche había significado para él mucho más que para ella.

Al día siguiente, Darius había tenido que salir de la ciudad, al recibir la noticia de que su hermano Ethan había sufrido un accidente grave de coche. Había viajado de inmediato a Charleston y, de camino, no había podido localizar a Summer por teléfono. No había podido dejarle un mensaje de voz porque el contestador de ella había estado lleno, así que le había encargado a su compañero que informara a Summer de lo que había pasado. Cuando había regresado a Houston una semana después, había descubierto que Summer había hecho sus maletas y se había ido de la ciudad sin decir adónde. Ella le había encargado a Walt que le dijera que quería empezar una nueva vida y que se marchaba de la ciudad con un hombre mayor. Un hombre muy rico, a diferencia de él.

Después de casi perder a su hermano, Darius se había sentido destrozado por la noticia. Le había roto el corazón que ella hubiera tirado por la borda lo que había entre los dos para irse con un hombre rico.

Darius sonrió con amargura y se preguntó qué diría Summer si supiera que él se había convertido en un hombre muy rico, gracias a pequeñas inversiones y al éxito de su compañía

de seguridad. Ella creía que lo había contratado el Club de Ganaderos de Texas. ¿Cuál sería su reacción cuando descubriera que él era miembro del club? El mismo club que financiaba el centro de acogida, incluido el salario de Summer.

Entonces, otro pensamiento hizo que se le pusiera la piel de gallina. ¿Y si Summer ya lo sabía? ¿Y si había vuelto a Somerset porque se había enterado de su éxito y había planeado volver a engatusarlo, después de todo ese tiempo? Una mujer en busca de un marido rico haría cualquier cosa para conseguirlo. Él había caído en la tentación una vez y, tal vez, ella pensara que podía hacerlo de nuevo. Teniendo en cuenta cómo había actuado Summer hacía siete años, todo era posible, reflexionó.

Darius se apoyó sobre la mesa, dándole vueltas a ese pensamiento. Summer no llevaba alianza, lo que indicaba que no estaba casada. Y se había comportado como si se sorprendiera de verlo. Pero podía haber fingido. Él había descubierto hacía tiempo que era una buena actriz. Y una cosa era segura: no iba a bajar la guardia. Summer se había aprovechado de él antes, pero no dejaría que volviera a hacerlo.

Justo cuando iba a empezar con lo que había ido a hacer, Darius recibió una llamada en su móvil. Reconoció el tono de llamada y respondió.

-Hola, Lance.

-Hola, Darius. Siento no haber podido atender tu llamada antes.

-No pasa nada. Sólo quería informarte de que he tenido noticias del jefe de bomberos Ingle sobre el incendio. Voy a quedar con él mañana por la tarde. Me ha dicho que tendrá el informe oficial listo dentro de una semana y que contiene pruebas de que el fuego fue provocado.

Lance Brody era su mejor amigo desde que habían ido juntos a la Universidad de Texas, donde los dos, junto con otro buen amigo, Kevin Novak, habían sido compañeros de habitación. Los tres habían establecido un vínculo muy fuerte, de los que duraban toda la vida. No había nada que no estuvieran dispuestos a hacer el uno por el otro y Darius era consciente de que sus dos amigos habían tenido mucho que ver con su éxito en los negocios.

Lance y su hermano menor, Mitch, provenían de una familia rica y eran propietarios de Petróleos Brody. Ambos habían incluido a Darius en varias operaciones financieras muy lucrativas. Lo mismo había hecho Kevin, quien había reunido su fortuna en el campo de la construcción.

Lance y Kevin habían crecido en Somerset y habían intentado convencer a Darius de que se mudara allí después de la universidad, pero él había optado por vivir y trabajar en Houston. Entonces, poco después del incidente con Summer, había decidido mudarse a Somerset para empezar una nueva profesión y una nueva vida.

Darius trabajaba a menudo con sus amigos y Lance lo había contratado para investigar un incendio que había tenido lugar en la refinería Petróleos Brody hacía unas semanas. Aunque había habido muchos daños, nadie había resultado herido de gravedad. No tenía ninguna duda sobre el origen intencionado del incendio y el jefe de bomberos Ingle había confirmado sus sospechas.

-Estoy ansioso por cazar a ese Alex. Me propongo hacer que se pudra en prisión -dijo Lance al teléfono.

Lance y Mitch estaban seguros de conocer la identidad del incendiario. Era un viejo rival de los Brody, un hombre llamado Alejandro Montoya, apodado Alex.

-Cálmate, Lance. Ese hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario -repuso Darius.

-Espera a que salga el informe y verás. Te aseguro que Alex Montoya está detrás del incendio.

-Es muy posible que estés en lo cierto -indicó Darius, sabiendo lo convencido que estaba Lance de la culpabilidad de Alex-. Pero hay que demostrarlo. ¿Cómo está Kate? -preguntó, intentando desviar la conversación. Lance y Kate se habían casado en Las Vegas hacía unas semanas.

-Kate está bien y sé que pretendes cambiar de tema.

Darius no pudo evitar reír.

-Si lo sabes, sígueme la corriente. No sabes cómo necesito reírme en este momento.

-Suena como si tuvieras un mal día -comentó Lance.

-No lo sabes bien. Summer está aquí.

Lance se quedó en silencio un momento.

-¿Summer? ¿Tu Summer?

Darius estuvo a punto de reírse de sí mismo, porque Summer nunca había sido suya. Pero, en una ocasión, él sí lo había creído y le había hablado de ello a Lance.

-Sí, Summer Martindale.

-¿Qué está haciendo en Somerset?

Darius suspiró.

-Es la trabajadora social de Helping Hands. Me he pasado por aquí para organizar los sistemas informáticos de seguridad y contabilidad y me la he encontrado en la oficina.

-Debe de haber sido un encuentro difícil.

-¿Qué puedo decirte?

Lance rió.

-Puedes decirme que necesitas un trago. Eso parece. Podemos quedar en el bar del club, cuando puedas tomarte un descanso para comer.

Momentos después, Darius colgó el teléfono y pensó que Lance tenía razón. Necesitaba un trago.

Summer se sentó a una mesa de la cafetería Cielo rojo, que estaba a tres manzanas del centro de acogida. Era la primera semana de agosto y hacía un día precioso. Había disfrutado yendo a pie. Así, había podido recuperar un poco la compostura después de haber visto a Darius.

Miró a su alrededor en la cafetería. Cielo rojo era el sitio al que solía ir a comer desde que había empezado a trabajar en Helping Hands y había hecho amistad con los dueños. Los Timmon habían crecido en ese barrio del condado de Maverick y habían sido de mucha ayuda a la hora de contactar con los miembros del Club de Ganaderos para conseguir fondos para el centro de acogida.

El centro de acogida ofrecía servicios y un lugar seguro a mujeres víctimas de violencia, para que pudieran recuperarse y planificar su futuro. Helping Hands había abierto sus puertas hacía unos meses y Summer había sido contratada como parte del equipo de asesores. Ella apreciaba mucho la aportación del Club de Ganaderos. Por propia experiencia, sabía lo necesario que era un centro como ése.

Summer había salido con Tyrone durante unos meses y, después de que se hubieran prometido, ella había descubierto que era un hombre cruel y posesivo, que la había maltratado tanto física como psicológicamente.

Entonces, Summer había buscado ayuda en un centro para mujeres maltratadas en Houston y allí había encontrado las fuerzas necesarias para romper con él. Una trabajadora social la había ayudado a darse cuenta de que, aunque no pudiera controlar el comportamiento de Tyrone hacia ella, sí podía cambiar su forma de reaccionar, alejándose de esa situación.

Tyrone no había podido aceptar su decisión de terminar la relación y había empezado a acosarla, razón por la que ella había pedido una orden de alejamiento. Meses después, él había aparecido en su apartamento una noche y la había amenazado de muerte. Al recordarlo, sintió escalofríos.

Después de su terrible experiencia con Tyrone, por no hablar de lo mucho que había sufrido con Darius, Summer no confiaba en su instinto en lo relativo a los hombres, así que se había mantenido alejada de ellos. A lo largo de los años, se había refugiado en los libros y se había licenciado. Después de la universidad, se había concentrado en su trabajo en defensa de las mujeres maltratadas.

-¿Qué va a comer hoy, señorita Martindale?

Summer sonrió al mirar a Tina Kay, una de las camareras. Tina había sido una de las primeras usuarias de Helping Hands y una de las más jóvenes, con sólo diecisiete años. Tina había pasado la infancia de orfanato en orfanato y se había convertido en víctima de un maltratador, un hombre que la había convencido de que se merecía las palizas que le propinaba.

Summer no pudo evitar recordar su propia historia. Después del instituto, siempre había querido ver mundo. Su tía Joanne, que la había criado después de que sus padres hubieran muerto en un accidente de coche cuando ella había tenido trece años, había intentado que se quedara en Birmingham. Pero ella se había ido a Alabama, con la intención de trabajar y ganar dinero para irse luego a California. De camino hacia allá, había terminado en Houston, donde había encontrado un trabajo como camarera en un restaurante. Allí había conocido a Tyrone. La compañía para la que él había trabajado solía hacer repartos para el restaurante. Algo le había dicho que no era un hombre bueno, pero había querido creer que podía cambiar. Y se había equivocado de cabo a rabo.

-Lo de siempre -dijo Summer al fin, y se relajó en su asiento, pensando en su ensalada de pollo.

Durante un momento, observó a Tina, que estaba muy cambiada. Ya no era la joven asustada que había entrado en el centro de acogida con un ojo morado, cortes alrededor de la boca y el cuerpo amoratado.

-¿Qué tal te va todo, Tina?

Tina sonrió.

-Bien. Los Timmon me están dejando usar el apartamento que tienen encima de su garaje. Voy a empezar a dar clases en el instituto local el mes que viene y quiero ponerme al día en matemáticas. Siempre ha sido mi asignatura pendiente. He comprado por Internet uno de esos libros para aprender en casa.

-¿Y qué tal van tus clases de defensa personal?

El centro de acogida ofrecía clases una vez a la semana y las mujeres podían asistir de forma gratuita.

-Genial. El instructor es estupendo. He aprendido varias técnicas para defenderme.

Summer se alegró de ver que Tina estuviera tan contenta. El hombre que la había maltratado se había ido de la ciudad, pero aún no había sido arrestado. Entonces pensó en Tyrone, que había sido sentenciado a veinte años. Aunque la sentencia habría sido menor si Tyrone no le hubiera faltado al respeto al juez. Sumida en sus pensamientos, meneó la cabeza, preguntándose cómo podía haber pensado que amaba a ese hombre. A los dieciocho años había sido joven e ignorante.

Cuando Tina se alejó, Summer se recostó en su asiento y se permitió pensar unos instantes en el hombre que acababa de ver en el centro de acogida. Un hombre que había hecho todo lo posible por olvidar. Había creído que en Somerset, en un lugar nuevo y con un empleo nuevo, podría forjarse una nueva vida, conocer gente distinta. No había podido imaginarse que iba a encontrarse cara a cara con su pasado.

Sin embargo, Summer siempre solía decir a las mujeres a las que asesoraba en el centro de acogida que debían enfrentarse a todos los retos que se les presentaran. Y sabía que debía seguir su propio consejo. El destino estaba jugando con ella al reunirlos con Darius en la misma ciudad. Pero podía superarlo. Y lo haría.

Irritado y frustrado, Darius entró en el bar del Club de Ganaderos de Texas y miró a su alrededor. La vieja mansión de veintiséis habitaciones había sido transformada en un lugar donde los miembros del club pudieran relajarse y descansar. Y eso era justo lo que él necesitaba.

Además del bar, el club tenía un campo de golf, un balneario, establos con caballos y una piscina climatizada, junto con varias salas de reuniones, sala de juegos, una biblioteca y un comedor de etiqueta.

Darius, Lance y Kevin, junto con Mitch y otro amigo de los Brody llamado Justin Dupree, pasaban mucho tiempo jugando al billar en la sala de juegos. El otoño pasado, además, lo habían pasado prácticamente pegados a la pantalla gigante de televisión viendo los partidos de fútbol de la temporada.

Darius vio a Lance sentado a una mesa del fondo. El bar servía cenas y comidas y, en muchas ocasiones, los dos amigos habían quedado allí para comer. Sin embargo, en los últimos tiempos, Lance siempre tenía prisa por volver a la oficina, desde que su nueva esposa, Kate, había decidido continuar en Petróleos Brody como secretaria de dirección.

Darius meneó la cabeza. Conociendo a Lance como lo conocía, dudaba que su amigo dejara trabajar mucho a Kate. Diablos, él haría lo mismo si tuviera a la mujer amada a su lado durante todo el día, pensó.

«La mujer amada», se repitió para sus adentros.

Algo se encogió dentro de Darius al pensarlo. Gracias a Summer, dudaba que volviera a ser capaz de amar a una mujer.

-Necesito una cerveza -dijo Darius, frunciendo el ceño, y se sentó junto a Lance.

-Ya te he pedido una. Te vi llegar por la ventana -replicó Lance, observando de cerca de su amigo.

-Gracias. Había contado con terminar el análisis de seguridad en todos los ordenadores hoy para poder decidir qué software es el más adecuado -explicó Darius y sonrió a la camarera para darle las gracias mientras ésta colocaba su cerveza sobre la mesa.

-¿Vas a hacerlo tú? ¿Por qué no envías a uno de tus hombres?

Darius asintió.

-Heath se marchó ayer a Los Ángeles para hacerse cargo de la seguridad de una actriz que ha estado recibiendo amenazas de muerte y Milt sigue en Dallas -señaló Darius, hablando de dos de sus seis empleados-. El resto está trabajando en diferentes misiones en la ciudad. Eso significa que tendré que volver al centro de acogida cuando terminemos de comer.

Lance asintió y le dio un trago a su cerveza.

-Y también significa que volverás a ver a Summer.

Darius no dijo nada. Sí, eso significaba que, probablemente, se encontraría con Summer de nuevo ese día. Por no hablar de todas las veces que tendría que verla antes de terminar lo que tenía que hacer en el centro de acogida.

Porque, por la naturaleza de la institución, Helping Hands necesitaba tener un buen sistema de seguridad que funcionara las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. El Club de Ganaderos de Texas había decidido actualizar los ordenadores para eliminar el riesgo de que fueran atacados por piratas informáticos. La mayoría de las mujeres que buscaban refugio en el centro eran víctimas de violencia doméstica y sus vidas podían correr peligro si sus acosadores descubrían su paradero.

-Háblame de ella, Darius.

Darius lo miró a los ojos.

-Te he contado casi todo. Sabes cómo nos conocimos y cómo terminaron las cosas. Luego, fue a la universidad y se licenció. Ahora trabaja en el centro de acogida.

-¿Le mencionaste que perteneces al Club de Ganaderos de Texas?

-No. Ella cree que mi empresa fue contratada para ocuparse de la seguridad.

Lance sonrió.

-En cierta manera, es verdad.

-Sí, por eso Summer no necesita saber nada más -replicó Darius y su expresión se endureció-. No puedo volver a dejarme engatusar por ella.

Sin embargo, Darius sabía que no iba a ser fácil. Summer era el tipo de mujer que calaba hondo en un hombre. El mero recuerdo de cuando la había visto al entrar en la oficina le hizo sentir débil y vulnerable.

Pero no podía dejar que eso sucediera. No había ninguna mujer especial en su vida y él quería que así continuaran las cosas. El sueño de una relación más sólida se había desvanecido hacía siete años, tras la traición de Summer.

Capítulo Dos

-El señor Franklin me encargó que le dijera que ha salido para comer pero que volverá, señorita Martindale.

-Ah. Gracias, Marcy -repuso Summer, intentando aparentar indiferencia. Después de sacar una carpeta del archivador de Marcy, se dirigió a su despacho.

Ese día, Summer se había tomado más tiempo de lo habitual para el almuerzo, con la esperanza de que, cuando regresara a la oficina, Darius ya hubiera terminado. Pero parecía que no iba a haber suerte.

Summer se mordió el labio y decidió que debía comportarse con profesionalidad y de forma adulta. Él tenía que hacer su trabajo y ella también y, mientras cada uno supiera cuál era su lugar, no había razón para no comportarse de forma correcta el uno con el otro.

¿Pero qué derecho tenía él a mostrarse tan disgustado, cuando ella había sido la parte perjudicada?, se preguntó Summer. Darius se había ido de la ciudad, después de contarle a su compañero de patrulla que había pasado la noche con ella. Era probable que él no supiera que Walt le había dicho la verdad y estuviera enojado porque ella se había ido de Houston cuando él había regresado. Los hombres tenían una forma de pensar muy irracional, reflexionó, pero eso no importaba en ese momento. Darius había dejado muy claro lo que pensaba de ella y Summer esperaba no albergar dudas acerca de él. Eso era todo.

Summer se dejó caer en la silla y tuvo que reconocer que eso no era todo. Porque verlo seguía produciéndole un mar de sensaciones excitantes. Cada vez que Darius la miraba, aunque fuera con ira, algo se despertaba en su interior. Siempre había causado un gran efecto en ella. En el pasado, a ella le había gustado eso pero, en ese momento, lo odiaba.

Respiró hondo y, por primera vez en años, sintió como si el mundo se le cayera encima. Después de marcharse de Houston, había tardado mucho en recuperarse y en decidir que ningún hombre, ni Tyrone ni Darius, merecía sus lágrimas. Y había continuado con su vida. Estaba orgullosa de sus logros y pretendía hacer un doctorado después de reunir experiencia durante algunos años.

-¿No tienes nada que hacer?

Summer parpadeó al ver a Darius parado en su puerta. Lo miró, diciéndose que había sido una ingenua al pensar que podían comportarse de forma correcta el uno con el otro.

-Debiste haber llamado a la puerta antes de entrar en mi despacho.

Darius se encogió de hombros.

-La puerta estaba abierta.

-¿Y quién te ha dado permiso para entrar sin más? Podría haber estado reunida con alguna de las mujeres del centro.

-En ese caso, espero que habrías sido lo bastante profesional como para cerrar la puerta para proteger su privacidad. Pero no estás con nadie y sabías que yo iba a volver, así que deja de buscarle tres pies al gato -dijo Darius, entró en el despacho de Summer y cerró la puerta tras él.

Summer lo miró fijamente un momento, preguntándose cómo iban a conseguir llevarse bien. Era obvio que quien había contratado a Darius no tenía ni idea de que los dos se conocían y ella no podía solicitar al Club de Ganaderos que contratara a otra compañía de seguridad sin tener una buena razón.

-Mira, Darius. Tienes un trabajo que hacer y yo también. Está claro que no esperabas verme hoy. Sin embargo, los dos somos profesionales y adultos y podemos llevarlo lo mejor posible. No tardarás más de un día en terminar lo que habías venido a hacer aquí y...

-Te equivocas.

Summer arqueó las cejas.

-¿Perdón?

Darius se cruzó de brazos.

-He dicho que te equivocas. Terminar mi trabajo aquí me llevará, al menos, una semana. O igual dos.

Summer se sintió como si se le cayera el mundo encima.

-Bromeas.

-No bromeo.

-¿Por qué ibas a tardar tanto en instalar un sistema de seguridad?

Hubo una pausa. Una larga pausa. Y, por un instante, Summer dudó que él fuera a responder.

-La razón por la que tardo tanto es que, además de instalar un nuevo sistema de seguridad en todos los ordenadores del edificio, voy a instalar un sistema de contabilidad para que el Club de Ganaderos lleve las cuentas de la financiación. Me pagan bien para que haga un buen trabajo y no pretendo decepcionarlos apresurando las cosas sólo para complacerte.

-No necesito que me complazcas -le espetó ella.

-Lo siento. He sido un tonto por asumirlo. Por otra parte, veo que no llevas alianza, así que adivino que, después de todo, no has conseguido cazar a ningún marido rico.

Summer se preguntó de qué estaba hablando y decidió que prefería no saberlo.

-Mira, Darius...

Darius se acercó a su mesa en un rápido movimiento y Summer dio un respingo. Él colocó las manos sobre el escritorio y se inclinó, con su cabeza sólo a unos milímetros de la de ella.

-No, mira tú, Summer. Tienes razón, somos dos profesionales. Dos adultos que tuvieron una aventura que no llevó a ninguna parte. Yo lo he superado y tú también. Así que sigamos con nuestras vidas.

-Me parece bien.

-Genial -dijo Darius y se enderezó. Se alejó de su escritorio y miró hacia un armario que había al otro lado de la habitación-. Por desgracia, tengo que hacer la mayor parte del trabajo en este despacho. Puede que te moleste unas cuantas veces.

-Si tengo que hablar con alguna de las mujeres del centro, usaré la sala de reuniones -repuso ella, intentando sonar tranquila.

Darius asintió.

-¿Y si no has quedado con ninguna?

-Soy capaz de trabajar a pesar de las distracciones.

Darius arqueó las cejas un momento.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-Entonces, no tienes nada de lo que preocuparte -afirmó él y se miró el reloj-. ¿Tienes alguna cita hoy?

-No, sólo tengo que hacer algo de papeleo. ¿Vas a tener que apagar mi ordenador?

Summer se dio cuenta de que ambos estaban esforzándose por ser corteses y mantener una conversación lo más normal posible. Pero, a pesar de todo, ella no podía ignorar las sensaciones que la recorrían cada vez que lo miraba a los ojos.

-Creo que no pero, si tengo que hacerlo, te avisaré con antelación.

-Gracias.

Darius se dirigió a la otra punta del despacho.

-Ahora tengo que empezar con este armario -dijo él.

Summer tragó saliva mientras lo miraba. Darius tenía las manos en las caderas. Los pantalones vaqueros se le ajustaban a la perfección, dejando adivinar un cuerpo muy musculoso y masculino.

Summer decidió que había visto suficiente o, más bien, demasiado. Agarró un documento de la mesa, se recostó en su silla y comenzó a leer. Intentó con todas sus fuerzas concentrarse en el documento pero, sin querer, no hacía más que levantar la mirada para observar a Darius. Él estaba de pie ante un enorme ordenador que tenía varios cables conectados, concentrado en manipular sus entresijos. Sin embargo, ella estaba concentrada en él, sin poder evitarlo. Podía ser un asno arrogante, pero era atractivo como el que más.

Y, como si Darius hubiera notado que estaba siendo observado, levantó la vista y la sorprendió. Sus miradas se entrelazaron durante más tiempo del necesario. Al fin, Summer bajó la mirada al documento que tenía delante. ¿No había dicho que podía trabajar a pesar de las distracciones?, se reprendió.

Darius miró a Summer. Aunque deseaba estar en cualquier otro sitio, no pudo dejar de mirarla y recordar. Como ella se había puesto a leer de nuevo, aprovechó para observarla, fijándose en la manera en que el pelo le caía sobre la cara. Ella se lo apartó con aire ausente, dejando su rostro al descubierto. Ese rostro que lo había enamorado desde el principio...

Darius podía recordar a la perfección la primera vez que la había visto. Cuando se había colado por la ventana del baño para entrar en su apartamento, Summer lo había visto antes de que lo viera Whitman. A través de gestos, él la había animado a calmarse y a no delatarlo. Con su experiencia y su destreza, había conseguido vencer a Whitman con sólo un par de patadas. Whitman había caído al suelo antes de darse cuenta de qué había pasado.

Entonces, Summer, en estado de shock, se había lanzado a sus brazos, abrazándolo como si su vida dependiera de ello. Incluso después de que la policía hubiera entrado y esposado a Whitman, ella había seguido aferrada a él, como si estuviera demasiado conmocionada para soltarlo. Después, él había escoltado al coche patrulla que la había llevado al hospital para que la examinaran. También había ido a verla a su casa al día siguiente, para reparar la ventana rota.

Durante las semanas siguientes, Darius había buscado una excusa u otra para verla y, cuando había sabido que su ex novio había sido puesto en libertad bajo fianza en espera de juicio, se había propuesto pasarse por casa de Summer un par de veces cada noche para asegurarse de que estuviera bien. La mayor parte del tiempo lo habían pasado sentados en su salón, charlando.

En aquellos tiempos, Summer le había contado muchas cosas de su vida. Darius sabía que había sido criada por su tía y que había dejado su pueblo natal de Birmingham, en Alabama, para perseguir su sueño de ser actriz en California o, mejor aún, casarse con algún millonario.

Por aquel entonces, él había pensado que ella había bromeado pero, meses después, había descubierto que lo había dicho en serio.

Después de haberse enamorado de Summer, había descubierto que ella había estado buscando a un hombre mucho más rico que él.

De pronto, la rabia se apoderó de él y Darius intentó controlarla. A pesar de que habían pasado siete años, seguía sintiéndose furioso. Maldijo para sus adentros, pero ella debió de oírlo porque levantó la vista y sus miradas se encontraron de nuevo.

Darius quiso apartar la mirada pero no pudo. Cerró el armario y se propuso salir directamente del despacho. Sin embargo, por alguna extraña razón, no lo hizo.

Guiado por un impulso, Darius cruzó la habitación hacia el escritorio. Seguía molesto porque ella lo hubiera dejado por otro hombre. Un hombre que, por lo que le habían dicho, había sido lo bastante viejo como para ser su padre.

Summer se puso en pie.

-¿Qué te pasa? -preguntó ella, retrocediendo hasta tocar la pared con la espalda.

Darius esbozó una sonrisa forzada.

-No me pasa nada, Summer.

-¿Qué crees que estás haciendo? -musitó ella.

-Sigues haciendo demasiadas preguntas -murmuró él, segundos antes de besarla.

En el momento en que sus bocas se tocaron, Summer supo que debía apartarse y rechazar ese beso. Tenía todo el derecho a hacerlo. Sin embargo, aquel pensamiento se desvaneció enseguida mientras él la besaba como solía hacerlo antaño.

Darius deslizó la lengua en su boca y, cuando las dos lenguas se entrelazaron, Summer supo que estaba perdida. Los recuerdos del pasado desaparecieron y se sintió poseída por las sensaciones del momento. Era increíble el efecto que Darius podía causar en ella.

Y no se trataba sólo de su lengua, era mucho más que eso, pensó Summer, sintiendo su calor corporal y sus brazos sosteniéndola de la cintura con fuerza. Ella le rodeó el cuello con los suyos.

Summer llevaba siete años sin haber besado a ningún hombre. Siete años en los que se había negado ese placer, además de otros muchos. El deseo de todo aquello que se había perdido volvió de golpe a su mente, gracias a él.

Entonces, cuando Darius la apretó contra su cuerpo, Summer tuvo que admitir para sus adentros que, después de todo aquel tiempo, todavía se sentía atraída por él y él por ella. Había cosas que no cambiaban, pensó. Entre ambos había química, atracción física, tensión sexual. El deseo era una fuerza poderosa, sobre todo cuando se veía acompañado por un largo tiempo de abstinencia.

Darius se movió un poco para besarla en más profundidad y la sujetó de la cintura con más fuerza. La saboreó de un modo que no había hecho nunca antes. Deslizó la lengua de un lado de su boca al otro, como si quisiera reconocer su sabor.

Entonces, capturó la lengua de ella con la suya y empezó a moverla y a acariciarla, haciendo que a ella le temblaran las rodillas. El deseo crecía y crecía dentro de ella, apoderándose de cada poro de su piel, desbocando su pasión.

Summer le recorrió los hombros y la espalda con las manos y él se estremeció.

A pesar de que ella no le quería dejar ir, Darius separó sus bocas. Summer tomó aliento. El beso había sido inesperado por completo y la había dejado sin respiración y sin palabras.

Entonces, Summer se dio de bruces con la realidad. Se puso tensa y se dijo que no debía dejar que Darius creyera que podía hacer con ella lo que quisiera. Ni que podía ser de nuevo el dueño de su corazón con el único propósito de llevársela a la cama.

Era demasiado tarde, pero Summer empezó a lamentar lo que había hecho. Darius la observó con intensidad y ella se preguntó si, con ese beso, él habría querido demostrar algo. Era probable, pensó, pero se equivocaba si pensaba que ella iba a echarse a sus pies.

-Si quieres conservar tu trabajo, Darius, te aconsejaría no volver a hacerlo nunca más -le espetó ella en tono cortante-. Si lo haces, informaré de ello al Club de Ganaderos de Texas. Estoy segura de que pueden contratar a cualquier otra compañía de seguridad para hacer tu trabajo.

Summer creyó ver una sonrisa en sus labios antes de que él esbozara un gesto muy poco amigable.

-¿Y qué pasa si tú me has besado también? Has gemido en mi oído. Has frotado tu cuerpo contra el mío -señaló él en tono de burla.

Summer se sonrojó. ¿Sería cierto que había hecho todo eso mientras la había besado? De acuerdo, era verdad que le había correspondido con el beso, tal vez había gemido un par de veces... ¿pero también había frotado su cuerpo con el de él? Había sentido una pasión tan intensa que también había sido posible, reconoció para sus adentros. Sin embargo, no significaba que le fuera a dar carta blanca para besarla siempre que él quisiera. Tenía que asegurarse de que Darius lo comprendiera.

-Yo te he avisado, Darius. Kevin Novak, del Club de Ganaderos, va a reunirse conmigo esta semana para ver cómo van las cosas en el centro de acogida y hablaremos de posibles mejoras. Estoy segura de que este trabajo te viene muy bien y odiaría tener que pedir que te echaran, pero lo haré si no mantienes tus manos lejos de mí.

Darius la miró a los ojos durante más tiempo del necesario y dio un paso atrás. Era evidente que se había dado cuenta de que hablaba en serio, pensó Summer. Hubo un largo silencio mientras se miraban el uno al otro. Entonces, para su sorpresa, él sonrió.

-Has disfrutado del beso tanto como yo y es lo que pienso decirle al señor Novak si me pregunta algo. Si estás pensando en dejarme sin trabajo, entonces tú me acompañarás al paro. El Club de Ganaderos te contrató para cumplir con tu tarea, igual que a mí -señaló Darius y la miró con gesto severo-. Y tengo que recordarte que llevo viviendo en Somerset mucho más tiempo que tú. La gente de por aquí sabe que soy un buen profesional y elijo bien a mis amigos. Tengo una reputación inmaculada. Ésta es una ciudad bonita y sus habitantes están muy unidos. Tú eres la extraña aquí, Summer, no yo. Pero voy a complacerte. Serás tú quien dé el primer paso para el próximo beso. Hasta entonces, estarás a salvo conmigo.

Summer levantó la barbilla, preguntándose cuándo se habría vuelto él tan arrogante, tan seguro de sí mismo. Era un gesto de altanería asumir que intentaría acercarse a él.

-Eso no pasará nunca.

Darius sonrió.

-Pues supongo que, entonces, estarás a salvo conmigo.

Summer estaba a punto de darle una réplica cortante cuando sonó un móvil.

-Si me disculpas... -dijo él.

Summer observó cómo Darius se sacaba el móvil del cinturón de trabajo. Sería alguna mujer quien lo llamaba, pensó.

Darius murmuró unas palabras al teléfono y la miró.

-Tengo que atender esta llamada. Recuerda lo que te he dicho -le advirtió él. A continuación, se giró y salió del despacho.

Darius caminó hasta la entrada del centro de acogida, a una distancia prudencial del despacho de Summer pero lo bastante cerca como para verla si ella salía. Respiró hondo y recordó que tenía a Kevin esperándolo al teléfono.

-Bueno, Kev, ya puedo hablar. ¿Qué pasa?

-Sólo era para recordarte que hemos quedado en la sala de juegos del club el jueves por la noche, para echar una partida de billar.

Darius sonrió. Si Kev estaba llamando a todo el mundo para recordarles que habían quedado, eso significaba que pensaba que iba a ganar.

-No lo olvidaré.

-¿Dónde estás? -quiso saber Kevin.

-En Helping Hands. He decidido instalar el sistema de seguridad yo mismo, ya que soy quien va a encargarse de preparar su sistema de contabilidad en la intranet del Club de Ganaderos. Además, todos mis hombres están ocupados en otros proyectos -explicó Darius. Entonces, recordó algo-. Acaba de salir tu nombre en una conversación que he tenido con la trabajadora social del centro, Summer Martindale. Has quedado con ella esta semana, ¿verdad?

-Sí, no me lo recuerdes. Se supone que Huntington era quien tenía que hacerlo, pero me lo ha encargado a mí porque se cree que él es el rey y yo soy uno de sus vasallos. Ese hombre me pone de los nervios.

Darius comprendió cómo se sentía su amigo. Lance, Mitch, Justin y él sentían lo mismo. Los cinco, junto con Alex Montoya, habían sido los últimos en entrar en el Club de Ganaderos de Texas. A algunos de los viejos miembros del club no les había sentado bien, sobre todo a Sebastian Huntington y sus acólitos, que pensaban que los jóvenes no merecían formar parte del club social más exclusivo de todo Texas.

-Ánimo, hombre, habíamos acordado ignorar a Huntington y a sus estúpidos seguidores -le recordó Darius.

-Sí, pero, a veces, me saca de mis casillas. No quiere respaldar del todo el proyecto del centro de acogida porque fue idea nuestra financiarlo, no suya.

-Pero ha votado a favor, así que, al final, tendrá que apoyarlo -observó Darius-. Y, si no lo hace, peor para él. Quizá sea mejor que te haya encargado a ti que te ocupes. Si lo hiciera él, no haría más que encontrarle fallos a todo.

-Seguramente tienes razón. Bueno, ¿has conocido a la señorita Martindale?

-Sí. Es Summer, la chica con la que solía salir antes de mudarme a Somerset.

-Maldición... ¿esa Summer?

-Sí, esa Summer.

Kevin no sabía todo lo que había pasado entre ellos pero, al igual que Lance, sabía que Summer le había jugado una mala pasada, razón por la que Darius había querido irse de Houston y empezar una nueva vida en Somerset.

-Necesito que me hagas un favor -pidió Darius.

-Claro. ¿Qué necesitas?

Lance, Kevin y Darius siempre se habían comportado así entre ellos, desde que se habían conocido en la universidad. Kevin había accedido a hacerle el favor, incluso antes de saber de qué se trataba. Los tres se tenían una gran confianza.

-Te contaré los detalles cuando nos veamos el jueves por la noche pero, cuando te reúnas con Summer Martindale, si mi nombre sale a relucir, no quiero que menciones que soy miembro del Club de Ganaderos.

-Claro.

Darius había tomado la decisión de no decirle la verdad a Summer hasta que estuviera preparado. No podía esperar a ver su cara cuando se diera cuenta de que se había convertido en un hombre muy rico.

Kevin y él hablaron sobre las noticias que había tenido del incendio que había tenido lugar en la refinería de los Brody. Darius estaba escuchando la opinión de Kevin, que pensaba que Alex Montoya era responsable, cuando oyó pisadas acercándose. Levantó la vista y vio que Summer salía de su despacho. Oculto tras una columna, pudo observarla a sus anchas.

Summer caminó hasta unos archivadores y él recordó que siempre le había excitado mucho su forma de andar. Movía las caderas con sensualidad con cada paso. Llevaba unos pantalones marrones y una blusa azul pálido que resaltaban a la perfección la firmeza de sus pechos y las curvas de sus caderas. Él no pudo evitar quedarse allí, mirándola como un tonto. Observó los cambios que el tiempo había obrado en su cuerpo y, muy a su pesar, tuvo que reconocer que ella le resultaba todavía más apetecible que antes.

Summer parecía más segura de sí misma, una mujer que había tomado las riendas de su vida y no se rendía con facilidad, reflexionó Darius. Había sido obvio que no le había costado nada intentar ponerlo en su lugar tras el beso. Al menos, lo había intentado. Pero, en lo que a él respectaba, ella no tenía ningún poder sobre su persona.

«No debí haberla besado», se dijo Darius. Sin embargo, no había podido evitarlo, ésa era la verdad. Y, después de haberlo hecho, sólo quería repetirlo. Deseaba besarla, tenerla entre sus brazos. Llevarla a la cama.

Darius apretó el puño, furioso por la forma en que sus pensamientos corrían desbocados y más enojado todavía por desear hacer todas aquellas cosas con la misma mujer que le había roto el corazón. Pero la forma en que Summer había reaccionado a su beso le había tomado por sorpresa. Al sentir cómo ella se había rendido entre sus brazos, se había sentido más excitado de lo que lo había estado en muchos años.

Darius se había forzado a apartar su boca de la de ella antes de hacer algo estúpido, como hacerle el amor sobre el escritorio. Tan lejos había llegado su pasión. Y ella lo había correspondido, a pesar de que luego había querido fingir que no.

-¿Darius? ¿Estás ahí?

La voz de Kevin sacó a Darius de sus pensamientos e intentó recordar lo que su amigo acababa de decir.

-Escucha, Kev, te llamaré después. Tengo que hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

-De acuerdo.

Después de colgar, Darius caminó hacia Summer. Ella lo miró con gesto de sorpresa.

-Pensé que te habías ido.

Darius se forzó a sonreír.

-Seguro que te habría gustado. Pero yo no soy la clase de persona que se va sin explicar por qué, a menos que algo me obligue a ello. No como otras.

Summer lo miró fijamente.

-¿Qué se supone que significa eso?

-Piensa en ello. Cuando lo pienses, lo sabrás. Volveré mañana.

Sin darle oportunidad de decir nada más, Darius se fue.

Darius intentó mantener la compostura mientras se metía en el coche. Momentos después, tras haberse alejado a toda velocidad del centro de acogida, camino a su casa, soltó la maldición que había estado conteniendo. No había duda de que Summer estaba fingiendo ser inocente, al aparentar que no había tenido ni idea de lo que estaba hablando él cuando le había lanzado su pulla. ¿Qué más cosas estaría maquinando? No era tan difícil que Summer ya estuviera al tanto de que era un hombre rico, miembro del Club de Ganaderos de Texas.

Darius apretó las manos sobre el volante. A pesar de la profunda animosidad que sentía contra ella, su cuerpo se negaba a ocultar que la deseaba. Summer era capaz de encender en él una pasión incontrolable sin decir ni una palabra. Lo único que necesitaba era una mirada suya, su presencia o su aroma para hacer que su libido se encendiera al máximo.

Tenía que hacer algo con ella, se dijo. Summer había invadido su espacio.

Durante seis años, Darius había vivido en Somerset, disfrutando de la paz y armonía del lugar. De todas las ciudades del mundo donde ella podía haberse mudado, había elegido Somerset también. ¿Por qué?

Evitar encontrarse con ella no era una opción, pensó Darius, aunque le haría la vida mucho más fácil. Su mera presencia bastaba para desequilibrarlo.

Sumido en sus pensamientos, respiró hondo e intentó controlar la rabia que, otra vez, amenazaba con apoderarse de él. Si Summer quería fingir, entonces los dos fingirían. Él podía enseñarle la lección que ella precisaba aprender. Summer había querido encontrar un marido rico y, a su manera, él podía mostrarle cómo había dejado escapar a uno.

Se acostaría con ella, se ganaría su amistad y su confianza y, cuando Summer pensara que las cosas iban de maravilla entre ellos, le haría lo mismo que ella le había hecho, planeó Darius.

Se iría sin mirar atrás.

Capítulo Tres

A la mañana siguiente, sintiendo mariposas en el estómago, Summer pasó su tarjeta de identificación por el escáner y entró en el centro de acogida. Esperaba haber llegado lo bastante pronto, antes que Darius. No tenía ningunas ganas de encontrárselo. No había podido pegar ojo por la noche y él había sido el culpable. No había podido sacarse de la cabeza el beso que habían compartido el día anterior.

De camino a la oficina, Summer se negó a plantearse por qué esa mañana se había tomado más tiempo del habitual para arreglarse. Había dedicado diez minutos más a maquillarse y se había rizado el pelo por primera vez desde hacía semanas.

Cuando llegó a la mesa de Marcy, Summer miró el reloj. Todavía faltaba una hora o así para que llegara Marcy. Tomó de la mesa de la secretaria una lista con sus citas para el día. La ojeó, empezando a hacerse una idea de cómo iba a ser su jornada.

-Estás muy guapa hoy.

Summer no se molestó en girarse. No necesitaba hacerlo. Había salido de casa decidida a no permitir que Darius jugara con ella, pasara lo que pasara. Tampoco iba a dejarle que la desquiciara. Así que se tomaría el cumplido como algo sin importancia y no le buscaría segundas intenciones a sus palabras.

Entonces, Summer se volvió y, al ver a Darius, sus dedos se tensaron sobre la carpeta que sostenía. Tragó saliva e intentó calmar la excitación que la invadió. ¿Cómo era posible que estuviera todavía más atractivo que el día anterior? Estaba vestido de manera informal y, al mismo tiempo, impecable. Llevaba una camisa y unos vaqueros diferentes a los del día anterior y su aspecto era capaz de dejar sin respiración a cualquiera. Qué músculos. Qué abdominales tan perfectos. Además, llevaba un sombrero vaquero de color beige en la cabeza, ladeado de manera que le hacía sombra sobre los ojos. Tenía que admitir que era un hombre realmente guapo.

-Gracias por el cumplido. Tú también tienes buen aspecto -repuso ella, decidida a mantener sus buenos modales-. ¿Vas a estar hoy en mi despacho?

-No. Trabajaré en los otros despachos durante casi todo el día, hasta que tenga que empezar a instalar el programa de contabilidad. Todavía me queda un rato para ponerme con eso.

Summer asintió, sin querer prolongar el momento.

-Entonces, es mejor que no te entretenga más.

-¿Qué haces para comer?

Summer se lo quedó mirando, pensando que había oído mal.

-¿Disculpa?

Darius sonrió y ella sintió que le calentaban la sangre y algunas otras partes del cuerpo en las que prefirió no pensar.

-Te he preguntado si quieres comer conmigo -dijo él.

-¿Por qué? -preguntó ella, sin poder ocultar su sorpresa.

-¿Por qué no? Tú tienes que comer, igual que yo.

-Pero eso no significa que tengamos que comer juntos -señaló Summer.

Darius esbozó una sonrisa aún mayor, que la derritió.

-No, pero de ese modo podríamos dejar el pasado atrás y hacer las paces -observó él-. No vamos a convertirnos en amigos del alma. Pero estaré por aquí durante un par de semanas, así que no estaría de más que aprendiéramos a llevarnos bien. Por eso, ¿qué te parece si comemos juntos?

-No estoy segura de que sea buena idea, Darius.

-¿Qué fue lo que dijiste ayer? Ah, sí, dijiste que somos profesionales y adultos y podemos sobrellevar la situación.

Summer respiró hondo. Sí, ésas habían sido sus palabras.

-Prometo no morder -añadió Darius.

Summer abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea y la cerró al momento. Un torbellino de emociones le bullía en el estómago y ella sabía por qué. Darius le estaba ofreciendo la posibilidad de hacer las paces y dejar que lo que había habido entre ellos se quedara en el pasado, pues no había manera de que volviera a repetirse. Y, en su interior, ella sabía que era lo que necesitaba.

No podía seguir arrastrando la amargura de los últimos siete años. Si estaban condenados a vivir en la misma ciudad e iban a tener que encontrarse de vez en cuando, al menos podían comportarse de forma civilizada. Pero no había ninguna posibilidad de que volvieran a salir juntos. Ella ya había sufrido bastante.

-Podemos comer juntos -dijo ella al fin, esperando no tener que lamentarlo.

-Genial. Elige tú el sitio, sólo te pido que tengan buenas hamburguesas.

Summer no pudo evitar sonreír. Era obvio que algunas cosas nunca cambiaban y Darius seguía adorando las hamburguesas.

-Comer demasiada carne roja es perjudicial -señaló ella, repitiendo las mismas palabras que solía decirle hacía siete años.

Como ella había esperado, Darius miró al cielo fingiendo desesperación.

-Sí, sí, lo sé. Últimamente, me he vuelto un adicto a la vida sana y no me permito demasiadas cosas perjudiciales para la salud, pero una hamburguesa grande y jugosa de vez en cuando no tiene nada de malo.

Summer decidió no decir nada más al respecto. Por el cuerpo perfecto que Darius lucía, era evidente que estaba en excelente forma física.

-Supongo que no. Te esperaré en el vestíbulo a mediodía.

Darius apartó la vista del ordenador e intentó relajar los músculos del cuello, recostándose en la silla. Miró el reloj. Era casi mediodía.

Se puso en pie y se estiró, negándose a admitir la emoción que sentía ante la proximidad del encuentro con Summer. Intentó convencerse de que estaba excitado porque sabía que iba a ir ganándose poco a poco la confianza de ella para luego mostrarle el as que guardaba en la manga.

Darius estaba a punto de salir del pequeño despacho cuando oyó el ruido de un golpe en la parte delantera del edificio, frente al vestíbulo. Se apresuró hacia allá y, al dar la vuelta a la esquina, vio a un hombre fuera del edificio, con un bate de béisbol en la mano, amenazando con romper la puerta de cristal si no le dejaban entrar para llevarse a su esposa e hijos.

Darius se dio cuenta de que Summer estaba hablando con el hombre a través del interfono, intentando razonar con él. La observó, impresionado por la calma que ella mantenía al hablar, sin dejarse apabullar por el lenguaje vulgar que el hombre empleaba ni por sus amenazas.

Entonces, Darius miró de soslayo a Marcy, que estaba sentada en la mesa de recepción.

-¿Has llamado a la policía? -preguntó Darius, sin dejar de prestar atención a la escena que estaba teniendo lugar a unos metros de él-. ¿Y dónde diablos están los hombres de seguridad? -añadió, sin apartar la mirada de Summer.

Summer seguía manteniendo la calma, mientras intentaba apaciguar al hombre y conseguir que se fuera.

-La policía está en camino. Nuestro guarda de seguridad está de baja.

Darius miró a Marcy.

-¿No han enviado un sustituto?

-Aún no.

Darius frunció el ceño. Huntington y su grupo habían votado contra la propuesta de que la compañía de Darius se ocupara de la seguridad del centro. En vez de eso, Huntington había recomendado una compañía de seguridad que había servido al Club de Ganaderos en el pasado, asegurando que era muy buena. La mayoría de los miembros del club lo habían apoyado, excepto Lance, Kevin, Mitch y Justin. Cuando habían perdido la votación, habían presionado al club para que, al menos, encargara a Darius la seguridad informática y del sistema de contabilidad del centro de acogida.

Huntington se había opuesto frontalmente, alegando que Darius era demasiado nuevo en el club como para ocuparse de esas tareas, pero había perdido la votación cuando Alex Montoya se había alineado con el grupo de Darius en vez de con el de Huntington. Entonces, Darius había intuido que, además de malas vibraciones entre Alex y los Brody, había mala relación entre Alex y Huntington. Pero lo cierto era que Huntington se llevaba mal con cualquier nuevo miembro del club que tuviera menos de cuarenta años.

El sonido de cristal roto llamó la atención de Darius. Como un rayo, corrió y se puso delante de Summer, al mismo tiempo que el hombre que sostenía el bate se dirigía hacia ella a través de la puerta rota.

-Sé un hombre y atácame a mí en vez de a la mujer. Atrévete -le espetó Darius, sin intentar ocultar la rabia que lo invadía.

El hombre, sin duda, se lo pensó dos veces antes de aceptar el reto de Darius y dejó caer el bate, dando un paso atrás. En cuestión de segundos, el centro se llenó de policías. Dos de ellos entraron a través de la puerta de cristal rota y capturaron al hombre, que no opuso resistencia.

Darius se giró hacia Summer.

-¿Estás bien? -preguntó él en voz baja. No se había dado cuenta de lo furioso que había estado hasta ese momento. Si aquel hombre le hubiera tocado a Summer un solo pelo de la cabeza, se habría vuelto loco.

En cierto modo, Darius deseó que el hombre se hubiera atrevido a atacarlo. Eso le habría dado la excusa necesaria para acabar con él. Pero aquel tipo había sido un cobarde. Muy valiente para golpear a una mujer con un bate, pero muy rápido en echarse atrás cuando se había tratado de enfrentarse a un hombre de su mismo tamaño.

Darius la observó respirar hondo.

-Sí, estoy bien. No es raro que los maridos se pasen por aquí demandando ver a su esposa e hijos y, cuando les decimos que no pueden, la mayoría se van. De vez en cuando, aparece alguien como el señor Green que se niega a someterse a las reglas y causa problemas. Cuando eso pasa, normalmente el equipo de seguridad se encarga de ello.

Darius asintió. Pensaba convocar una reunión extraordinaria en el Club de Ganaderos para asegurarse de que no volviera a repetirse una situación así. No quiso ni pensar en lo que podía haber pasado si él no hubiera estado allí. No tenía ninguna duda de que el hombre había estado a punto de golpear con el bate a alguien.

Antes de que Darius pudiera decir nada, se les acercó un oficial de policía para tomarles declaración. Tras tomar nota de todo, el oficial aconsejó a Summer que fuera a la comisaría central a presentar cargos contra el hombre para poder arrestarlo.

En cuanto el policía se hubo ido, una de las empleadas del centro se acercó a ellos.

-Disculpe, señorita Martindale, pero las mujeres están asustadas. Se han enterado de que un hombre ha intentado forzar la puerta para entrar.

Summer asintió.

-De acuerdo, voy a hablar con ellas.

Luego, se giró hacia Darius.

-Gracias por tu ayuda. Yo no había creído que el hombre fuera a romper el cristal. Esperaba ser capaz de calmarlo -señaló Summer y miró su reloj-. Debo ir a tranquilizar a las mujeres y, luego, a la comisaría. Me parece que tendremos que cancelar la comida.

Darius negó con la cabeza.

-No. Ve a ver a las mujeres y yo te llevaré a la comisaría. Después, de regreso, compraremos algo de comida para llevar.

-De acuerdo. Gracias -dijo ella y miró hacia la puerta rota.

-Vete. Yo me aseguraré de que limpien esto y de encargar otra puerta.

Summer sonrió para darle las gracias y se apresuró a seguir a la empleada que había ido a buscarla.

Cuando Summer había salido de su campo visual, Darius soltó una imprecación y se sacó el móvil del cinturón para llamar a Lance. Su mejor amigo respondió a la primera.

-Hola, ¿qué pasa, Darius?

-Ha habido un incidente en el centro de acogida y no había guarda de seguridad. Necesitamos convocar una reunión en el club.

-Pensé que no íbamos a terminar nunca -dijo Summer mientras los dos salían de la comisaría.

Darius la guió hasta su coche.

Después de tranquilizar a las mujeres y a los niños, Summer se había reunido en persona con Gail Green para comunicarle lo que había hecho su marido. Entonces, le había tenido que asegurar a Gail que el centro de acogida no iba a echarla a causa del incidente.

Gail y sus dos hijos pequeños habían llegado al centro hacía tres días después de salir corriendo de su casa en medio de la noche. Los moratones que Gail tenía por todo el cuerpo probaban sin lugar a dudas que había sido sometida a maltrato físico pero, como muchas mujeres que buscaban refugio en el centro, no había querido presentar cargos contra su marido.

-A mí no me ha parecido que tardaran más de la cuenta -señaló Darius, sonriendo un poco mientras le abría la puerta del coche a Summer.

Ella puso los ojos en blanco, con gesto burlón.

-Se nota que has sido policía -replicó.

Darius rió y cerró la puerta del copiloto antes de entrar por la otra puerta. El reloj del coche indicaba que eran más de las tres y todavía no habían comido.

-¿Adónde vamos? -preguntó él después de acomodarse detrás del volante y ponerse el cinturón-. Y no me digas que de vuelta al centro, porque tenemos que comer. Voy a llevarte a algún sitio para comer algo. No sé tú, pero yo estoy hambriento.

El estómago de Summer rugió como respuesta y ella sonrió.

-Lo siento. Creo que eso significa que yo también tengo hambre. ¿Conoces la cafetería que hay a la vuelta de la esquina, junto al centro de acogida? Se llama Cielo rojo.

-No. He pasado por allí varias veces, pero nunca he comido allí.

-Pues hoy es tu día de suerte porque vas a conocerlo.

-¿Hacen buenas hamburguesas? -preguntó él, incorporándose a la carretera.

53

-Nunca las he probado. Siempre pido ensalada.

Darius la miró y sonrió.

-¿Así que no has dejado ese hábito?

-¿Quieres consultarle a cualquier médico cuál de nuestros hábitos es más saludable?

-No.

-Eso imaginaba -repuso ella, riendo.

Era agradable reír, pensó Summer. No estaba dispuesta a admitirlo delante de nadie, y menos de Darius, pero Samuel Green la había asustado y se alegraba de que Darius hubiera estado allí. Cuando el señor Green había irrumpido en el centro, tras romper la puerta de cristal, ella había revivido los tiempos en que Tyrone la había maltratado. Había sido testigo de su ira fuera de control y toda esa ira había sido dirigida contra ella. De un golpe, Tyrone la había lanzado por los aires contra la pared, pero ella había sido lo bastante rápida como para salir corriendo antes de que él hubiera podido continuar golpeándola.

Aquella había sido la única vez que Tyrone le había levantado la mano y ella se había asegurado de que hubiera sido la última. Le había devuelto su anillo de compromiso a través de un mensajero en la misma caja en que lo había recibido y, ese mismo día, Tyrone había recibido la orden de alejamiento. Pensando en ello, se alegraba de haber podido salir de una situación de maltrato. Había reconocido el momento de romper su relación a tiempo.

Dejando de lado sus pensamientos, Summer miró a Darius.

-¿Has adelantado mucho tu trabajo hoy?

Él se encogió de hombros.

-No tanto como me habría gustado, pero no me ha ido mal. El tema de la seguridad es una prioridad en este tipo de centro, por eso hay que hacerlo bien.

Summer no se lo discutió.

-Y, en cuanto al sistema de contabilidad, me parece comprensible que el Club de Ganaderos quiera tener constancia de en qué se gasta su dinero.

-Sí, está en su derecho -señaló Summer, preguntándose si Darius creería que ella pensaba lo contrario-. El centro de acogida tiene suerte de contar con la financiación de un grupo de hombres tan distinguido. ¿Conoces a alguno de ellos?

-¿Alguno de quiénes? -preguntó Darius, arqueando una ceja.

-De los miembros del Club de Ganaderos de Texas.

-¿Por qué iba a conocerlos?

Summer se dio cuenta de que él parecía ofendido.

-Sólo me preguntaba si los has visto alguna vez. Después de todo, ellos te contrataron.

Darius contestó tras una pausa.

-Sí, he conocido a algunos de ellos. Para ser unos tipos tan ricos, no están tan mal. Y los respeto por todas las cosas buenas que hacen por la comunidad. Según tengo entendido, algunos de sus miembros prefieren que no se conozca su identidad. Les gusta trabajar tras bambalinas, sin buscar el reconocimiento público.

Summer asintió. Ella sabía que algunas personas ricas preferían hacer sus donaciones de forma anónima y lo respetaba. Y apreciaba todo lo que el Club de Ganaderos de Texas había hecho hasta el momento, así como las cosas que tenía planeado hacer. Tenía muchas ganas de reunirse con Kevin Novak el viernes. En ese momento, Helping Hands tenía capacidad para albergar a quince mujeres y niños en situación de peligro. Y el club había planificado ampliar las instalaciones del centro al triple de su capacidad.

-Te has quedado muy callada -observó él.

Summer miró a Darius y no pudo evitar sentir una gran gratitud. Él se había mantenido al margen y le había permitido encargarse de la situación hasta que las cosas se habían salido de control. Y apreciaba que hubiera intervenido en el momento exacto, interpretando el papel de caballero andante una vez más.

Siguió mirándolo. Darius tenía la vista puesta en la carretera y ella revivió un momento del pasado, cuando él la había estado conduciendo a otro lugar. Había sido su primera cita. Habían salido a cenar pizza y, después, Darius la había llevado a casa. Ella lo había invitado a entrar y, más tarde, sentados juntos en el sofá, habían empezado los besos. Poco después, ella había estado tumbada bajo él en la cama, haciendo el amor de un modo que no había creído posible. La intensidad del recuerdo de esa noche era casi suficiente para quitarle importancia a todo lo demás que había ocurrido durante esos siete años.

Casi suficiente.

-¿Summer?

Ella parpadeó al darse cuenta de que habían llegado a un semáforo. Darius la había sorprendido mirándolo.

-¿Sí?

-¿Seguro que estás bien? Supongo que los incidentes como el de antes son algo normal en cierta forma, por eso estoy instalando software de seguridad en todos los ordenadores, para reducir el riesgo de que los maridos rabiosos averigüen el paradero de las mujeres acogidas en el centro. De todas maneras, debe de ser un poco traumático tener que enfrentarse a uno de esos maridos allí mismo.

«Si tú supieras», pensó Summer.

-Sí, y lo peor es que las mujeres se vean obligadas a esconderse. Los Green tienen dos niños preciosos y hoy su padre ha aparecido exigiendo verlos, con uno de sus bates de béisbol. La persona que hemos visto hoy no es un buen padre ni un amante esposo, sino un hombre peligroso y violento.

Summer suspiró. Esa noche, iba a dormir bien e intentar olvidar el incidente. Aunque lo más probable era que no lo consiguiera. Seguramente, lo reviviría al detalle un montón de veces e imaginaría qué habría pasado si Darius no hubiera estado allí.

-Ya estamos aquí.

Summer miró a su alrededor. Darius había aparcado en el aparcamiento de la cafetería y había parado el motor. Ella lo miró. Él le devolvió la mirada con tal intensidad que le provocó escalofríos de deseo.

Había química entre ellos, sin duda. Summer podía sentir el calor del cuerpo de él. Sin embargo, se obligó a pensar en otra cosa.

-Bueno, pues vayamos dentro -se forzó a decir. El modo en que Darius la estaba mirando le hizo desear sugerir ir un sitio bien diferente, pero se contuvo y trató de guiarse por el sentido común.

En ese momento, decidió que era hora de darle las gracias.

-Te agradezco mucho lo que has hecho hoy, Darius. Quiero...

-No, no me des las gracias.

-¿Por qué? -preguntó ella, confundida.

-Porque no hice nada que no fuera necesario. Hice lo que habría hecho cualquier hombre.

Summer sopesó sus palabras. Darius era un hombre de acción. En dos ocasiones lo había visto actuar y él no había querido aceptar sus palabras de agradecimiento.

-Te doy las gracias, Darius Franklin, porque las mereces.

Y, antes de que Darius pudiera responder, ella salió del coche.

-Hola, señorita Martindale, ¿quiere sentarse donde siempre? -preguntó Tina cuando Summer entró.

-Donde haya sitio -repuso Summer, sintiendo el calor de Darius detrás de ella. Su cercanía le resultaba muy inquietante.

-Debes de venir aquí a menudo -comentó él, adelantándose para ponerse a su lado.

Summer lo miró y sonrió.

-Casi todos los días. No está lejos del centro de acogida y me gusta pasear. Y me encantan sus ensaladas de pollo.

Momentos después, la camarera los llevó a una mesa en el fondo. Darius observó a los comensales al pasar junto a sus mesas. La mayoría saludó a Summer por su nombre o le sonrió. -Eres bastante conocida por aquí -señaló Darius cuando se habían sentado.

Ella se encogió de hombros.

-La mayor parte de los comensales son clientes habituales que saben que trabajo en el centro de acogida. Creen que beneficia a la comunidad y aprecian nuestra presencia aquí.

Durante un momento, dejaron de hablar para leer la carta. Darius era quien tenía que decidir qué quería, pues Summer iba a comer lo de siempre. Sin embargo, ella comprobó cuál era la sopa del día o, al menos, eso fingió. Era difícil concentrarse en nada cuando tenía a Darius frente a ella. Mientras él leía la carta, ella lo observó por encima de la suya.

Summer contuvo la risa al ver lo intensa que era la expresión de él. Decidir qué hamburguesa iba a pedir no podía ser algo tan serio. Pero Darius siempre había sido un hombre serio, sobre todo en lo relacionado con el sexo.

Durante un segundo, Summer se preguntó por qué había recordado algo así. Darius era el tipo de hombre que emanaba sexualidad y, al pensarlo, ella sintió que su deseo crecía. Sólo habían pasado una noche juntos, pero había sido increíble. Al margen de lo que hubiera pasado después, ella no podía olvidar cómo le había hecho sentir.

Darius era un amante excelente. Aquella noche, complacerla había sido su objetivo, como si hubiera sido lo más natural. Ella no había caído en la cuenta de lo egoísta que había sido Tyrone hasta que había hecho el amor con Darius. ¿Cómo iba a haber sospechado que el sexo podía ser diferente, cuando Tyrone había sido su primer y único amante hasta el momento? Una sola vez con Darius había bastado para cambiar toda su concepción sobre el sexo.

Darius levantó la vista y Summer respiró hondo. La intensidad de la mirada de él le hizo querer bajar la cabeza, pero no pudo. Sus ojos oscuros y profundos la tenían cautiva.

-Aquí están los vasos de agua.

Summer se sobresaltó cuando Tina apareció con los vasos.

-Gracias -dijo Summer y se apartó un poco para que la camarera pudiera poner su vaso en la mesa. Lo agarró y tomó un largo trago, pensando que el agua helada, tal vez, enfriaría su deseo.

Tina tomó nota de su pedido y se alejó de nuevo.

-Cuéntame, ¿qué te gusta de tu trabajo?

Summer levantó la vista para responder su pregunta, esforzándose por no fijar la mirada en los grandes ojos de Darius.

-Todo pero, sobre todo, la satisfacción que me produce ayudar a mujeres en apuros, a aquéllas que se sienten destrozadas por lo que les ha ocurrido. Me gusta hacerles saber que no están solas y que a alguien le importa.

Lo que Summer no dijo era que le gustaba ofrecer a esas mujeres el mismo apoyo que él le había dado a ella durante los primeros días cruciales, cuando había empezado a dudar de sí misma, pensando que, tal vez, se había merecido los golpes de Tyrone.

-Me he fijado en que el centro no tiene directora.

Summer posó la mirada en los labios de él, lo que era tan peligroso como mirarlo a los ojos. Tenía una boca muy sensual. Podía moverla con gran lentitud al hablar... o al emplearla para otras cosas, pensó ella, y tragó saliva antes de responder.

-Cuando me contrató el Club, decidieron que me encargara yo por el momento. Cuando completen los planes de ampliación y decidan buscar a alguien para el puesto de directora, espero que me tengan en cuenta.

Darius asintió. Él no había formado parte del comité del Club de Ganaderos que se había encargado de las contrataciones para Helping Hands, por eso le había sorprendido encontrarla allí. Si no, habría reconocido su nombre entre los que se habían barajado para el puesto.

-El centro de acogida está bastante lleno ahora. ¿Consigues encargarte de todo sola? -preguntó él.

Summer se encogió de hombros.

-No es tanto. Lo más difícil es cuando me llaman en medio de la noche desde una comisaría o un hospital para que vaya a atender a una mujer que ha sido violada o golpeada.

Darius apretó la mandíbula al imaginar a alguien tratando a una mujer con tanta crueldad. Una de las cosas que no toleraba era el maltrato a las mujeres.

-También es difícil a veces cuando tengo que enfrentarme a casos por teléfono. Hay gente en el centro que se encarga de responder llamadas las veinticuatro horas del día, normalmente un voluntario entrenado para ello. Pero, de vez en cuando, entra una llamada de que la tengo que encargarme yo. Son llamadas que me tocan la fibra sensible.

Por el tono de su voz, Darius adivinó que Summer estaba profundamente dedicada a su trabajo. Para mantener una conversación sin problemas y no tocar el tema del que ninguno de los dos quería hablar, él decidió seguir preguntándole acerca de su trabajo en el centro de acogida.

Por primera vez desde que la había visto, Darius bajó un poco la guardia.

Cuando la camarera les sirvió su pedido, Darius tuvo que admitir que la comida tenía buen aspecto. Y, después de dar un mordisco a su hamburguesa, comprobó que también sabía bien. Uno de sus tíos de Charleston había tenido una hamburguesería que solía hacer las mejores hamburguesas del lugar. De niño, él había disfrutado mucho veraneando allí y, al crecer, había terminado comparando cada hamburguesa que comía con las de su tío Donald. Ninguna podía comparárselas, pero tuvo que reconocer que ésa estaba muy cerca.

-¿Qué tal está?

Darius miró a Summer y tuvo que sonreír y asentir, pues tenía la boca llena y no podía hablar.

Media hora después, de camino al centro de acogida, Darius reflexionó sobre varias cosas con las que no había contado. Para empezar, no había esperado poder sentarse durante una hora delante de Summer y disfrutar de su compañía, sin animosidad ni rabia. Por otra parte, no podía negarse la tensión sexual que había entre ambos. Aunque habían intentado camuflarla detrás de la conversación, había estado muy presente.

Summer tenía muchas cosas que la hacían irresistible, pensó Darius. Su aroma era una de las principales. Su perfume lo envolvía con sensualidad, como si lo estuviera absorbiendo por cada poro de la piel. Y sus ojos... Sabía que ella había estado intentando desviar la mirada, lo que no había sido fácil, pues habían estado sentados el uno frente al otro. Y, cada vez que la había sorprendido mirándolo, él se había sentido como en una montaña rusa.

Por suerte, sus manos estaban ocupadas conduciendo porque, si no, Darius habría necesitado un esfuerzo supremo para no tocarla y acariciarle la pequeña porción de muslo que su falda dejaba al descubierto. Intentó concentrarse en la carretera para no mirarla y pensó que era mejor animar la conversación. Cualquier cosa era buena con tal de distraer sus pensamientos.

-¿Dónde vives? -preguntó él.

Darius mantuvo la mirada pegada a la carretera. No quería que ella percibiera la pasión que sus ojos no conseguían ocultar.

-Me he comprado una casa a una manzana de la oficina de correos.

Darius se dio cuenta de que no le había dicho el nombre de la calle. Había un par de urbanizaciones nuevas cerca de correos, además de varias casas antiguas que habían sido reformadas y puestas a la venta.

-Bonita zona -dijo él.

-Me gusta. Mi vecindario es bastante tranquilo. La mayoría de las personas que viven en mi calle son mayores y se acuestan antes de las ocho de la noche.

Darius asintió. Por la información que acababa de revelar, adivinó que se trataba de una de las casas reformadas en las urbanizaciones antiguas. Comprar una de esas viviendas había sido inteligente, observó, eran una buena inversión.

Entonces, Summer empezó a hablarle de su casa, le contó que se había divertido mucho decorándola. A él no le costó creerlo. Cuando Summer había vivido en Houston, había tenido un apartamento pequeño pero muy coqueto y él se había sorprendido al descubrir que lo había decorado ella misma.

Darius llegó al aparcamiento del centro de acogida.

-Gracias por invitarme a comer -dijo ella y se desabrochó el cinturón de seguridad, incluso antes de que él parara el motor-. Aunque tengo que admitir que ir en coche en vez de a pie significa que tendré que hacer mi dosis de ejercicio diario de otra manera -añadió.

Darius estuvo a punto de decir que conocía otra manera de hacer ejercicio físico y que se aseguraría de hacerle disfrutar con ella. Sin embargo, decidió que sería mejor mantener la boca cerrada.

-Pero como ya será de noche cuando salga de trabajar, tendré que dejar el ejercicio para otro día -continuó ella.

Darius la miró.

-¿Por qué vas a quedarte hasta tarde?

-Porque tengo mucho trabajo y no puedo irme hasta que termine. He quedado con el señor Novak el viernes y quiero hacer algunos informes. Lo más probable es que el Club de Ganaderos se haya enterado del incidente de hoy y quieran un informe completo sobre lo sucedido.

Darius apretó los labios para no confesar que él les había informado. Mientras habían estado en la comisaría, él había recibido llamadas de Mitch, Justin y Kevin. Lance les había contado lo que había sucedido. Y la televisión había dado la noticia sin muchos detalles pues, como era un centro de acogida, no se permitía el acceso a periodistas ni a la televisión, para proteger la identidad de las mujeres.

Si Summer se quedaba más tarde de las cinco, iba a ser un día muy largo para ella, pensó Darius. Pero, por alguna razón, tuvo la intuición de que aquello era lo normal para ella.

-¿No hay nadie que pueda ayudarte con esos informes?

-Me temo que no. Además, prefiero hacerlos yo, sobre todo porque pienso plantearle al señor Novak que la ampliación del centro se haga cuanto antes.

Darius no dijo nada pero, teniendo en cuenta lo que había pasado a mediodía, no era exagerado preocuparse porque ella saliera del centro sola después de la caída del sol. Aunque el aparcamiento estaba bien iluminado, a él no le gustaba. Después del incidente, habían llegado dos guardas de seguridad. Él pensó que, antes de irse de allí ese día, hablaría con los guardas para asegurarse de que uno de ellos acompañara a Summer a su coche a la salida.

Cuando llegaron a la entrada, Darius se dijo que, a diferencia de Summer, pensaba salir de trabajar temprano. Tenía una reunión con el jefe de bomberos y era una reunión importante. Además, lo último que necesitaba era terminar tarde en la oficina, de noche, con Summer... y a solas.

Capítulo Cuatro

Darius sacó una cerveza de la nevera y la destapó. Se llevó la lata a la boca, disfrutando del fresco brebaje. Cuando se lo hubo terminado, frunció el ceño, estrujó la lata vacía y la tiró a la basura.

Frunciendo el ceño aún más, se sentó a la mesa de la cocina, pensando que el día no había ido en absoluto como él lo había planeado. Estaba convencido de que el incidente que había tenido lugar en el centro de acogida había despertado su instinto protector hacia Summer. Había estado dispuesto a acabar con cualquiera que pensara en lastimarla. Y tuvo que admitir que la razón por la que la había llevado a la comisaría y, luego, a comer, había sido que no había querido separarse de ella. Estaba apegándose otra vez a Summer y eso no era buena señal.

Darius se frotó la cara. Tal vez necesitara repensar su plan de vengarse de ella y, en vez de eso, poner distancia entre los dos y desistir. Quizá debería tratarla como si fuera una cazafortunas cualquiera.

Pero no era capaz de hacerlo. Ese día le había demostrado que, en lo que tenía que ver con Summer, no podía pensar con claridad ni de forma lógica. En ese mismo momento, debería estar pensando en vengarse y hacerle sufrir como ella le había hecho sufrir a él. Por lo tanto, al margen de sus instintos protectores, continuaría con su plan de hacerle creer que había algo especial entre ellos. A continuación, cuando llegara el momento, le haría saber que no significaba nada para él y ella descubriría que había sido engañada, igual que había pasado a la inversa hacía años.

Entonces, sonó el móvil y Darius se lo sacó del cinturón de trabajo.

-¿Qué pasa, Lance?

Después de su reunión con el jefe de bomberos Ingle, Darius se había pasado por la cafetería del club y había cenado con Kevin y Justin. Lance y su esposa habían ido a Houston al teatro.

-He recibido tu mensaje. ¿Así que Ingle piensa que el fuego fue iniciado con algún producto derivado del petróleo? -preguntó Lance.

-Está bastante seguro de ello. Pero no es un producto fácilmente identificable, por eso la investigación está tardando tanto. Están intentando aislar sus componentes. Sin embargo, Ingle cree que es el mismo producto que se emplea en los aceites lubricantes para maquinaria agrícola -respondió Darius.

-Algo que Montoya habría podido conseguir con facilidad, ya que posee un rancho -se apresuró a señalar Lance.

Darius meneó la cabeza.

-Sus hombres son quienes trabajan en el rancho la mayor parte del tiempo, Lance. Montoya está todo el día ocupado con su negocio de importación y exportación.

-Darius, parece que no quieres creer que Montoya sea el responsable del incendio -señaló Lance con tono de frustración.

-Lo que no quiero es que estés tan convencido de la culpabilidad de Montoya y que no barajes la posibilidad de que haya otros sospechosos.

-No hay más sospechosos, Darius. Montoya es el único que nos odia a Mitch y a mí tanto como para hacer algo así. Al final de la investigación, verás que todas las pruebas lo señalan.

Pocas horas después, cuando Darius se metió en la cama, la investigación sobre el incendio era lo que menos le importaba. Momentos después, tras no poder parar de dar vueltas bajo las sábanas, admitió que no iba a ser fácil dormir, ya que no podía dejar de pensar en Summer. Pensó en lo que podía haber pasado si él no hubiera estado allí. Incluso estaba preocupado porque ella siguiera en el centro de acogida, trabajando, y tuvo la tentación de ir a comprobar por sí mismo si estaba bien. Sin embargo, enseguida recordó que había hablado con un guarda de seguridad para asegurarse de que la escoltaran al coche siempre que saliera tarde.

Darius respiró hondo, enojado consigo mismo por preocuparse tanto por ella y porque aquellos sentimientos lo debilitaran. No quería pensar más en ella. Pero, cada vez que cerraba los ojos, veía a Summer y recordaba cuando habían sido felices juntos en el pasado, cuando ella había sido lo más importante para él.

Miró al techo, decidido a recordar que ya no era importante para él y que nunca lo sería de nuevo. No debía olvidarlo, se dijo. Ni debía bajar la guardia, pasara lo que pasara.

-Gracias por acompañarme al coche, Barney, pero no era necesario.

-De nada, señorita. Además, son órdenes del señor Franklin.

Summer arqueó las cejas, mirando al guarda de seguridad.

-¿De veras?

-Sí.

Summer sopesó lo que eso significaba. ¿Cómo podía Darius darle órdenes a un guarda que no trabajaba para él? Era evidente que Barney no había dudado en obedecer a alguien que no era su jefe.

-Bueno, hasta mañana -dijo ella y abrió la puerta del coche para entrar en él.

-Sólo un momento, señorita Martindale. Tenía esto debajo de su limpiaparabrisas -indicó el guarda y le tendió un pedazo de papel.

Summer dejó el papel el asiento del copiloto, pensando que sería sólo publicidad.

-Buenas noches.

-Buenas noches.

Summer puso el coche en marcha, fijándose en que Barney seguía allí parado, esperando a que ella saliera del aparcamiento. Sin duda, continuaba siguiendo las órdenes de Darius. Después de lo que había pasado ese día, podía comprender su preocupación y le agradecía que se interesara por su bienestar. Igual que le agradecía que la hubiera llevado a comer.

Había sido un poco extraño comer frente al hombre que en una ocasión la había desnudado, le había acariciado todo el cuerpo desnudo y le había hecho el amor de una manera que, de sólo recordarlo, la dejaba sin respiración. Un hombre que le había demostrado que los juegos preliminares en el sexo eran un todo un arte y que la boca podía ser tan excitante como las manos al hacer el amor.

Cuando llegó a un semáforo rojo, Summer se detuvo y encendió la radio, esperando que el sonido de la música la distrajera de sus pensamientos. No iba a ser fácil, se dijo. Después de todo, no había podido dejar de pensar en Darius desde hacía años.

Su estómago rugió y recordó que no había cenado. Cuando llegara a casa, se prepararía un sándwich y un vaso de té helado. Era una noche de agosto muy calurosa.

Mientras esperaba a que el semáforo se pusiera verde, Summer miró hacia el papel que había dejado en el asiento y lo recogió. Se quedó sin respiración y un escalofrío la recorrió cuando leyó lo que decía la nota:

Yo me ocupo de lo que es mío.

El semáforo cambió, pero Summer no se dio cuenta hasta que el conductor que había detrás de ella tocó el claxon. Ella aceleró, preguntándose qué marido o novio habría puesto esa nota en su coche. No sería la primera vez que uno de los hombres que había maltratado a alguna mujer del albergue culpaba a los empleados del centro por alejar a su familia de él. El señor Green había actuado del mismo modo. Y a ella no le sorprendería que hubiera sido el mismo Green quien le hubiera puesto la nota, ya que su coche había estado aparcado en los espacios reservados para personal del centro.

Summer tiró el papel a un lado, pensando en Green, en el bate de béisbol y en su esposa aterrorizada. Suspiró. Hacía mucho tiempo había dejado de intentar averiguar por qué algunos hombres podían tratar tan mal a las mujeres que decían amar.

Al día siguiente, Darius observaba la pantalla del ordenador que tenía delante e intentaba no pensar en la mujer que había en el despacho vecino. Summer había estado encerrada en su despacho durante toda la mañana y ya era casi mediodía. Apostaría lo que fuera a que no iba a hacer una pausa para comer.

Por una parte, Darius sabía que no era asunto suyo si ella comía o no pero, por otra parte, quería hacerlo asunto suyo. De todos modos, no perdería nada, pues no había podido concentrarse ni un momento en todo el día.

Antes de llegar al centro, se había pasado por la refinería para echar un vistazo al área dañada por el incendio, esperando encontrar alguna pista que se les hubiera escapado antes. Odiaba admitirlo, pero Lance tenía razón: todas las pruebas que había hasta el momento apuntaban hacia la culpabilidad de Montoya, sobre todo porque no tenía una coartada para esa noche y se le había visto en las cercanías de la refinería. Sin embargo, las pruebas no eran lo bastante contundentes. Si Montoya no era culpable, entonces había alguien que estaba sacando ventaja de las desavenencias entre los Brody y él.

Darius se puso en pie y miró el reloj, decidiendo que era hora de comer algo y satisfacer su deseo de volver a ver a Summer. Se había contenido para no ir a su despacho a saludarla cuando había llegado al centro. Pero no podía seguir conteniéndose.

Summer tenía la puerta del despacho cerrada, lo que significaba que estaba reunida con alguien o inmersa en el trabajo. Había mencionado que quería prepararse para la reunión que iba a tener al día siguiente con Kevin. Aun así, ella tenía que comer y a él le había gustado la cafetería donde habían comido el día anterior. La hamburguesa había estado deliciosa.

Darius se dirigió hacia la mesa de la secretaria.

-¿La señorita Martindale está reunida con alguien?

Marcy dejó de rebuscar en un montón de carpetas que tenía sobre el escritorio, levantó la vista y le sonrió.

-No, está revisando unos papeles. Si quieres hablar con ella, llama a su puerta sin más.

-Eso haré, gracias -repuso Darius y sonrió también.

Darius caminó hasta la puerta de Summer y titubeó antes de llamar. Se dijo que estaba siendo demasiado amable cuando ella, en realidad, no merecía su amabilidad.

-Adelante.

Darius abrió la puerta y entró en su despacho, cerrando la puerta tras él. Summer no levantó la mirada.

-¿Lista para comer? -preguntó él.

Summer levantó la vista del documento que había estado leyendo. Cuando sus miradas se encontraron, Darius se estremeció un poco. Y, por si fuera poco, sintió que su entrepierna se excitaba también. Se quedó allí parado, consciente del efecto que ella le producía e incapaz de hacer nada para evitarlo. Summer rompió el contacto visual y volvió a fijar la atención en lo que tenía entre las manos.

-Hoy no puedo.

«¿No puedes o no quieres?», pensó Darius.

-Sí puedes. Pensarás mejor con el estómago lleno.

Cuando Summer volvió a mirarlo sin decir nada, como si estuviera sopesando sus palabras, Darius añadió:

-Además, esa hamburguesa que me comí ayer estaba muy rica y...

-Y no te va sentar bien repetir hoy. Demasiada carne roja -lo interrumpió ella, dejando los papeles a un lado-. ¿Por qué no comes hoy una ensalada?

Darius rió.

-Eso es bueno para los conejos.

-Es saludable -dijo ella, poniendo los ojos en blanco-. De acuerdo, comeré contigo pero sólo si vamos a pie a la cafetería.

Darius cambió de cara, desvaneciéndose su sonrisa.

-¿A pie?

-Sí, a pie.

Darius se dio cuenta de que lo miraba con intensidad, como si esperara que él se echara atrás.

-De acuerdo. Iremos andando -respondió sin poder evitar sonreír.

-No esperabas que aceptara, ¿verdad?

Summer miró a Darius. Llevaban unos minutos andando en silencio y ella había estado pensando cómo era posible que estuvieran juntos por tercer día consecutivo. Él tenía razón. No había esperado que aceptara ir a pie a la cafetería. No porque creyera que él no estaba en forma para hacerlo, sino porque Darius no tenía guardadas unas zapatillas para caminar debajo de la mesa, como ella. Él llevaba botas de vaquero, además de pantalones vaqueros y una camisa de cambray. Y se había puesto el sombrero vaquero lo que, teniendo en cuenta el sol que hacía, había sido una buena idea. Darius tenía buen aspecto con su atuendo vaquero, demasiado bueno, pensó. En un par de ocasiones, cuando se habían cruzado con alguien por la calle y se habían tenido que acercar un poco para dejar paso, Darius la había rozado con su fuerte muslo, haciendo que ella se fijara en lo musculoso y fuerte que era.

-No, no lo esperaba -respondió al fin-. Pero tienes que admitir que hace un día precioso. Un día perfecto para caminar.

Summer no pudo evitar recordar la última vez que habían dado un paseo juntos, una tarde en que él se había pasado por su apartamento después de salir del trabajo. Habían paseado

por el parque del barrio y, en el camino de regreso, habían comprado unos helados de cucurucho. Aquél también había sido un día perfecto para pasear.

Summer respiró hondo, intentando borrar los recuerdos. Durante tres días, había permitido que Darius invadiera su espacio personal, lo que no la hacía demasiado feliz. Agradecía que la hubiera ayudado el día anterior pero, de alguna manera, necesitaba que él entendiera que comportarse con cordialidad no significaba que tuvieran que comer juntos a diario.

-¿Cómo está tu tía Joanna? -preguntó él.

Summer dio un traspie y Darius la sostuvo del codo, impidiendo que cayera. Ella dejó de caminar y lo miró. Darius estaba sólo a unos centímetros y sus ojos se encontraron. Él había conocido a su tía Joanna cuando ésta había ido a Houston para darle apoyo durante el juicio contra Tyrone. A su tía le había gustado Darius y ella quería pensar que había sido mutuo y que los sentimientos de él hacia Joanna habían sido genuinos y no fingidos... como los que había mostrado por ella.

-Summer, ¿qué pasa?

Ella tragó saliva e intentó contener las lágrimas que le asomaban a los ojos cada vez que recordaba la pérdida de su tía.

-Mi tía Joanna murió hace dos años.

Summer percibió sorpresa y tristeza en los ojos de él.

-Lo siento. ¿Qué sucedió? ¿Enfermó? -preguntó Darius y entrelazó sus dedos con los de ella.

Summer negó con la cabeza.

-No, de hecho había ido al médico el día anterior y me había llamado para contarme lo que le había dicho. El médico incluso había bromeado sobre su edad y le había dicho que lo más seguro era que llegara a los cien años porque estaba en muy buena forma -explicó Summer e hizo una pausa antes de continuar-. El día siguiente, salió del trabajo y de camino a casa se paró en un cajero automático. Apareció un tipo y le pidió todo el dinero. Ella vació su cuenta y le dio todo lo que tenía, pero él le disparó y la mató de todas maneras.

-Oh, Summer, lo siento mucho -dijo él, rodeándola con sus brazos.

Summer se dejó abrazar sin titubear, ignorando el hecho de que estaban en medio de la calle. Hacía dos años, no había tenido ningún hombro en el que llorar. Enterrar a su tía había sido lo más difícil que había tenido que hacer jamás. Menos de un año después de graduarse en la universidad, había perdido a la única persona con la que había podido contar siempre.

-Eso es, Summer, desahógate -le susurró Darius al oído-. Sácalo todo.

Ella sintió sus fuertes brazos apretándola contra su cuerpo.

No se dio cuenta de cuánto tiempo estuvo ahí, llorando en medio de la calle y dejándose consolar por el único hombre que había amado de veras. No estaba segura, sin embargo, de poder perdonarlo por haberle roto el corazón.

Recomponiéndose, Summer se zafó de su abrazo, rompiendo todo contacto físico con él.

-Lo siento -se disculpó ella.

-No te disculpes. ¿Estás bien?

-Sí, estoy bien -repuso ella y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, mirando al suelo-. Es que todavía me cuesta aceptarlo.

-Lo imagino y lo siento de todo corazón, Summer.

La sinceridad que impregnó sus palabras y la calidez de su voz conmovieron a Summer. Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

-Gracias.

-De nada.

Mientras seguían caminando hacia la cafetería, a Summer le daba vueltas la cabeza. Confundida, no sabía si podía confiar en el hombre que le había roto el corazón en el pasado y que, al mismo tiempo, parecía lleno de compasión por ella. ¿Debería dejarse llevar por la razón, por el corazón... o por los deseos de su cuerpo?, se preguntó. De pronto, se sintió como si tuviera de nuevo diecinueve años y no le gustó nada esa sensación. En absoluto.

Capítulo Cinco

-No me has estado escuchando -se quejó Justin Dupree, mirando a Darius con curiosidad.

Los dos hombres estaban comiendo en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad y planeaban pasarse por el club más tarde para jugar al billar con Lance, Mitch y Kevin.

Darius le dio otro trago a su cerveza y sonrió a su amigo con gesto de disculpa.

-Perdona, ¿qué has dicho?

Justin sonrió.

-He dicho que Monica Cooper no te ha quitado el ojo de encima en toda la noche.

Darius arqueó las cejas.

-¿Quién?

Justin hizo un gesto de burla.

-Monica. Ya sabes. Monica la de los labios carnosos.

Darius no pudo evitar sonreír mientras se recostaba en su asiento. Le dio un trago a su cerveza.

-Yo no la conozco, pero seguro que tú sí.

No había muchas mujeres solteras con labios carnosos que Justin no conociera. Tenía fama de ser el mayor playboy de la ciudad. Justin había heredado la fortuna multimillonaria de su familia y era capaz de seducir hasta a una monja. También se le daba bien hacer negocios, tenía reputación de ser un negociador excelente. Darius se enorgullecía de que fuera su amigo.

Justin sonrió.

-Sí, la conozco. Su padre posee terrenos a las afueras de Austin. Ella viene a Somerset todos los veranos para visitar a su tía. Parece que le has gustado.

Darius no se molestó en mirar a la mujer en cuestión.

-Me alegro.

Darius sabía que Justin debía de estar preguntándose por qué no mostraba interés por Monica ni por ninguna otra mujer esa noche. Incluso la camarera le había lanzado un par de sonrisas coquetas. Pero la única mujer en la que podía pensar era la que lo había acompañado a comer. No podía sacársela de la cabeza.

La mujer que él había abrazado mientras ella lloraba.

-De acuerdo, Darius, dime, ¿qué está pasando por tu cabeza? Lance me ha dicho que sigues sin creer que Montoya es culpable.

Darius miró su botella de cerveza un momento antes de responder. Justin y él eran amigos de los Brody. Justin era el mejor amigo de Mitch, igual que él lo era de Lance.

En cierta manera, Darius se sintió culpable. No había dedicado nada de tiempo a pensar en Montoya ni en el incendio y debería hacerlo, se dijo. Había estado demasiado ocupado pensando en Summer. Pero ya que Justin sacaba el tema...

-No estoy tan convencido como los demás. Montoya es un hombre de negocios, igual que tú. Siempre apuesta a ganar. Es muy listo. No me parece que sea lo bastante estúpido como para prenderle fuego a la refinería de su enemigo, sobre todo cuando todos lo señalarían con el dedo. No tiene móvil.

Justin negó con la cabeza.

-Yo creo que sí. Acabas de decirlo tú mismo. Lance y él son enemigos.

-Pero eso es todo, Justin. Llevan años siendo enemigos. No es nada nuevo. Según Lance, su animadversión se remonta al instituto. Siempre han competido.

-Sí -afirmó Justin-. Y siguen compitiendo hoy, en casi todo. La única razón por la que Montoya decidió unirse al club fue para poder fastidiar a Lance. Aparte de eso, Montoya es amigo de Paulo Ruiz y todo el mundo sabe que ese tipo tiene contactos en los bajos fondos y es un mal bicho. Ruiz podría haber sido el encargado de provocar el incendio.

Darius asintió pero siguió sin estar convencido.

-Bueno, sólo tenemos pruebas circunstanciales que no serían suficientes en un juicio. A menos que encontremos evidencias más sólidas...

-Yo las conseguiré -lo interrumpió Justin.

Darius arqueó las cejas.

-¿Y cómo planeas hacerlo?

Justin sonrió.

-Lo descubrirás cuando te presente todas las pruebas que necesitas.

Horas más tarde, cuando se alejaba del club en su coche, Darius no pudo evitar recordar lo que había hablado con Justin durante la cena. Estaba claro que él no conocía a Montoya tan bien, pues no había vivido en Somerset toda la vida, como los demás, pero no podía evitar admirar a alguien que había trabajado tanto para amasar una gran fortuna desde la más absoluta pobreza. Había oído que, en el pasado, Montoya había trabajado como guarda en el club.

Y a Darius le costaba creer que alguien que había luchado tanto para triunfar arriesgara todo lo que tenía cometiendo el delito de provocar un incendio. Estaba convencido de que, si Montoya hubiera estado implicado en el incendio, se habría esforzado más en cubrirse las espaldas. Sin ir más lejos, el tipo ni siquiera tenía una coartada, para empezar. Ni encajaba con el perfil de un pirómano.

Darius decidió que, antes de irse a la cama, repasaría la información que había reunido hasta el momento, sobre todo las entrevistas que había tenido con los trabajadores que habían dejado la compañía en los últimos dos años. Entonces, maldijo para sus adentros al darse cuenta de que se le había olvidado la carpeta que contenía esa información en el centro de acogida.

Encendió la radio, pensando que le sentaría bien distraerse un poco con la música. Respiró hondo al reconocer la canción, que había oído ese mismo día a la hora de comer, cuando había estado en la cafetería con Summer.

Revivió al detalle la imagen de Summer sentada ante él, intentando superar el dolor de la pérdida de su tía. A él le había caído bien su tía y pensaba que la pobre mujer había perdido la vida de una forma muy trágica. Podía hacerse una idea de lo mal que lo habría pasado Summer. Pero no quería pensar en eso. Entonces, ¿por qué lo hacía? ¿Por qué debía recordarse a sí mismo una y otra vez que no debería pensar en ella?

Sumido en sus pensamientos, miró el reloj del coche. Eran cerca de las diez. Al día siguiente, dedicaría su jornada a visitar la refinería para comprobar algunas cosas e interrogar a algunos empleados, incluido el que había asegurado ver a alguien con el aspecto de Montoya en el aparcamiento de la refinería la noche del incendio.

Nada más parar en un semáforo rojo, sonó su móvil. Respondió de inmediato.

-¿Sí?

-Darius, soy Walt. Tengo un mensaje tuyo.

Darius sonrió al escuchar la voz de su antiguo compañero de la policía, que le recordaba a sus tiempos de detective en Houston. Lo habían pasado bien juntos, a pesar de la actitud pesimista de Walt.

-Sí, Walt, ¿cómo va todo?

-Como siempre. Ya habrás oído que Smothers se ha retirado al fin. Es una buena noticia.

-Sí, lo había oído –señaló Darius. Smothers era un detective muy rudo que debía haberse retirado hacía años.

-Bueno, ¿qué pasa? En tu mensaje, decías que necesitabas mi ayuda con algo.

-Estoy investigando un caso de incendio provocado en Somerset y necesito que investigues el historial de uno de los empleados de la compañía. Otro de los empleados me ha dicho que solía trabajar para una empresa que se quemó hasta los cimientos hace unos años, en Houston.

-Claro. ¿Cómo se llama el tipo?

-Quincy Cummings –dijo Darius, esperando que Walt pudiera obtener información sobre él.

-Te llamaré mañana o pasado para contarte qué he averiguado –dijo Walt.

-Gracias.

-Bueno, ¿y qué has estado haciendo, Darius? La última vez que hablamos fue el año pasado. Pensé que me llamabas para contarme que te habías casado o algo así –apuntó Walt en tono de broma.

Sin embargo, por alguna razón, Darius se sintió molesto por las palabras de Walt. Había tocado su punto débil. Podría ser porque Walt había sido quien le había contado lo de Summer y las cosas que ella había dicho de él.

-No. Planeo seguir soltero hasta el fin de mis días –replicó Darius, preguntándose por qué Walt siempre sacaba a relucir el tema del matrimonio.

-Yo igual. Las mujeres son unas mentirosas. No se puede confiar en ninguna de ellas. Por cierto, ¿recuerdas a ésa que te gustaba tanto cuando éramos compañeros de patrulla? La que te dejó por un viejo rico cuando estabas fuera de la ciudad. No me acuerdo de su nombre pero...

-Summer –lo interrumpió Darius, intentando ocultar su irritación.

-¿Qué?

-Digo que se llamaba Summer. Summer Martindale –apostilló Darius, pensando en dar la llamada por terminada.

-Ah, sí, esa chica. Me pregunto qué fue de ella después de que se fuera de Houston. ¿Seguirán juntos el viejo y ella?

-No lo sé –repuso Darius en tono cortante, decidido a no mencionar que Summer vivía en Somerset y que no sólo la había visto, sino que la había besado de nuevo-. Mira, Walt, te agradezco que me devuelvas la llamada. Avísame si averiguas algo de ese tipo.

-Claro que sí, compañero.

Darius colgó. Walt era el tipo de hombre que pensaba que debía compartir su pesimismo con todo el mundo. Y siempre había tenido una visión muy deprimente de la vida, sobre todo porque no le había ido nada bien con las mujeres.

Darius decidió volver al centro de acogida para recuperar la carpeta que había olvidado allí y giró en la siguiente intersección. Momentos después, se detuvo en el aparcamiento, sorprendido al comprobar que el coche de Summer seguía en su sitio habitual. ¿Por qué seguiría ella allí?

En cuestión de segundos, Darius se bajó del coche y caminó hasta la entrada. El guarda de seguridad llamado Barney lo reconoció, pero siguió todo el procedimiento de seguridad antes de dejarle pasar.

-¿Está en su despacho la señorita Martindale? -preguntó Darius al guarda mientras se guardaba el documento de identidad en la cartera.

-Sí, señor, y anoche hice como usted me había pedido y la acompañé hasta el coche.

-Gracias.

De camino al despacho de Summer, Darius se detuvo ante la mesa de la secretaria del turno de noche. La había conocido la noche anterior, era una mujer mayor llamada Raycine Bradley.

-Buenas noches, señora Bradley. ¿La señorita Martindale está reunida con alguien?

La mujer le sonrió.

-No, creo que está recogiendo para marcharse. Al fin.

Darius asintió, pensando que Summer debía haberse marchado hacía horas.

-Creo que iré a meterle prisa -dijo él y se dirigió al despacho de Summer.

Momentos después, llamó a su puerta.

-Adelante.

Darius entró y cerró la puerta tras él. Ella estaba de pie ante la mesa, revisando unos papeles, dándole la espalda.

-Te prometo que ya me voy, Raycine -dijo Summer, sin girarse.

Él se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta cerrada.

-Me alegra saberlo. Pienso asegurarme de que lo hagas de veras.

Summer se giró de golpe y miró a Darius, sorprendida.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó ella. Por la cara de él, no parecía muy contento, pensó.

-Yo podría preguntarte lo mismo -repuso él en tono seco, dando un par de pasos para pararse en medio del despacho, con las manos en las caderas.

Así que por eso estaba disgustado Darius, porque no le gustaba que ella siguiera en la oficina, pensó Summer. No pudo evitar preguntarse qué más le daba a él.

-Tenía mucho que hacer para la reunión de mañana con el señor Novak. Además de eso, hoy ha ingresado una mujer nueva en el centro.

Darius percibió su expresión de preocupación.

-¿Cómo está?

-Estaba mucho mejor después de que la instaláramos y le aseguráramos que, si su marido venía por aquí, no le dejaríamos acercarse a ella.

Darius meneó la cabeza.

-Es una pena que las mujeres tengan que preocuparse por algo así.

Summer suspiró.

-Sí. Yo sé lo que es eso.

Pero Summer no necesitaba recordárselo, pues él había sido testigo de su drama personal en el pasado. Entonces, ella había creído que una orden de alejamiento bastaría para

mantener a Tyrone a raya, pero había estado equivocada. No quería pensar en lo que podría haber pasado si Darius no hubiera aparecido en el momento justo, arriesgando su vida para salvarla.

Pero no quería pensar más en Tyrone.

-Bueno, ¿vas a contarme qué haces aquí?

Darius la acarició con la mirada.

-Me dejé algo que necesito para mañana. Había olvidado decirte que no volveré al centro hasta la semana que viene, cuando empezaré a instalar el sistema de contabilidad.

-Ah.

Summer debía haberse alegrado por no tener que verlo tanto, pero un tumulto de emociones contradictorias se apoderó de ella. Intentó ignorarlas.

-Voy a trabajar en un caso en otro sitio -añadió él.

Summer quiso decirle que no necesitaba que le diera explicaciones.

-Lo dices como si fuera algo grave.

-Se trata de un incendio provocado. Es probable que lo leyeras en el periódico hace unas semanas. Un incendio en las refinerías de Petróleos Brody.

-Sí, recuerdo haberlo leído -dijo ella, apoyándose en la mesa-. ¿Y crees que fue provocado?

-Eso parece. Los hermanos Brody me han pedido que lo investigue.

Summer miró a Darius. Recordó lo mucho que él solía disfrutar con su trabajo de detective. De vez en cuando había compartido con ella los detalles de algún caso en particular que había estado investigando.

-¿Tienes pistas?

-No las suficientes para mi gusto, por eso mañana voy a pasar el día en la refinería -respondió Darius, y se acercó a ella unos pasos más-. ¿Qué quieres que haga?

Summer no retrocedió.

-¿Respecto a qué?

-Quiero ayudarte a recoger para que te vayas, deberías haber salido de la oficina hacía horas.

-Ya te he dicho por qué sigo aquí.

-Pero tu razón no es lo bastante buena. Entiendo que te quedaras una hora o dos más pero, Summer, son casi las once y, conociéndote, seguro que eres la primera en venir a la oficina mañana por la mañana.

-Claro. Tengo la reunión a las ocho.

Darius se preguntó qué pensaría Summer si supiera que acababa de estar jugando al billar con el hombre con quien ella iba a reunirse. Y Kevin estaba al corriente de quién era ella. Su amigo sabía que habían salido juntos y que Summer lo había lastimado, reflexionó.

-Bueno, ¿cómo puedo ayudarte?

Cuando Darius se paró delante de ella, Summer dejó escapar un suspiro de resignación. No serviría de nada discutir con él. Además, estaba demasiado cansada.

-Puedes ayudarme grapando las copias del informe que tengo aquí apartadas.

-De acuerdo.

Summer intentó apartarse cuando él se puso a su lado ante la mesa pero, aun así, sus brazos se rozaron. Un mar de sensaciones la invadió. Respiró hondo.

-¿Estás bien? -preguntó él, mirándola.

-Sí, estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

-Por nada.

Era por algo y ambos lo sabían. Summer no podía sacarse de la cabeza los recuerdos de una noche inolvidable. No podía negar que, durante años, había echado de menos sentir un cuerpo fuerte y cálido a su lado y despertar cegada por el deseo.

-Si has quedado sólo con Kevin, ¿por qué has preparado tantas copias?

La pregunta de Darius la sacó de sus pensamientos.

-Son para los miembros del Club de Ganaderos, para que el señor Novak se las entregue. Quiero que todos sepan cómo está funcionando el centro, que somos un beneficio para la comunidad y que yo soy lo bastante competente para mi puesto.

Darius le tocó el brazo.

-Te preocupas sin necesidad. Si pensaran que no eres competente, no te habrían contratado.

-Pero, ¿y si...?

-De verdad te lo digo, te preocupas por nada.

Entonces, Darius se inclinó hacia ella. Summer debió haberlo previsto. Pero, en cuanto la boca de él tocó la suya, fue incapaz de moverse. Y, llena de deseo, no pudo hacer nada más que disfrutar del momento.

Si había algo indiscutible era que Darius sabía besar, incluso en esas ocasiones en que no debería hacerlo. Como en ese momento. Él se había ofrecido a ayudarla, no a seducirla. Todo su cuerpo tembló de excitación y ella supo que ningún otro hombre podía hacerla sentir como Darius. El único hombre al que había echado de menos.

Si los dos hubieran...

Summer prefirió no pensar en qué podía haber pasado. Sólo quería pensar en el presente, no en lo que había ocurrido hacía siete años. Ni siquiera quiso preguntarse por qué se sentía tan cómoda entre sus brazos, como si ése fuera el lugar más apropiado para ella.

Sus bocas se entrelazaron a la perfección, moviéndose en sincronía, con total naturalidad.

Cuando al fin sus labios se separaron, Summer respiró hondo, sintiendo su sabor. No se molestó en preguntarse por qué le había dejado besarla. Ella lo sabía de sobra. E, igual que la vez anterior, no había opuesto ninguna resistencia. Aunque lo hubiera intentado, no habría podido, reconoció para sus adentros.

Pero prefirió no hablar de ello. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y agarró los papeles que quedaban. Fue consciente de que él la observaba pero, siguiendo su ejemplo, Darius tampoco dijo nada. Por el rabillo del ojo, lo vio apilar los informes en un montón. A continuación, los dos se volvieron al mismo tiempo, sus miradas se cruzaron por un segundo y, al instante, se abrazaron.

Parecía que su mente se negaba a recordar los malos tiempos, se dijo Summer. En ese instante, sólo se acordó de los buenos momentos, que habían sido muy buenos. Se habían acostado juntos nada más una vez pero, antes de eso, habían sido amigos. Sin embargo, ella había descubierto después que él había tenido un interés oculto. Pero prefirió no pensarlo. Por el momento, lo único que quería era disfrutar del modo en que la besaba, con una pasión y una intensidad abrumadoras.

A Summer ni siquiera le molestó que Darius la estuviera sujetando de forma íntima y posesiva, agarrándola de los glúteos y apretando su pelvis contra la de él. Sintió sus poderosos músculos y su erección, fuerte y dura.

Dejándose llevar, Summer le rodeó el cuello con los brazos mientras él la besaba con más profundidad, provocándole oleadas de placer. Le notó estremecerme mientras le acariciaba la nuca con las yemas de los dedos.

Darius cambió de posición, para tener todavía mejor acceso a su boca. A Summer le daba vueltas la cabeza y se dijo que no tenía más remedio que aceptar lo que estaba sucediendo y comportarse como una mujer. Y era lo que estaba haciendo. Estaba actuando como una mujer que deseaba sentir la lengua de él, saborearlo, disfrutar al máximo de las sensaciones que aquel beso estaba despertando en ella.

Cuando sus bocas se separaron, momentos después, Summer no pudo resistirse a posar un suave y ardiente beso en la mandíbula de él. Ni pudo evitar acariciarle el labio con la punta de la lengua hasta que, al fin, dio un paso atrás.

Darius tomó aliento y combatió el deseo de tomarla entre sus brazos de nuevo y preguntarle si podía acompañarla a casa para hacerle el amor con la misma intensidad que lo habían hecho hacía años. Pero, en esa ocasión, no expondría su corazón, sería sólo cuestión de sexo.

Ojalá aquel beso hubiera servido para borrar todo el sufrimiento del pasado y le hubiera permitido seguir adelante sin rencor en el corazón, reflexionó Darius. Por desgracia, no había sido así. El beso le había hecho darse cuenta de lo vulnerable que seguía siendo ante Summer y de lo ardiente que seguía siendo su pasión por ella.

-Termina de recoger y te acompaño hasta el coche -dijo él con voz profunda. El deseo le incendiaba la sangre y estuvo a punto de mandarlo todo al diablo y de hacerle el amor sobre esa misma mesa.

Pero no podía hacerlo. No debía.

-No te preocupes, Darius. No hace falta que me acompañes.

Darius la observó y percibió el brillo de su mirada, muy seductor. Se preguntó si Summer sería consciente de lo tentadora que era. Se dijo que debía contenerse y no rendirse a la tentación, aunque ella también lo estuviera deseando.

-Voy a acompañarte, Summer.

La expresión de ella cambió y Darius se dio cuenta de que no quería que la acompañara. Pues tendría que ceder antes o después, se dijo, porque pensaba acompañarla de todos modos. De hecho, estaba decidido a seguirla a casa en su coche para asegurarse de que entrara en su hogar sana y salva.

-Bien. Como quieras, Darius.

Las palabras fueron dichas en un tono cortante. Darius adivinó que ella no estaba de acuerdo. Pero no le importó. No quería que Summer corriera ningún peligro. Intentó decirse que era su instinto protector lo que lo impulsaba a actuar así, y nada más.

Observó a Summer mientras ella tomaba su bolso y, luego, la siguió fuera del despacho. Hicieron una pausa en el pasillo para que ella cerrara la puerta con llave. El centro estaba en silencio y era probable que casi todas las mujeres acogidas estuvieran dormidas.

-¿Qué has cenado? -preguntó él cuando comenzaron a caminar hacia el vestíbulo.

-Nada. Estaba trabajando.

Darius apretó los labios para no soltar una imprecación. Saber que ella se había saltado una comida le molestó más de lo que debiera.

-Y, por favor, Darius, no me des sermones. Estoy demasiado cansada para escucharlos.

Darius la miró.

-Yo no doy sermones.

-Nunca lo diría.

Darius se detuvo e hizo que ella se detuviera antes de dar la vuelta a la esquina que conducía al vestíbulo. Summer podía estar demasiado cansada para escuchar lo que él tenía que decir, pero parecía tener energía de sobra para discutir con él. Sin embargo, no pensaba complacerla entrando en la discusión.

Decidido, Darius se inclinó hacia delante y posó un suave beso en sus labios.

-Estás más guapa cuando no te pones rebelde.

Summer frunció el ceño, tomada por sorpresa.

-No me estoy poniendo rebelde.

Darius no pudo evitar sonreír.

-Nunca lo diría.

Darius soltó una pequeña carcajada cuando ella lo miró furiosa. Ignorando su enfado, la agarró del brazo.

-Vamos, Summer, deja que recoja la carpeta que me olvidé y te acompañaré a casa antes de que te caigas redonda de agotamiento.

Summer miró hacia atrás antes de abrir la puerta de su casa. Sabía que Darius la había seguido hasta allí. Podía haber sido amable y haberlo invitado a entrar, pero decidió no hacerlo. Ya había tenido bastante Darius Franklin por el momento y, después de los besos que habían compartido en la oficina, ella había llegado a su límite.

Se preguntó qué era lo que la hacía sentirse tan vulnerable y frágil a su lado y, al mismo tiempo, tan bien protegida. Siempre que se besaban, no podía evitar revivir la pasión que habían compartido en el pasado. Y recordaba los sueños y esperanzas que su corazón había albergado cuando había creído que su relación podía tener un futuro. Incluso había soñado con casarse con él y tener hijos.

Se dirigió al baño para darse una ducha. Se preguntó si, en los siete años que habían pasado, Darius se habría arrepentido alguna vez de fanfarronear de forma tan degradante con su compañero de patrulla, Walt Stewart, sobre la noche que habían pasado juntos. Ella le agradecía a Walt que le hubiera contado lo que Darius había dicho.

El corazón se le llenaba de dolor cada vez que se daba cuenta de lo equivocada que había estado con él. Por eso, se prometió no cometer el mismo error, entregándole su corazón una vez más. Pero había disfrutado de aquel beso, reconoció. Una cosa no tenía nada que ver con la otra, siempre que tuviera clara la distancia que siempre habría entre los dos.

Darius se había convertido en un hombre de negocios y parecía disfrutar de su trabajo. Y ella tenía una nueva vida, una profesión y había perdido el miedo a encontrarse con Tyrone de improviso. Los últimos siete años habían sido fructíferos para ella, aunque había estado muy sola. En lo relativo a los hombres, había aprendido que era mejor protegerse al máximo y eso seguiría haciendo.

Y la forma más segura de hacerlo era asumir que no había nada entre Darius y ella.

Darius necesitaba ducharse para relajarse. Después de comprobar que Summer había llegado a casa sana y salva, condujo directo a su casa, recordando sus besos. Se había sentido

a gusto con ella entre los brazos, como si abrazarla hubiera sido lo más natural del mundo. Teniendo en cuenta lo que ella le había hecho hacía siete años, ¿no era extraño que se sintiera tan bien en su compañía?

Cuando, con reticencia, él había terminado el beso, Summer le había acariciado los labios con su lengua, recordó, excitándose sólo de pensarlo. Había sido algo inesperado y le había gustado mucho.

Y, después de haber averiguado dónde vivía Summer, se esforzaría en conseguir que lo invitara a pasar una noche en su casa. Quizá tardara un tiempo en lograrlo, pero lo haría. No iba a volver a verla hasta el lunes siguiente, lo que le pareció bien, pues Summer era la clase de mujer que se le metía a un hombre debajo de la piel.

Tuvo que admitir que Summer se le había metido debajo de la piel esa noche. Ella le había hecho sentir cosas que no había sentido desde hacía años y le había recordado lo que era perder el autocontrol al lado de una mujer.

Frunciendo el ceño, se encaminó a la ducha. Al margen de lo que Summer provocara en él, estaba decidido a ser inmune a sus encantos. No tenía ninguna intención de tropezar dos veces con la misma piedra.

Capítulo Seis

-¿Cómo fue tu reunión del viernes?

Summer levantó la vista y su mirada se encontró con la de Darius. Se había preguntado si él iría al centro esa mañana. No había esperado verlo el viernes, aunque tampoco había estado segura de cuándo pensaba regresar a terminar el trabajo para el que había sido contratado por el Club de Ganaderos.

-La reunión fue muy bien. El señor Novak me agradeció que hubiera hecho copias del informe y se mostró muy interesado en lo que le conté. Estuvo de acuerdo en que, teniendo en cuenta que el centro apenas tiene vacantes para más mujeres, sería buena idea ampliar las instalaciones cuanto antes. Dijo que mostraría mi informe y mis recomendaciones al resto de los miembros del Club de Ganaderos.

Darius asintió.

-¿Y qué tal has pasado el fin de semana?

-Ocupada, como siempre. ¿Y tú? -preguntó Summer, observándolo con atención. Ella solía tener la capacidad de adivinar sus pensamientos pero, en el presente, ya no podía averiguar lo que él estaba pensando.

-Bien. Después de pasar el viernes en la refinería, estuve siguiendo unas cuantas pistas -respondió él y entró en el despacho.

De inmediato, Summer sintió su calor, percibió su aroma y tuvo que reconocer que lo había echado de menos.

-¿Sigues convencido de que el incendio fue provocado?

Summer intentó no pensar en lo atractivo que él estaba allí delante de su mesa, con una taza de café en la mano. Le bastó mirar un instante su boca para recordar los apasionados besos que habían compartido en ese mismo despacho la semana anterior.

Summer se negó a admitir que había dejado abierta la puerta de su despacho a propósito, por si Darius se pasaba por Helping Hands esa mañana. En varias ocasiones él la había tomado por sorpresa y no quería que volviera a pasar lo mismo. Tampoco quiso reconocer que había pensado mucho en él durante el fin de semana y que había estado preguntándose dónde estaría... y con quién. No tenía ningún derecho a preocuparse por eso, pero no había podido evitarlo.

-Recogeré el informe oficial del jefe de bomberos esta semana pero, hasta el momento, las pruebas apuntan a que fue intencionado.

-Entonces, estoy segura de que tú serás quien resuelva el caso.

Darius intentó no emocionarse por la confianza que Summer tenía en él. Ella siempre había encontrado la manera de hacerle sentir como si pudiera saltar rascacielos de un solo salto. Solía decirse que Summer lo veía así porque la había salvado de una situación peligrosa y que él no debía darle ninguna importancia. Pero no podía evitarlo.

-¿Y cuál es el siguiente paso?

Ésa era otra de las cosas que lo había atraído de Summer, el interés que siempre mostraba por su trabajo. Le hacía preguntas y parecía comprender y compartir sus alegrías y frustraciones. En el pasado, a él solía gustarle pasarse por casa de ella al final de la jornada y contarle cómo le había ido el día.

-Seguiré investigando en la refinería al mismo tiempo que me ocupo de los sistemas de seguridad y contabilidad aquí. Como el club quiere que me ocupe de ambas cosas de forma personal, he delegado mis otras tareas.

Darius acababa de hacerle partícipe de sus planes, que significaban que, le gustara a ella o no, iba a estar viéndolo en el centro de acogida durante un tiempo. Se preguntó si ella habría dado por hecho que iba a encomendarle el trabajo del centro a otra persona.

-Bueno, te dejo seguir trabajando. Nos vemos a mediodía.

Ella arqueó las cejas.

-¿A mediodía?

Darius sonrió.

-Sí. Vamos a comer juntos.

Ella lo miró, atónita por su arrogancia.

-¿Ah, sí?

-Claro que sí, incluso puede que te deje convencerme para pedir una de esas ensaladas que tanto te gustan.

Hubo una pausa y Darius adivinó que ella estaba intentando determinar si merecía la pena discutir con él.

Cuando Summer empezó a hablar, lo hizo despacio, para asegurarse de que él la comprendiera sin lugar a dudas.

-No quiero que des por hecho que vamos a comer juntos todos los días, Darius.

-¿Te gusta mi compañía?

Ella titubeó y se humedeció los labios, nerviosa.

-Que me guste o no tu compañía no tiene nada que ver. Hay problemas entre nosotros que todavía no hemos resuelto.

¿Problemas que no habían resuelto? Lo decía como si ella hubiera sido la parte perjudicada y no al revés, pensó Darius. No había sido él quien se había ido de la ciudad con un hombre lo bastante viejo como para ser su padre pero capaz de comprarle todas las cosas que él no había podido comprar con su salario de policía.

Resolverían sus problemas, sí, pero a su manera, se dijo él. Muy pronto, Summer iba a descubrir lo que se sentía cuando alguien que creía que la amaba le daba la espada y la dejaba con el corazón destrozado.

-Algunas cosas no pueden ser resueltas y es mejor no tocarlas -dijo él-. Y, quizá, en nuestro caso, es mejor que no hablemos de lo que pasó entre nosotros hace siete años, Summer. Las personas cambian, maduran y lamentan las cosas que hicieron cuando eran jóvenes e ingenuas.

Darius la miró a los ojos, dando por hecho que ella estaba reflexionando sobre sus palabras. Por la forma en que lo había dicho, había querido dar la sensación de que le estaba ofreciendo la oportunidad de redimirse y que estaba dispuesto a perdonarla por lo que ella le había hecho. Nada más lejos de la verdad.

-Quizá tengas razón -dijo ella al fin-. Sucedió hace siete años y hemos madurado mucho desde entonces.

-Eso quiero creer -replicó Darius, queriendo dar el tema por zanjado-. Bueno, ¿quedamos para comer?

Summer titubeó un momento.

-Sí.

Después de que Darius saliera de su despacho, Summer no pudo evitar preguntarse si estaría cometiendo un tremendo error al aceptar olvidar el pasado. Era evidente que para Darius era muy fácil, pues no había sido él quien había terminado con el corazón hecho pedazos. Pero, por otra parte, no podía pasar por alto el hecho de que Darius le había salvado la vida. Además, quizá, ella había imaginado cosas y había puesto demasiadas expectativas en su relación.

Pero llevaba demasiado tiempo sin salir con ningún hombre y no estaba segura de poder hacerlo con Darius. Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. Ya se había acostumbrado a estar sola. ¿Por qué parecía Darius tan decidido a invadir su espacio personal?

Lo único que Summer sabía con seguridad era que él la hacía sentirse muy bien cuando la tocaba. Lo cierto era que ni siquiera tenía que tocarla para hacer que sus hormonas reaccionaran. Incluso a dos metros de distancia, podía sentir la pasión que vibraba entre ellos, despertando todo tipo de deseos escondidos.

En ese momento, por ejemplo, Darius no había estado más de quince minutos en su despacho y ella tenía el corazón acelerado al máximo.

Sin embargo, Summer decidió no preocuparse más por la impresionante química que había entre ellos. Siempre había existido, desde el principio. Lo que le preocupaba más era lo fácil que le resultaba querer perdonarlo y creer en sus palabras. Hacía siete años, habían sido personas diferentes, con diferentes valores, en un momento distinto de sus vidas. Las personas cambiaban. Y llegaban a lamentar acciones y decisiones pasadas. Acciones y decisiones que no era posible cambiar.

Sabía que a algunos hombres no les gustaban las confrontaciones y era probable que Darius pensara que, aunque sacaran a relucir los trapos sucios, no podían cambiar el pasado. Aun así, ¿era mucho pedir una disculpa porque Darius le hubiera hablado a su compañero de patrulla de algo tan íntimo y privado como su encuentro sexual con ella? ¿Acaso él no se había dado cuenta de que, al hacerlo, había degradado y ensuciado lo que habían compartido?

Summer podía revivir a la perfección aquel día, después de que Darius y ella hubieran pasado la noche juntos. Él se había ido por la mañana, de buen humor, haciendo planes para que los dos pasaran el día juntos. Pero, primero, había tenido que ir a su casa para cambiarse de ropa y pasarse por la comisaría para terminar de redactar un informe. Y ella había tenido que trabajar unas pocas horas en la cafetería donde había servido como camarera.

Cuando Summer había regresado a su casa, se había quedado esperando a Darius. Las horas habían ido pasando y ella se había preocupado. Esa noche, Walt había aparecido ante su puerta con un mensaje de Darius, diciendo que había tenido que salir de la ciudad de forma inesperada por un asunto de trabajo. Tras darle el mensaje, Walt le había preguntado si podía hablar con ella en privado. Entonces, le había contado que Darius había llegado a la comisaría, fanfarroneando y alardeando de que había conseguido acostarse con ella. Le aseguró que había apostado con él a que tardaría menos de un mes en hacerlo. Al descubrir que su noche juntos no había significado para él nada más que la posibilidad de ganar una apuesta, ella se había sentido profundamente herida. Y saber que Darius le había contado los pormenores a su amigo había sido otro golpe bajo.

Mientras había escuchando a Walt contarle lo que Darius había hecho, Summer apenas había sido capaz de mantener la compostura. En cuanto Walt se había ido, ella se había hundido y había roto a llorar. Había decidido que debía irse de Houston de inmediato y que no quería volver a ver a Darius nunca más. Lo había pasado muy mal con Tyrone, pero lo que Darius le había hecho le había dolido aún más porque, en tan poco tiempo, se había enamorado de él.

Avergonzada, Summer había llamado a su tía para contarle lo que había pasado y, en los días siguientes, había tomado unas cuantas decisiones rápidas. Uno de sus clientes habituales en el restaurante, un autor de libros de texto llamado Jack Lindsey, iba a pasar un año en Florida con su esposa mientras escribía el próximo libro. Jack le había ofrecido la oportunidad de acompañarlos como secretaria, para organizar y editar todas sus notas. Ya le había hecho la misma oferta en otras ocasiones, pero ella la había rechazado siempre por las amenazas de Tyrone. Sin embargo, al pensar que no había ningún futuro para ella en Houston, había hecho las maletas y se había ido de la ciudad con los Lindsey.

Los Lindsey se habían portado muy bien con ella y había disfrutado mucho del año que había pasado con ellos en su casa de Miami. Se había concentrado de lleno en el trabajo, decidida a sacarse a Darius de la cabeza y curarse las heridas emocionales. Él no la había llamado en las siguientes dos semanas, lo que había confirmado todo lo que Walt le había contado a ella. Su noche juntos había sido para Darius sólo una conquista más.

Como el señor y la señora Lindsey habían sido maestros, ambos habían animado a Summer a estudiar en la universidad. La señora Lindsey, incluso, la había ayudado con las asignaturas que le parecían más difíciles para preparar su acceso a la universidad. Con el dinero que había ganado trabajando para los Lindsey y con un generoso extra que ellos le habían dado al final del año, se había quedado en Miami para asistir a la universidad. Entonces, había dedicado todo su tiempo y energía a las clases, totalmente decidida a conseguir sus objetivos y a no perder más tiempo sufriendo por su desamor con Darius.

Sumida en sus recuerdos, Summer se levantó de la mesa y miró por la ventana, sin estar segura de poder manejar la situación con Darius. En aquellos tiempos en Miami, había estado segura de que no iba a volver a verlo nunca más.

Lo que más le molestaba era lo que Darius le hacía sentir. Siempre que estaba cerca, era capaz de despertar en ella deseos y sensaciones que preferiría que siguieran aletargados. Durante siete años, ningún hombre le había hecho recordar lo que era sentirse mujer. Y deseada. Darius, sin embargo, era capaz de hacerlo con gran facilidad.

Cuando lo miraba a los ojos, Summer podía leer en ellos un apasionado deseo, algo que él no se molestaba en disimular la mayor parte del tiempo. Era como si Darius supiera exactamente el efecto que provocaba en ella, cómo seducirla, qué palabras decir.

Summer había pensado mucho en Darius durante el fin de semana y se había preguntado cómo estaría él y qué estaría haciendo. Y con quién, reconoció para sus adentros, mordiéndose el labio inferior. Le gustaría poder decir que no le importaba nada, pero no era así. No había podido evitar darse cuenta de cómo lo habían mirado algunas mujeres cuando habían entrado juntos en la cafetería. Lo habían observado con evidente interés femenino y no podía culparlas. Después de todo, a ella le pasaba lo mismo.

Un hondo suspiro escapó de su boca y miró el reloj. Era hora de hacer su ronda y saludar a todo el mundo. Así se mantendría ocupada hasta la hora de comer.

Darius se quedó mirando la pantalla del ordenador, pensando que debía de habersele escapado algo al instalar el sistema de contabilidad. Tenía que volver al principio y comprobarlo. O, mejor aún, pensó mientras se recostaba en la silla y se frotaba el puente de la nariz, sería mejor idea si pudiera concentrarse en el trabajo y dejar de pensar en Summer. Tenerla en la cabeza todo el tiempo era la causa más probable de la irregularidad que creía haber encontrado en el sistema de contabilidad.

Tras decidir que sus ojos y su cabeza necesitaban descansar, Darius apartó la silla de la mesa y se puso en pie para estirar las piernas. Había estado ante el ordenador casi toda la mañana y el escaso espacio que había debajo de la mesa había sido una tortura para sus largas piernas.

Miró el reloj. Todavía faltaba una hora para comer y no pudo negarse que estaba deseando ver a Summer de nuevo. Intentó convencerse de que pasar tiempo con ella no significaba nada para él, que sólo formaba parte de su plan de venganza. No había ninguna razón para pensar que no fuera así, se dijo.

Respiró hondo, deseando poder creerlo. Pero sabía que, si no tenía cuidado, sucumbiría de nuevo a los encantos de Summer. Y no quería que eso sucediera. Le había entregado el corazón en una ocasión y ella se lo había hecho pedazos. Por su culpa, no había sido capaz de volver a confiar en ninguna mujer.

Darius le había preguntado qué tal había ido su reunión con Kev, aunque él ya había estado al tanto de la información. Summer había dejado a Kev muy impresionado. Además de decir lo obvio sobre lo guapa que era, Kev había quedado admirado por su inteligencia y por su preocupación por las mujeres que buscaban refugio en el albergue. Kev también pensaba que Summer tenía muchas buenas ideas que el Club de Ganaderos debería tener en cuenta.

Absorto en sus pensamientos, Darius volvió a sentarse ante el ordenador y continuó instalando el sistema para Helping Hands, intentando no pensar en Summer. Sin embargo, volvió a encontrar fallos en el sistema de contabilidad al conectarlo con el del club.

Se recostó en la silla para responder su móvil, que estaba sonando.

-Sí, Lance, ¿qué pasa?

-Kate está preparando la cena para esta noche y quiere que vengas a comer con nosotros.

Darius sonrió. Le gustaba Kate y estaba completamente seguro de que era la clase de mujer que Lance necesitaba.

-Me encantaría.

-Genial. Se lo diré.

-¿Lance?

-¿Sí?

Darius hizo una pausa, sin estar seguro de si debía mencionar las irregularidades que había encontrado en el sistema de contabilidad del club. Huntington y sus seguidores se encargaban de llevar la contabilidad del club, es decir, el dinero que llegaba de diversas donaciones. Y todo el mundo sabía que era un grupo muy celoso en su vigilancia del dinero. Si hubiera alguna irregularidad con los fondos del club, Huntington y los suyos lo sabrían. Aun así...

-¿Darius? ¿Qué sucede?

Darius respiró hondo.

-Nada -dijo Darius al fin, decidiendo que era mejor no sacar conclusiones sobre las irregularidades hasta que tuviera oportunidad de estudiarlas con más detalle.

-¿Cómo van las cosas entre Summer Martindale y tú?

Darius frunció el ceño.

-Me lo preguntas como si fuéramos pareja.

-¿No lo sois? -replicó Lance.

-Todavía no.

Algo en su tono de voz debió de delatarlo.

-No sé qué planes tienes respecto a ella, Darius, pero ten cuidado. Puede salirte el tiro por la culata. Si vas tras ella, entonces tienes que olvidar lo que pasó hace siete años y mirar hacia el futuro.

Darius no dijo nada durante un momento.

-No puedo -admitió Darius.

-Deberías intentarlo, hombre. Estás jugando con fuego, no me digas que no te lo he advertido.

-Hoy he venido preparado -dijo Darius, mirándose los pies.

Summer siguió su mirada y se dio cuenta de que Darius se había quitado las botas y llevaba en su lugar un par de zapatillas de deporte de cuero. Eso significaba que había acudido al centro de acogida dispuesto a caminar hasta el café y que había asumido que ella comería con él. A ella no le gustó mucho que Darius hubiera dado por sentado que aceptaría.

Lo miró a la cara.

-Ya lo veo. ¿Estás listo?

-Siempre estoy listo, Summer.

Summer sabía que su afirmación era verdadera.

-Perdóname un momento. Tengo que avisar a Marcy de que me voy.

Summer se dirigió a la mesa de Marcy. La secretaria estaba cerca de los sesenta años y Summer había hecho muy buena amistad con ella desde que había empezado a trabajar en el centro.

-Voy a salir a comer, Marcy.

Marcy sonrió.

-De acuerdo. ¿Te han arreglado el grifo que goteaba en tu casa?

Summer negó con la cabeza.

-Todavía no, pero es mejor que lo hagan pronto porque no me deja dormir.

Entonces, Summer se giró para reunirse con Darius y salieron juntos del edificio en dirección a la cafetería, para comer. Ella había estado muy ocupada toda la mañana y necesitaba tomarse un respiro del trabajo. Por eso, siempre que tenía tiempo, le gustaba poder salir un rato a la hora de la comida.

Hacía un día precioso y, por alguna razón, Summer no pudo ignorar la sensación de placer que la invadía al tener a Darius a su lado. Se sentía afortunada. Había asesorado a dos mujeres esa mañana y, después de haber escuchado sus historias, pensaba que era una bendición que hubiera cortado sus ataduras con Tyrone a tiempo; de no haber sido así, habría acabado como ellas. Y, aunque Tyrone la había atacado, y había terminado entre rejas por

ello, era una mujer libre de tomar las decisiones que quisiera. Y su trabajo consistía en convencer a otras mujeres de que también tomaran sus propias decisiones.

-¿Qué tal te ha ido la mañana? -le preguntó Darius.

Summer empezó a contarle algunos detalles de lo que había hecho mientras seguían caminando hacia la cafetería. Aunque la piernas de Darius eran mucho más largas que las de ella, ajustó su paso al de su compañera.

En más de una ocasión, mientras le contaba sus ideas sobre mejoras para el centro de acogida, Summer levantó la mirada y comprobó que él la estaba escuchando con atención. Algunas de esas ideas no las había compartido con Kevin Novak porque no había querido abrumarlo, pues todas sus propuestas conllevaban una inversión considerable. Pero había gastos que merecían la pena, pensaba ella, pues beneficiarían a las mujeres del centro de acogida.

Entonces, a Summer se le ocurrió preguntarle a Darius por su hermano. Debía haberlo hecho hacía mucho, pues sabía que los dos habían estado muy unidos. Como ella, Darius había perdido a sus padres de niño y sus hermanos y él habían sido criados por su tía.

-Ethan está bien ahora.

Summer abrió la boca para preguntar qué quería decir con eso cuando, de pronto, Darius la agarró de la cintura con su brazo cálido, fuerte y masculino, para evitar que ella metiera el pie en un agujero que había en la acera.

-Gracias.

-De nada -repuso él y la soltó.

Summer intentó ignorar las sensaciones que se apoderaron de su cuerpo al sentir el contacto. Cuando llegaron a la cafetería y Darius abrió la puerta, ella pasó delante con rapidez y se preguntó cómo iba a poder sobrevivir estando a solas con él durante toda la comida.

Kate Thornton Brody sonrió a Darius.

-Necesitas una mujer -dijo ella.

Darius arqueó una ceja, preguntándose a qué venía ese comentario. Miró al otro lado del salón, hacia donde estaba Lance, con gesto interrogativo. Pero su amigo sólo sonrió y se encogió de hombros. Maldición, no llevaba en su casa más de cinco minutos y Kate ya le estaba reprendiendo por estar soltero.

Al ver que Lance no pensaba echarle una mano, Darius alargó el brazo y rodeó a Kate por los hombros.

-Kate, ya sabes que yo prefiero la soltería.

Ella lo miró a los ojos, nada convencida.

-Lo mismo me decía Lance.

-Pero ahora es muy afortunado por tenerte a ti -dijo Darius con sinceridad. Conocía a Kate desde que ella había empezado a trabajar para Lance como secretaria cuando Lance y se había hecho cargo de Petróleos Brody hacía unos años. Y siempre le había gustado.

-¿Qué hay para cenar? Me muero de hambre -se apresuró en decir Darius, antes de que Kate pudiera hacer otro comentario sobre su situación sentimental.

-¿No has comido nada a mediodía? -preguntó Lance y se levantó del sofá.

La pregunta de Lance hizo que Darius recordara a Summer... aunque no se había olvidado de ella en ningún momento. Odiaba admitir que las veces que había comido con ella había disfrutado mucho. Summer era muy buena conversadora. Siempre lo había sido. Y, ese día, había parecido más relajada, más cómoda con él. Como siempre, había estado muy hermosa.

-Sí, he comido -repuso Darius al fin-. Ensalada.

Lance lo miró divertido.

-¿Ensalada? ¿Qué clase de tontería es ésa?

-No dejes que Lance se ría de ti, Darius. No tiene nada de malo comer ensalada -opinó Kate, retirándose a la cocina.

Cuando Kate se hubo ido del salón, Lance miró a Darius y soltó una risita.

-Supongo que habrás comido con Summer.

Darius miró a su amigo a los ojos.

-¿Qué te hace pensar eso?

-Ella siempre come ensaladas.

Darius no pudo evitar sonreír. Cuando había tenido que abandonar Houston por el accidente de Ethan, Lance lo había acompañado a Charleston para ofrecerle su apoyo. Entonces, él le había hablado mucho de Summer, incluso le había contado que ella siempre comía ensaladas.

-Me gustaría conocerla. Invítala a comer una...

-No tenemos esa clase de relación, Lance, y tú lo sabes -replicó Darius, decidido a no dejar que su mejor amigo se hiciera una falsa idea de su situación con Summer.

-Lo que tú digas -repuso Lance, sonriendo.

-Lo digo en serio, Lance.

-Claro que sí. Y te creo.

Darius frunció el ceño. Sabía que su amigo no lo creía.

-Es difícil amar a alguien que te ha lastimado tanto.

Lance se puso serio.

-Me alegro de que no todo el mundo piense así, Darius, o Kate no habría querido ser mi esposa. Si lo recuerdas, casi la perdí cuando anuncié mi compromiso con otra mujer. Pero ella me quería lo bastante como para darme otra oportunidad.

Darius frunció el ceño aún más.

-¿Qué estás intentando decirme?

Lance miró a su amigo a los ojos.

-Lo que quiero decirte es que, cuando amas a alguien, siempre puede existir el perdón.

-Te agradezco mucho que me acompañes al coche, Barney, pero de veras que no es necesario -le dijo Summer al guarda de seguridad que tenía a su lado.

-No es problema para mí, señorita Martindale. Además, son órdenes del señor Franklin.

Summer meneó la cabeza. Seguía sin comprender por qué Darius podía dar órdenes a Barney cuando no era él quien le pagaba. Estaba a punto de preguntárselo a Barney cuando él se adelantó.

-Alguien le ha rajado las ruedas.

-¿Qué?

-Las ruedas -repitió Barney, señalando con la linterna hacia el coche-. Están rajadas.

Summer siguió la luz de la linterna y vio a qué se refería el guarda. Respiró hondo y recordó la última vez que alguien le había rajado las ruedas. Entonces, había sido Tyrone. Se forzó a mantener la calma, mientras sus viejos miedos la asaltaban.

Aquello había sucedido hacía siete años. Y, en el presente, Tyrone estaba en la cárcel y no podía tocarla. Era más probable que el marido o la pareja de alguna de las mujeres del centro de acogida estuviera descargando en ella su ira, ya que el centro le impedía descargarla en su mujer. Pero tampoco podía haber sido Samuel Green, ya que él también estaba entre rejas.

-Tengo que seguir con el protocolo y denunciarlo a la policía, señorita Martindale -dijo Barney, interrumpiendo sus pensamientos-. Por favor, vuelva dentro conmigo mientras llamo a las autoridades y completo el informe.

Summer apartó la mirada de las ruedas.

-Claro.

Ella lo siguió dentro. Había oído casos de venganza dirigida contra los empleados de los centros que trabajaban con mujeres víctimas de violencia doméstica. Sabía que habían sido denunciados casos de tirar piedras, disparos desde un coche o incluso amenazas de bomba. En su opinión, la persona que le había rajado las ruedas no era más que alguien que quería intimidarla.

-¿Está bien, señorita Martindale? -preguntó Barney, preocupado, cuando llegaron a la puerta de entrada del centro.

Ella se obligó a sonreír.

-Sí, estoy bien.

Sin embargo, ni ella misma creyó sus propias palabras.

Capítulo Siete

-¿Qué es eso de que te rajaron las ruedas anoche?

Summer levantó la vista y vio a Darius parado ante la puerta del despacho. La noticia había corrido como la espuma. Los empleados del turno de noche se lo debían de haber contado a los del turno de día. Ella había imaginado que Darius se enteraría antes o después. Preferiría que hubiera sido en otro momento, pues lo cierto era que no tenía ningunas ganas de hablar de ello.

-Estoy segura de que ya sabes toda la historia, Darius, no estoy de humor para contártelo.

-Hazme ese favor -pidió Darius y entró en su despacho, cerrando la puerta tras él.

Summer observó sus rasgos. Había algo distinto en sus ojos. Tenían la misma oscuridad de siempre, pero a eso se añadía una expresión de dureza que no había visto en él desde el primer día que se lo había encontrado en el centro de acogida. Además, Darius tenía los labios apretados. Esos labios que, cada vez que los miraba, le recordaban los placeres que él le había proporcionado una noche hacía siete años.

-Te escucho -insistió él.

Summer parpadeó. Mientras ella lo había estado mirando, probablemente con gesto de mujer sexualmente desesperada, Darius se había sentado frente al escritorio.

Summer se recostó en su silla, intentando relajarse bajo el atento escrutinio de él, aunque era difícil.

-Seguro que ya has oído toda la historia tal y como fue -comenzó a decir ella-. Barney me acompañó al coche como lleva haciendo desde el incidente con Samuel Green y se dio cuenta de que me habían rajado las ruedas. Volvimos dentro, llamamos a la policía para denunciarlo y él escribió el informe. Fin de la historia.

-No lo creo.

Summer percibió rabia en su tono de voz. Darius estaba enojado, no había duda. Sabía que esa rabia no era contra ella sino contra quien le había rajado las ruedas del coche. Teniendo en cuenta el mal humor de Darius, aquello era un alivio, pensó.

-Quiero averiguar quién lo hizo -continuó él en el mismo tono de voz-. ¿Qué ha dicho la policía?

Summer se encogió de hombros.

-No mucho. Les habría gustado tener una lista de las mujeres que residen aquí para investigar los nombres de sus maridos y novios pero, a causa de nuestra política de confidencialidad, no hemos podido facilitársela. Esta mañana he llamado al Club de Ganaderos para ver si podían enviarnos esta noche dos guardas de seguridad en vez de uno.

-Creí que había dos guardas desde lo que pasó con Samuel Green.

-Así fue durante dos días, hasta que retiraron al segundo guarda. Parece ser que el club pensó que sólo era necesario uno. Por eso les he llamado, para ver si podían reconsiderar su decisión, pues los empleados del centro están empezando a ponerse nerviosos. Sin embargo, el hombre con el que hablé en el club me dijo que no pensaban contratar a un guarda adicional.

-¿Con quién hablaste?

-Pedí hablar con Kevin Novak, pero me pusieron con un anciano caballero llamado Sebastian Huntington -explicó Summer y vio cómo Darius apretaba la mandíbula al escuchar el nombre-. ¿Lo conoces?

-Sí, lo conozco.

Summer percibió en él un tono de disgusto y tensión.

-No fue muy amable -añadió ella-. No se parece en nada al señor Novak.

Darius no dijo nada pero, por el modo en que la miró, Summer supo que estaba sopesando la información.

-¿Algo más?

Summer negó con la cabeza.

-No, nada más, aparte del pedazo de papel que había encontrado en mi parabrisas. También se lo mencioné a la policía anoche.

Darius levantó una ceja, en actitud de alerta.

-¿Qué papel?

-La semana pasada, una noche, alguien me puso una nota debajo del limpiaparabrisas. Barney me había acompañado al coche, agarró la nota y me la dio, pensando que sería publicidad. Hasta que detuve el coche en un semáforo en rojo, no me di cuenta de lo que decía la nota.

-¿Y qué decía? -inquirió él, inclinándose hacia delante para acercarse más.

Summer tragó saliva al recordar las palabras exactas que había escritas en el papel.

-Decía: «Yo me ocupo de lo que es mío».

En cuanto salió del despacho de Summer, Darius fue como una bala a una sala de reuniones vacía y llamó a Kevin. Su amigo respondió enseguida.

-Kevin al habla.

-Kev, ¿sabías que Huntington ha reducido el número de guardas de seguridad en Helping Hands?

-No.

Furioso, Darius puso al corriente a Kevin sobre el incidente de la noche anterior.

-Huntington no tiene derecho a tomar esa clase de decisiones sin hablarlo con el comité primero, y yo soy parte del comité -señaló Kevin.

-Ese hombre lleva tanto tiempo en el club que creo que piensa que le pertenece, por eso siempre pasa por alto cualquier cosa que tengan que decir los miembros más jóvenes -observó Darius.

-¿Y cómo está Summer Martindale?

-Un poco conmocionada, aunque intenta ocultarlo. El resto de los empleados están nerviosos. Primero Green rompe la puerta y ahora lo de las ruedas rajadas... No da muy buena espina. Se han denunciado casos de venganza en varias ciudades del país y ellos lo saben. Tenemos que asegurarnos de que se sientan protegidos.

Darius intentó convencerse de que su preocupación por Summer no era distinta de la preocupación que sentiría por cualquier otra mujer con la que había salido en el pasado, pero en el fondo sabía que no era cierto. Incluso estaba dispuesto a admitir que la echaba de menos cada vez que él no estaba en Helping Hands.

A Darius no le gustaba albergar esos sentimientos hacia ella. Una forma de evitarlo era mantener las distancias pero, si lo hacía, no podría llevar a cabo su plan ni pagarle con la misma moneda, haciéndole sufrir como ella había hecho con él. Para conseguirlo, tenía que asegurarse de no perder perspectiva, pensó.

-Estoy completamente de acuerdo -dijo Kevin, sacando a Darius de sus pensamientos-. Yo mismo me enfrentaré con Huntington, si tengo que hacerlo. Voy a convocar una reunión extraordinaria de la junta directiva.

Momentos después, Darius colgó el teléfono sintiéndose mucho mejor que antes de llamar a Kevin. Suponía que a su amigo tampoco le gustaría la decisión dictatorial que Huntington había tomado respecto a la seguridad del centro de acogida. Ese Huntington siempre estaba intentando demostrar su poder y ejerciendo una autoridad que realmente no tenía. Pero, al saber que Kevin iba a encargarse ello, se relajó un poco.

Miró el reloj. Tenía que irse enseguida para ocuparse de algo relacionado con el incendio de la refinería. Tenía que hablar con varios tipos que no habían estado en el trabajo el último día que había interrogado a los empleados. Pero tenía la intención de regresar al centro de acogida antes de que Summer saliera para comer. Le preocupaba pensar que ella fuera caminando sola a ninguna parte.

A partir de ese momento, se aseguraría de que estuviera protegida, se dijo. Costara lo que costara.

Tres días después, Summer miró a Darius antes de mirar qué hora era. Eran poco más de las ocho de la noche. Ella se había ofrecido a quedarse como voluntaria para ayudar a responder la línea telefónica de atención a mujeres y se sorprendió mucho cuando Darius se ofreció a ayudarla.

Al principio, Summer no había estado segura de si las mujeres que llamaban querían confiarle sus penas y angustias a un hombre pero, por lo poco que le escuchaba decir, supo que Darius estaba manejando las conversaciones muy bien. Tuvo que admitir que a Darius se le daba bien ayudar a todos los que llamaban, ya fueran hombres o mujeres.

-¿A qué hora te vas? -preguntó ella.

Desde la noche en que le habían rajado las ruedas, Darius se había molestado en volver de la refinería todos los días a mediodía para acompañarla a la cafetería caminando. Y, si ella se quedaba hasta tarde, también la esperaba. Entonces, no sólo la acompañaba al coche, sino que la seguía a casa en su propio coche para asegurarse de que llegara bien.

-Me iré cuando tú te vayas.

En cierto modo, su actitud protectora la irritaba. Summer no quería sentirse vulnerable ni dependiente.

-Ahora hay dos guardas de seguridad, así que no hay problema.

A Summer no le había sorprendido que, el día siguiente al incidente de las ruedas, hubiera dos guardas nocturnos. No tenía ninguna duda de que había sido Darius quien había intervenido para que así fuera, aunque no sabía con exactitud cómo lo había logrado.

-Planeo irme dentro de unos minutos.

Darius sonrió.

-Pues yo también.

Y eso hicieron. Después de contestar la última llamada, Summer recogió sus pertenencias y se dirigió a la puerta, acompañada de Darius. Él saludó con la cabeza a los guardas al pasar a su lado.

-Hace una noche bonita -dijo Darius.

Summer miró al cielo y vio que el firmamento nocturno estaba iluminado por la luna llena y las estrellas. Darius tenía razón. Era una noche bonita.

-Te seguiré a casa como siempre.

Summer lo miró.

-Es tu gasolina la que gastas.

Los dos siguieron caminando. Darius le abrió la puerta del coche y ella entró y se dio cuenta de que, de forma involuntaria, él le estaba mirando las piernas, que la falda había dejado un poco al descubierto al sentarse. Summer estuvo a punto de llamarle la atención pero decidió contenerse. Sería mejor ignorarlo.

Summer condujo hasta su casa y, cada vez que miraba por el espejo retrovisor, Darius estaba allí, conduciendo detrás de ella. Tuvo que admitir que, teniendo en cuenta lo que había pasado las últimas dos semanas, se sentía más segura sabiendo que él estaba cerca, igual que en los días y las noches que habían seguido al incidente de Tyrone.

Ella aparcó ante la entrada y le sorprendió ver que él aparcaba detrás y salía del coche. Las otras veces que la había seguido a su casa, Darius se había quedado en su coche mientras ella entraba y, luego, se había ido. Se preguntó por qué habría cambiado su rutina y no le gustó el modo en que su cuerpo se encendía mientras él se acercaba.

-Tienes un garaje de dos plazas. ¿Por qué no aparcas dentro? -preguntó Darius, poniéndose delante de ella.

-Está lleno de cajas. No he sacado todavía todo lo de la mudanza -explicó ella e hizo una pausa-. ¿Por qué te has bajado del coche?

Summer agradecía que la acompañara a casa, pero no tenía intenciones de invitarlo a pasar. Su casa era su espacio. Su espacio privado. Cuando se había mudado a Somerset, había dado con un vecindario que le gustaba mucho y con una casa perfecta. La había comprado, decidida a no dejar que los malos recuerdos entraran en su nueva vida. Y Darius era un recordatorio de su mala experiencia pasada.

-He oído que le decías a Marcy que tienes un grifo que gotea y que no te deja dormir. Pensé que podía arreglártelo.

-¿Ahora?

-No tengo otra cosa que hacer.

Summer suspiró. Quería darse una ducha e irse a la cama.

-Gracias por la oferta, pero pienso llamar a un fontanero esta semana.

-No hace falta. Sólo me llevará un momento. Luego, me iré.

Darius estaba parado en la penumbra y ella apenas pudo descifrar su expresión bajo la luna llena. Pero lo que sí vio fue al hombre que había sido su amigo y su amante. No sabía qué relación tenían en el presente, aunque era obvio que él parecía decidido a cuidarla.

Por su actitud, parecía que Darius estaba empeñado en arreglar el grifo. Como él se había ofrecido voluntario, también sería buena idea aprovechar la oportunidad, pensó ella.

-De acuerdo, entonces. Gracias.

-Ye he dicho más de una vez que no me des las gracias por hacer lo que hago por ti, Summer.

Summer tragó saliva. Sí, se lo había dicho más de una vez. La mayoría de las veces, cuando habían estado sentados en el sofá, abrazados mientras veían la televisión. Ella había disfrutado mucho aquellas noches hacía años, cuando los dos se acurrucaban para ver una película en su salón, compartiendo unas palomitas y charlando.

Otra cosa que Summer apreciaba en él era que nunca la había presionado para hacer el amor. La noche en que, al fin, habían dormido juntos, había sido porque los dos lo habían querido, no porque él hubiera insistido.

-Sí, sé que no necesitas que te dé las gracias, pero no quiero que pienses que no te lo agradezco -señaló ella.

-Bien. Espera a que saque la caja de herramientas del coche.

Summer esperó mientras él volvía a su coche. Momentos después, ella sacó las cartas del buzón y abrió la puerta, esperando no equivocarse al dejarle entrar.

Darius la siguió y cerró la puerta tras ellos. El sonido de la puerta hizo que Summer reparara en que estaban solos por completo. Intentando controlar los nervios, dejó el correo sobre la mesa. Como pagaba casi todas las facturas por Internet, sabía que la mayor parte de las cartas serían publicidad.

-Bonita casa -comentó él, mirando alrededor.

Summer intentó ignorar lo bien que encajaba él en su salón. Como si fuera su lugar.

-Gracias.

Aquella casa era mucho más espaciosa que su antiguo apartamento de Houston y, como tenía un trabajo bien pagado, podía permitirse tener muebles caros.

-¿Qué baño tiene el grifo roto?

-El de mi dormitorio -respondió ella, dándose cuenta, demasiado tarde, de que él iba a entrar en su espacio más privado.

-¿Por dónde es?

-Al final del pasillo, a la derecha.

Cuando Darius desapareció detrás de la esquina, Summer respiró hondo y pensó que debía hacer algo en vez de quedarse allí parada mientras él arreglaba el grifo. Al menos, tenía que dar la sensación de estar ocupada. Por desgracia, no necesitaba regar ninguna planta, ni tenía platos por fregar en la cocina. Entonces, posó los ojos en las cartas que había dejado sobre la mesa y decidió que era tan buen momento como cualquiera para abrirlas.

Darius recorrió el pasillo hasta el dormitorio de Summer, pensando que su casa era muy acogedora. Era una casa vieja pero muy bien cuidada. También le gustaban los colores vibrantes que combinaban tan bien con la decoración y los muebles. Ella seguía siendo una mujer muy limpia y ordenada, pensó, al entrar en su dormitorio y mirar alrededor. Detuvo la mirada sobre la cama de matrimonio y no pudo evitar preguntarse con qué hombre la habría compartido. Sin duda, debía de haber sido con uno viejo y rico.

Gracias a que había escuchado su conversación sobre el grifo roto, Darius había encontrado la excusa perfecta para autoinvitarse a su casa. Por alguna razón, había querido ver la casa donde ella vivía. Aunque nunca habían hablado de matrimonio hacía siete años, él sí lo había tenido en mente. Entonces, había sabido que, después de lo que Whitman le había hecho pasar, a ella le habría resultado difícil volver a confiar en ningún hombre, pero había tenido la intención de ser paciente y darle todo el tiempo que necesitara para que confiara en él. Había

querido hacerle saber que podía contar con él, que siempre estaría disponible para ella. Pero Summer ni siquiera le había dado la oportunidad de demostrárselo.

Intentando quitarse el pasado de la cabeza, Darius se dirigió al baño. Justo cuando había entrado y había dejado la caja de herramientas en el suelo, oyó que Summer lo llamaba, gritando asustada.

Darius corrió al salón. Ella estaba pálida.

-¿Summer? ¿Qué te pasa?

Summer levantó la vista, casi incapaz de hablar.

Pero fue capaz de articular un nombre.

-Tyrone.

Darius la miró confundido, sin estar seguro de por qué mencionaba al hombre que tanto daño le había hecho.

-¿Qué pasa con Whitman, Summer?

Ella miró hacia abajo y Darius siguió su mirada hasta un montón de cartas tiradas a sus pies. Adivinó que algo que había visto en el correo la había disgustado.

Darius se agachó, recogió los sobres y los ojeó. Entonces, vio una carta de la junta de libertad condicional de Texas. Por el aspecto del sobre, todo lleno de sellos y marcas, parecía que la oficina de correos había hecho varios intentos de entregarle la carta a Summer.

Él sacó la carta y la leyó. Luego, respiró hondo. Como antiguo oficial de policía, conocía la ley de Texas en lo relativo a las personas que habían sido víctimas de violencia doméstica. Se enviaba a las víctimas una carta estándar para notificarles la decisión de la junta de libertad condicional de soltar a un recluso.

Darius miró la fecha de la carta. Se la habían intentado hacer llegar varias veces desde hacía un mes. Tyrone Whitman era ya un hombre libre.

-Quiero que te bebas esto, y no me digas que no lo necesitas porque sí lo necesitas -dijo Darius, acercándose a Summer con una taza de café con coñac en la mano.

Darius había pasado todo el día con la mosca detrás de la oreja y, al fin, había descubierto qué había estado rumiando su subconsciente. Whitman. Se puso furioso al pensar que el hombre que había lastimado a Summer había cumplido sólo siete años de prisión en vez de los veinte de su sentencia. Pero, en ese momento, no debía pagar su rabia con Summer. Más que nada, ella necesitaba su apoyo.

Darius se sorprendió cuando Summer, que estaba sentada en el sofá, tomó la taza sin protestar y le dio un trago. Ella frunció el ceño y él supo por qué: había cargado demasiado el café pero, al menos, el coñac la ayudaría a dormir.

-No puedo creerlo -dijo ella, rompiendo el silencio. Se inclinó hacia delante para dejar la taza sobre la mesa-. ¿Cómo puede haber salido de prisión? No tiene sentido.

Darius estaba de acuerdo. Sin duda, no tenía sentido, teniendo en cuenta el delito que había cometido ese hombre. Deberían haberlo metido entre rejas y haber tirado la llave, pensó. Tyrone Whitman no debía, de ningún modo, andar libre por ahí. Al menos, no en este mundo. ¿Cómo podían haber cometido la barbaridad de soltarlo?

Darius se encogió al recordar los últimos días del juicio y las amenazas que Whitman le había gritado a Summer. Se preguntó si Summer también lo estaría recordando. Dudó que ella pudiera olvidarlo.

Entonces, Summer se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación. Él la observó. Sabía bien cómo se sentía, lo disgustada que estaba.

-Mañana haré algunas llamadas e intentaré averiguar dónde anda ese Whitman -indicó él, intentando hacerle sentir segura-. Normalmente, cuando alguien que ha cometido un delito grave obtiene la libertad condicional, lo dejan libre sólo con ciertas restricciones. Apuesto a que Whitman no tiene permiso para salir de Houston.

Summer se detuvo y lo miró con gesto de esperanza.

-¿Eso crees?

-Lo averiguaré mañana.

Darius se dio cuenta de que Summer estaba luchando para controlar el pánico. En ese momento, había dejado de comportarse como una mujer segura y llena de confianza en sí misma. Sus ojos mostraban miedo y su voz delataba una vulnerabilidad que a él no le gustaba nada.

Darius cruzó la habitación para abrazarla. Y, cuando Summer empezó a temblar entre sus brazos, todas las defensas que él había levantado alrededor de su corazón comenzaron a tambalearse. Ella lo necesitaba y, de ninguna manera, iba a decepcionarla.

Como si se sintiera aliviada de poder agarrarse a algo sólido, Summer lo rodeó con sus brazos. Él no estaba preparado para la marea de emociones que lo embargó. Estaba dispuesto a arriesgar su vida por ella si hacía falta y nunca iba a permitir que Whitman volviera a acercarse a ella.

Darius se apartó un poco, queriendo mirarla y asegurarse de que ella estaba bien. Entonces, sin querer, posó la mirada en sus labios, que lo atrajeron con fuerza, como un imán. Sin poder controlarse, la besó.

En cuanto deslizó la lengua en la boca de ella, una gran excitación invadió a Darius de la cabeza a los pies y se estremeció de placer. La rodeó con sus brazos de nuevo, apretándola contra su cuerpo.

Summer sintió su erección, firme y rígida. Se maravilló al darse cuenta de lo mucho que la deseaba. La única persona que la había besado con tanto fuego y pasión había sido él.

Darius ladeó la cabeza para acoplar sus bocas mejor. Summer sintió que le temblaban las rodillas y dejó escapar un gemido por la forma en que él estaba entrelazando sus lenguas.

Cuando, al fin, Darius apartó la boca, Summer se apoyó en él y suspiró. ¡Cuánto había necesitado ese beso!, reconoció. ¡Cuánto había necesitado sentirse conectada a él!

Darius era un apoyo firme, cálido y sólido, todo lo que ella necesitaba en ese momento. Entre sus brazos se sentía a salvo, segura, protegida. Pensar que Tyrone ya no estaba entre rejas había despertado en ella el miedo, pero se esforzaba por ocultarlo. Sin embargo, cada vez que recordaba las amenazas que Tyrone le había gritado en la sala de juicios mientras se lo llevaban, el pánico estaba a punto de hacer presa en ella.

-No quiero que te quedes aquí esta noche. Quiero que vengas a casa conmigo, Summer.

Summer levantó la cabeza y lo miró.

-No puedo hacer eso, Darius. Estaré bien y...

-No, Summer, piénsalo bien. No quiero asustarte pero, hasta que sepamos seguro que Whitman está en Houston, no quiero que estés aquí sola. ¿Qué pasaría si lo de las ruedas y la nota no lo hubiera hecho el marido o el novio de una de las mujeres del centro de acogida? ¿Y si Whitman estuviera violando los límites de su libertad condicional y no estuviera en Houston sino aquí en Somerset? Quizá él sea el responsable de ambos incidentes.

Darius percibió una expresión de verdadero terror en los ojos de Summer, mientras ella consideraba esa posibilidad. Lo que él había dicho era cierto. No pretendía asustarla de forma deliberada, pero tenía que enfrentarse a los hechos. Y, hasta que él pudiera comprobar dónde estaba Whitman y qué estaba haciendo, Summer no podía sentirse segura. Whitman estaba obsesionado con ella. A los ojos de su antiguo novio, ella lo había traicionado y pretendía darle una lección para castigarla. Eso había jurado Whitman hacer en la sala de juicios, con ojos de loco. Darius nunca podría olvidarlo.

-Volveré al centro de acogida, dormiré en el sofá de mi despacho y...

-¿Y qué pasará si las mujeres acogidas en Helping Hands se enteran de que la mujer que las asesora está en la misma situación que ellas? ¿Podrán albergar alguna esperanza de tener un futuro mejor cuando sepan que el hombre que amenazó tu vida hace siete años sigue persiguiéndote?

Summer sintió un nudo en la garganta mientras lo miraba fijamente. Deseó poder ir a cualquier otro sitio que no fuera la casa de Darius. Estar tan cerca, cuando se sentía tan vulnerable, sería una gran tentación para ella y, tal vez, no pudiera resistirse.

-Ve a preparar tu bolsa de viaje para esta noche y vayamos a mi casa, al menos hasta que averigües unas cuantas cosas por la mañana. Si consigo información que confirme que Whitman está en Houston, bajo la vigilancia del oficial de libertad condicional, entonces mañana te traeré de vuelta a tu casa. Hasta entonces, vas a quedarte conmigo, Summer.

Ella respiró hondo. En parte, quiso gritar y descubrir que todo había sido un error, un mal sueño. Deseó poder despertarse de la pesadilla entre los brazos de Darius, pero que él la abrazara por otra razón, una que no tuviera nada que ver con Tyrone.

Darius la soltó, dejando caer los brazos.

-Prepara los que necesites para que nos vayamos. Te espero aquí.

Summer miró a Darius y supo que estaba decidido a llevarla a su casa. No había nada que ella pudiera hacer para que la dejara sola allí esa noche. Pero, en parte, no quería quedarse sola, sobre todo al recordar las amenazas de Tyrone. Sabía muy bien de lo que Tyrone era capaz.

Como no llevaba mucho tiempo viviendo en Somerset, Summer no conocía demasiado bien a los vecinos. A ambos lados de su casa vivían parejas de ancianos que había visto en alguna ocasión. Pero, a parte de los empleados del centro de acogida, Darius era la única persona que conocía allí. Hacía tiempo, había pensado en unirse a algunas asociaciones vecinales, pero nunca había llegado a hacerlo.

Al fin, Summer tomó una decisión.

-De acuerdo. No tardaré mucho.

Darius esbozó una ligera sonrisa.

-Tómate tu tiempo. No pienso irme a ninguna parte.

Summer se sintió pletórica. Algunas cosas habían cambiado, pero Darius seguía siendo Darius, el hombre que siempre había sido y siempre sería su caballero andante. La única persona con la que siempre podía contar.

Sin decir más, se apresuró a ir a su habitación para preparar una bolsa de viaje.

Capítulo Ocho

Summer se enamoró de la casa de Darius en cuanto entró en ella. Aunque fuera estaba demasiado oscuro, pudo ver que se trataba de una impresionante casa de rancho, de dos pisos. Cuando entró en el salón, la invadió una gran sensación de comodidad. Sabía que era raro sentirse así pero no podía evitarlo. Durante el camino, Darius había hecho que ella se sintiera segura, asegurándole que averiguaría todo lo necesario sobre el paradero de Tyrone y que, hasta que lo hiciera, podía quedarse con él.

Summer miró a su alrededor y se preguntó si Darius habría contratado a un diseñador de interiores para decorar su casa. Todos los colores combinaban a la perfección y los muebles complementaban muy bien la decoración. Había una gran chimenea de ladrillo, que ocupaba una pared entera, y las cristaleras del salón prometían una excelente iluminación durante las horas del día.

Para separar la entrada de las habitaciones interiores había una pared de cristal entre la puerta principal y el salón. Los muebles del salón eran de cuero oscuro y de buena calidad y parecían muy cómodos.

-Tienes una casa muy bonita, Darius -dijo ella cuando Darius la siguió dentro, llevando su bolsa de viaje.

-Gracias. Entra y deja que te acomode en el cuarto de invitados. Es más de medianoche y debes de estar cansada.

Summer estaba muy cansada y deseando dormir. O, al menos, intentarlo. Entonces, pensó que Darius también debía de estar cansado. Se había pasado todo el día en la refinería y en el centro de acogida.

Momentos después, tras seguirlo escaleras arriba, Summer entró en el cuarto de invitados. Miró a su alrededor encantada. Era una habitación muy espaciosa, con vigas de madera en el techo y decoración al estilo tradicional. Tenía una cama enorme, con una colcha de colores hecha a mano que combinaba con las cortinas.

-Es evidente que te va bien con tu empresa de seguridad.

Cuando Darius no respondió, Summer lo miró y se dio cuenta de que la expresión de él se había vuelto tensa. ¿Qué habría dicho para irritarlo?

-¿Darius?

-Sí, me va bien -replicó él al fin en tono cortante-. Hay un baño de invitados allí con una bañera jacuzzi -indicó, señalando al otro lado de la habitación-. Mi cuarto está al final del pasillo, por si necesitas algo. Buenas noches.

Summer mantuvo la compostura mientras observaba cómo Darius se iba, cerrando la puerta tras él. De nuevo, se preguntó qué habría dicho para que él se sintiera molesto. ¿Por qué le habría irritado que mencionara su éxito empresarial?

Summer se acercó a la cama y decidió que, cuando viera a Darius por la mañana, se lo preguntaría.

Darius estaba tumbado en la cama con los ojos abiertos de par en par, mirando al techo. Después de haber dejado a Summer, había hecho una ronda por la casa para asegurarse de que todo estuviera cerrado con llave antes de irse a dormir. Y había seguido rumiando el

comentario que ella había hecho, que le había recordado que lo único que a Summer le importaba en un hombre era su riqueza.

Se frotó la cara, sin querer pensar mal pero ¿qué otra cosa podía hacer? Después de haber averiguado que era un hombre rico, ¿cambiaría la actitud de Summer hacia él?

Darius la había llevado a su casa para protegerla, pero eso no significaba que la perdonara por el daño que le había causado en el pasado. No estaba seguro de poder hacerlo, pensó, apretando los puños.

Entonces, escuchó un sonido y miró el reloj despertador que tenía en la mesilla. Eran casi las dos de la mañana. Como la alarma de su puntero sistema de seguridad no había sonado para señalar la presencia de un intruso, adivinó que Summer debía de estar despierta, rondando por la casa. Era evidente que ella tampoco podía dormir.

Saltó de la cama y se puso unos vaqueros. Salió de su dormitorio y, de inmediato, vio una luz encendida en el piso inferior.

Cuando llegó al salón, no vio a Summer por ninguna parte. Abrió con suavidad la puerta de la cocina y se la encontró sentada a la mesa, de espaldas a él, bebiendo lo que parecía una taza de té. Estaba vestida con una bata de seda, anudada a la cintura. Y, aunque él tuvo la sensación de que se esforzaba por no hacerlo, adivinó por cómo le temblaban los hombros que estaba llorando. No podía soportar ver llorar a una mujer y menos aún si se trataba de Summer.

Entró en la cocina, sin poder evitar sentir el corazón encogido. Al escucharlo, Summer volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. Pero ella no fue lo bastante rápida como para limpiarse las lágrimas. Sin preguntarle por qué lloraba, él extendió los brazos.

-Ven aquí, Summer.

Ella lo miró durante un momento y Darius no estuvo seguro de qué iba a hacer. Entonces, Summer se levantó y caminó hasta él. Él la rodeó con sus brazos y ella hundió la cabeza en su pecho.

-Shh. Todo está bien, preciosa. Todo va a salir bien.

Summer negó con la cabeza y se frotó los ojos, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo.

-No. Te he molestado y no sé por qué.

En ese momento, Darius se sintió como un imbécil y deseó que hubiera una manera de borrar su comportamiento de hacía unas horas. Así que se quedó allí parado, abrazándola, recordando los tiempos en que la abrazaba del mismo modo durante unos minutos, antes de besarla.

En ese momento, Darius supo que su deseo por ella era tan fuerte como en el pasado e, incapaz de luchar contra sus sentimientos, la miró a la cara antes de recorrerle los labios con la punta de la lengua.

Darius la oyó contener el aliento e intentó ignorarlo. Se acercó más, incapaz de controlar su erección, que presionó contra el cuerpo de ella, excitándose con una intensidad que no había sentido en muchos años. Tras acariciarle los labios con la lengua, se los chupó un poco. Entonces, sintió los pezones de ella, erectos contra su pecho desnudo, como dos capullos de rosa.

Darius le soltó el labio y, en un instante, empezó a devorarla, saboreándola, disfrutando de cómo ella se estremecía entre sus brazos, no de miedo sino de placer. Había pensado en esa parte de su relación muchas veces, cuando los dos se besaban y parecían entrar en otro nivel de realidad. Recordó la noche en que sus besos los habían llevado a perder el control y habían

hecho el amor. Continuó besándola con intensidad, deseando perderse en ese beso, igual que había sucedido aquella noche hacía años. Quiso perderse dentro de ella. Nunca jamás se había sentido tan conectado con ninguna mujer.

-Darius.

El sonido de su nombre en los labios de ella hizo que se estremeciera de excitación. Summer había hablado sin aliento, con una voz apenas audible y llena de sensualidad, haciendo que a él le subiera la temperatura casi a punto de ebullición.

Darius acercó las caderas y los muslos a los de Summer. Sintió que cada célula de su cuerpo se llenaba de vida y excitación ante la presencia de ella. Al fin, su mente entró en sincronía con el resto de su cuerpo. La deseaba.

Necesitaba poseerla.

Sus deseos y sus necesidades estaban fuera de control y no sabía cuánto tiempo podría esperar para satisfacerlos. Pensando aquello, Darius se apartó, separando sus bocas, la miró a los ojos y supo que ella percibía el deseo que él no podía ocultar. Todo su cuerpo se moría por tener sexo con ella y por compartir una cercanía física que no había vuelto a experimentar desde la última vez que los dos habían dormido juntos.

Mientras sus miradas seguían entrelazadas, ella le acarició la mejilla y aquella caricia hizo que Darius se estremeciera. Exhaló el aire que había estado conteniendo y soltó la cintura de ella para agarrarla del trasero, apretándola contra su cuerpo.

Darius sintió cómo su erección vibraba contra el vientre de ella. Percibió su aroma mientras la sangre se le incendiaba aún más. Entonces, supo que no podía controlar sus impulsos por más tiempo. En ese momento, Summer hizo algo que él no había esperado, un movimiento que no fue capaz de combatir.

Summer alargó la mano y le bajó la cremallera del pantalón. Introdujo la mano por la abertura, como si necesitara tocar y acariciar su erección, para volver a familiarizarse con su dureza y su tamaño. Ella no dejó de mirarlo a los ojos y él se sintió todavía más excitado con sus pequeñas caricias. Cuanto más lo tocaba, más vibraba su cuerpo y más aumentaba su erección.

Pasaron unos minutos en que Darius siguió allí de pie, mirándola mientras ella lo llevaba hacia el clímax con la mano. Observó su rostro, percibió su intensa mirada, su deseo de acariciarlo de ese modo. El brillo femenino de sus ojos lo excitaba sin remedio. Entonces, otra vez tomándolo por sorpresa, Summer se acercó, se puso de puntillas y deslizó la lengua alrededor de sus labios. Le acarició la boca con la punta de la lengua mientras que, con los dedos, acariciaba su erección.

Darius gimió de placer y supo que, si no la detenía en ese momento, llegaría al orgasmo en sus manos, cuando prefería hacerlo dentro de su cuerpo.

Por eso, a continuación, fue él quien dio un paso inesperado. Con suavidad, apartó la mano de ella y la tomó en sus brazos. Se inclinó y la besó con voracidad, haciéndola gemir.

Cuando al fin sus labios se separaron, Darius tomó aliento y supo que necesitaba sumergirse dentro de su cuerpo antes de llegar al orgasmo. Le miró los labios hinchados mientras la sostenía en sus brazos.

-¿Sabes lo que me estás pidiendo? -preguntó él, queriendo asegurarse de que deseaban lo mismo.

Summer le sostuvo la mirada.

-Sí, lo sé.

-¿Estás segura de que es lo que quieres? -volvió a preguntar. Quería estar seguro del todo. Summer le recorrió el pecho desnudo con la punta de la lengua. Los músculos del estómago de él se tensaron y supo que, sin necesidad de palabras, le había respondido. Sin decir nada más, Darius la llevó a su dormitorio.

Summer estaba ardiendo.

Y, cuando Darius la dejó sobre la cama y se acostó con ella, sintió que toda la pasión que había estado conteniendo durante tantos años se desbordaba. Todo su cuerpo vibraba, deseando satisfacer tanta excitación.

La cabeza comenzó a darle vueltas cuando Darius empezó a quitarle la ropa, lanzando cada prenda por los aires. Luego, él se levantó y, a toda velocidad, se quitó los pantalones y se puso un preservativo que había sacado del cajón de la mesilla de noche. Momentos después, cuando Summer estaba tumbada boca arriba en la cama, Darius se colocó sobre ella.

A Summer le temblaron los muslos, movidos por un deseo que no había sentido desde hacía años. Darius observó su cuerpo con detenimiento. Summer sintió que le ardía en todas partes donde él posaba los ojos, sobre todo en su parte más íntima, donde Darius se detuvo más tiempo. Por la mirada de él, adivinó lo que estaba pensando y, cuando Darius le levantó las caderas, haciendo que lo rodeara por los hombros con las piernas, gritó de placer antes de que él la besara.

Summer gritó de nuevo cuando sus labios tocaron su parte más íntima. Darius introdujo la lengua dentro, moviéndola con destreza. Ella se derritió hasta la médula mientras una oleada de placer y excitación le recorría todo el cuerpo.

Darius hizo que separara más las piernas mientras seguía infligiéndole un tormento delicioso con la boca. Con lo que le estaba haciendo, Summer se sintió despojada de todo pensamiento racional, mientras sus sentidos se llenaban de placer. Se sintió como si fuera a romperse en mil pedazos y se aferró a los fuertes brazos de él, intentando hacerle saber que estaba a punto de estallar.

Como si estuviera decidido a hacerla llegar aún más alto, Darius continuó con su dulce tormento, apretándole los muslos mientras su lengua la penetraba con más profundidad. Cuando tocó su punto más sensible, ella explotó y gritó el nombre de él mientras un torbellino de sensaciones la recorría.

Sólo entonces Darius se apartó y se montó sobre ella y, antes de que Summer pudiera recuperar el aliento, la penetró con una honda arremetida y se metió uno de sus pezones en la boca, chupándolo con intensidad.

Sus cuerpos se habían acoplado con tal perfección que a Summer se le saltaron las lágrimas. Lo agarró de la cabeza para apretarlo contra su pecho y lo rodeó con las piernas para que no saliera nunca. Pero, con su cuerpo, Darius le hizo saber que no tenía intenciones de irse a ninguna parte.

Darius empezó a moverse, entrando y saliendo. Una y otra vez. Con más fuerza y más profundidad. Más deprisa. Ella sintió la potencia de su erección dentro del cuerpo, llevándola de nuevo cerca del clímax y haciéndola gemir de placer.

Y, cuando Darius cambió de pecho y comenzó a chuparle el otro pezón, los gemidos de Summer se convirtieron en gritos. Sintió que todos los músculos del cuerpo se le tensaban y una oleada de placer inmenso la envolvió. El cuerpo se le puso rígido y se arqueó de forma

involuntaria cuando él la agarró con fuerza de las caderas. Entonces, ella supo que lo que se estaba fundiendo en una unidad no eran sus cuerpos nada más, sino también sus almas.

En ese momento, todo lo demás dejó de existir para Summer, excepto el hombre que seguía entrando y saliendo de ella y gritando su nombre al mismo tiempo. Era el mismo hombre que le había demostrado, por primera vez, lo hermosa que podía ser la unión de un hombre y una mujer. Y el mismo hombre que, minutos después, se dejó caer sobre la cama a su lado y la sostuvo entre sus brazos, sujetándola como si no quisiera dejarla marchar jamás.

Summer se despertó con la luz del sol en la cara y un cuerpo fuerte pegado al suyo. Se apartó un poco y observó al hombre que dormía a su lado. Darius tenía su musculosa pierna sobre las de ella y con los brazos, a pesar de estar dormido, seguía abrazándola.

Los recuerdos de la noche anterior la invadieron. Había sido la primera vez que había hecho el amor en siete años y había sido tan hermoso o más como lo recordaba. Con el mismo hombre. La misma pasión. El mismo amor.

Summer cerró los ojos pensando que, en realidad, debería sentirse mal consigo misma por seguir amándolo y por ser tan débil como para haber sucumbido a la tentación de irse a la cama con Darius, sobre todo después de cómo él había fanfarroneado con su amigo sobre su primera noche juntos. Sin embargo, no fue capaz de sentir remordimientos, pues todo su cuerpo se sentía rejuvenecido, como si hubiera sido despertado de un largo letargo mediante el más puro de los placeres. La vez anterior que había hecho el amor con Darius había apreciado el hecho de ser mujer y, tras la noche que acababan de pasar juntos, se sentía más mujer que nunca.

De todas maneras... el recuerdo del dolor y la humillación no se había desvanecido por completo. ¿Cómo era posible que un hombre tan amable la deshonrara hablando de sus intimidades de la forma en que lo había hecho? Entonces, hacía siete años, ella había estado enamorada de la cabeza a los pies y, cuando habían dormido juntos, ese amor se había vuelto abrumador.

Darius no había pronunciado nunca la palabra «amor» pero ella había estado segura de los sentimientos que él había mostrado a través de sus acciones. Sin embargo, enseguida había descubierto que sus suposiciones habían sido erróneas. Y no pretendía cometer la misma equivocación dos veces. Lo único que compartía con Darius era una fuerte atracción sexual, se dijo, intentando convencerse. Nunca más volvería a dar por hecho nada sobre su relación. La aceptaría como algo sólo sexual.

Darius se movió en la cama y Summer ladeó la cabeza para mirarlo. Antes de que ella pudiera decir nada, él se incorporó y la besó con tanta ternura que la hizo gemir. No era difícil adivinar lo que iban a hacer de nuevo, en esa ocasión bajo la luz de la mañana.

Cuando Darius colocó su cuerpo sobre el de ella, Summer le rodeó el cuello con los brazos y se devoraron en un largo beso.

Summer estaba parada ante la ventana de su despacho. No podía dejar de revivir las imágenes de lo sucedido la noche anterior y esa mañana. Aunque Darius le había hecho el amor con una intensidad y una pasión increíbles, cuando la había llevado de vuelta a su casa por la mañana, se había comportado como si estuviera arrepentido. ¿Por qué? ¿Temería que

ella pudiera pensar que había algo más, sólo porque habían dormido juntos? Si ése era el caso, entonces Darius no sabía lo mucho que se equivocaba. Ella sabía muy bien que no podía esperar nada más. Había aprendido la lección hacía años.

Darius había insistido en llevarla en coche a la oficina, después de haberla llevado a casa para que se vistiera. Pero no había comentado nada sobre lo que había sucedido la noche anterior. En vez de eso, había mantenido el centro de la conversación en Tyrone y en todas las cosas que iba a investigar y le había dicho que iría en persona a Houston si era necesario.

Darius seguía mostrando una actitud protectora, pero Summer percibió cómo él levantaba sus defensas contra ella y le ocultaba sus sentimientos. En más de una ocasión, cuando Darius la había sostenido entre sus brazos la noche anterior y esa mañana, ella había tenido la tentación de preguntarle por qué se había portado así hacía siete años. Sin embargo, había decidido que era mejor dejar el tema. Lo que había pasado ya no podría repetirse, pues ella sabía que no debía entregarle su corazón.

Además, Summer tenía problemas más graves de los que ocuparse. Debía centrar sus preocupaciones en Tyrone Whitman y su paradero. Era lo único que debía importarle.

Sólo de pensar que Tyrone estaba libre, se le puso la piel de gallina. Pero se negaba a vivir presa del miedo. Estaba convencida de que había sido él quien le había dejado esa nota en el parabrisas y quien le había rajado las ruedas. Eran el tipo de cosas que haría Tyrone. En más de una ocasión, él le había dicho que se ocupaba de lo que le pertenecía. Ella no había relacionado las dos cosas antes porque había estado segura de que Tyrone había estado en prisión. Pero el día anterior había descubierto que no era el caso.

Summer levantó la vista y miró el reloj que había en la pared. Darius había dicho que volvería al centro para acompañarla a la cafetería para comer y que no saliera sin él. Ella pensaba hacer lo que le había dicho, sin discutir.

Entonces, sonó el teléfono de su mesa y fue a responder, esperando que fuera Darius.

-¿Hola?

La persona al otro lado de la línea no dijo nada.

-¿Hola? -repitió ella. Sintió escalofríos.

Al fin, la otra persona colgó. Summer intentó convencerse de que era alguien que se había equivocado de número. Pero, en el fondo, sabía que no era cierto.

Darius apretó las manos sobre el volante mientras daba la vuelta a la esquina para llegar a Helping Hands. Estaba nervioso por la noticia que iba a tener que darle a Summer.

Había hecho una llamada al departamento de policía de Houston en cuanto había dejado a Summer en el trabajo. Le habían dicho que Walt estaba fuera de la ciudad, haciendo una investigación, así que había hablado con Manny, otro detective que conocía. En menos de una hora, Manny había averiguado lo que él le había pedido.

Manny había confirmado que Whitman había sido puesto en libertad bajo palabra de no salir de Houston. Sin embargo, según Manny, había desaparecido y no se encontraba en su dirección actual. Su casero había dicho que llevaba semanas sin verlo. Como a Whitman le quedaba una semana más antes de que pudieran acusarlo de violar la libertad condicional, por el momento no había roto ninguna ley... a menos que pudiera demostrarse que se había marchado de Houston.

Darius no tenía ninguna duda de que Whitman había estado en Somerset y, sin duda, seguía allí. Como Somerset era una ciudad tan pequeña, a Whitman no le habría resultado difícil descubrir dónde trabajaba Summer, además de dónde vivía.

Al pensar que ella podía estar de nuevo a merced de Whitman, tembló de furia.

Entonces, centró sus pensamientos en lo que había sucedido la noche anterior y esa mañana. Mientras habían hecho el amor, él había intentado controlar sus sentimientos, pero no había sido capaz. Nunca se había sentido tan unido a una mujer. Era como si los últimos siete años nunca hubieran existido entre ellos.

La noche anterior y esa mañana encajaban en sus planes a la perfección, reconoció Darius. Había planeado volver a llevarla a su casa y contarle la inmensa riqueza que había acumulado a lo largo de los años, que era miembro del Club de Ganaderos y que no sólo conocía a Kevin Novak, sino que era uno de sus mejores amigos. Había querido lastimarla con ello.

Sin embargo, que Whitman estuviera en libertad hacía imposible cumplir sus planes, al menos eso se dijo Darius. Si aquel tipo suponía una amenaza para Summer, ella iba a tener que pasar un tiempo en su casa. Quizá a Summer no le gustase la idea, pero él estaba decidido a protegerla costara lo que costara.

Summer había rezado porque los últimos siete años en prisión hubieran cambiado a Tyrone y éste hubiera dejado de preocuparse por ella. Era descorazonador saber que se había equivocado y que lo más probable era que fuera él quien estaba acosándola.

Le contó a Darius lo de la llamada de teléfono que había recibido esa mañana y él también pensó que se trataba de Tyrone.

-Vamos, vayamos a comer.

Durante la comida, Darius recibió una llamada. Después de terminar de hablar por teléfono, Summer adivinó, por la mirada de él, que no iba a gustarle lo que estaba a punto de escuchar.

Darius le confirmó sus temores.

-Antes de ir al centro de acogida me pasé por la comisaría de policía para alertarles de que Whitman podía estar en la zona. Les ofrecí una descripción del aspecto que tenía la última vez que lo vi, pensando que no habría cambiado mucho en estos años. Pero, aunque haya cambiado, Somerset es una ciudad pequeña y todo el mundo repara en los forasteros.

Darius paró de hablar, pero Summer intuyó que había algo más.

-¿Y?

-Y creen que lo han visto. Un par de policías que estaban patrullando la zona cerca del centro de acogida sospecharon de un hombre que coincidía con la descripción de Whitman. Cuando intentaron acercarse, salió corriendo.

Summer se quedó en silencio un momento.

-Me niego a dejar que Tyone me aterrorice de nuevo, Darius. Aunque la última vez no sirvió de nada, voy a pedir otra orden de alejamiento.

-Es buena idea. Si lo arrestan por cualquier razón aquí en Somerset, la libertad condicional le será revocada de forma automática.

Tras una pausa, Darius añadió:

-Aunque sé que te niegas a dejar que Tyrone te asuste, espero que sigas quedándote en mi casa hasta que este problema se haya resuelto. No tardará mucho en descubrir dónde vives, si es que no lo sabe ya. Tengas alarma o no, si entra en tu casa de nuevo no sabemos lo que puede hacer. Si, a pesar de saber que iría a la cárcel de nuevo y que tendría que cumplir el resto de la sentencia, sigue insistiendo, eso sólo significa que no le importa. Y las personas a las que no les importa nada son capaces de hacer cualquier cosa para vengarse de quien creen que les ha traicionado.

Summer sabía que lo que decía Darius era verdad. Tyrone la había apuntado con una pistola a la cabeza, dispuesto a matarla y a suicidarse después. Ella no quería volver a casa de Darius, pero no tenía elección. Incluso después de lo que habían compartido la noche anterior y esa mañana, era obvio que seguía habiendo tensión entre ellos. Y era evidente que Darius no quería bajar la guardia.

-¿Summer? -llamó él, esperando una respuesta.

Ella lo miró a los ojos y percibió el calor de su mirada. Darius quería protegerla. Y la deseaba. Ella sabía que, por mucho que él ocultara sus sentimientos, no podía esconder que le alegraba volver a tenerla en su cama. Y ella se alegraba también, admitió. Lo que compartían no había sido bueno sin más, sino excelente. Y la atracción que sentían el uno por el otro casi podía palpase, a pesar de que ella hubiera preferido ignorarla.

-De acuerdo, me mudaré a tu casa a partir de hoy si crees que es lo mejor -respondió.

Capítulo Nueve

Una semana más tarde, Darius estaba sentado en la cafetería del Club de Ganaderos, esperando a Lance, mientras se decía que tener a Summer viviendo en su casa era la mejor manera de protegerla. Aunque, por otra parte, no estaba seguro de que hubiera sido la mejor idea.

Al principio, Darius había levantado sus defensas, buscando excusas para trabajar en el rancho, fuera de la casa, por las noches y, así, mantener las distancias. Pero vivir bajo el mismo techo hacía difícil negar el deseo que sentía por ella.

Era evidente que Summer no había estado segura de dónde debía dormir la noche que había regresado a casa de Darius. Habían pasado primero por casa de ella para recoger algunas cosas más y, después de instalarse en casa de él y darse una ducha, Summer se había ido a la cama en el cuarto de invitados.

Darius se había quedado fuera de la casa de forma deliberada hablando con el capataz de su rancho y, cuando había entrado y la había encontrado dormida en el cuarto de invitados, había intentado convencerse de que la elección de cama que Summer había hecho había sido correcta.

Luego, Darius se había duchado y se había acostado. Pero, al saber que Summer estaba durmiendo en otro cuarto, no había podido descansar bien. Sin embargo, había pensado que aquella era la mejor manera de no poner en peligro su corazón de nuevo.

Sin embargo, la tercera noche, pensó que había llegado al límite. Había salido de la cama, había ido al cuarto de invitados y había descubierto que ella estaba despierta, con los ojos abiertos de par en par. Summer tampoco había podido dormir las noches anteriores.

Darius podía revivir con claridad aquella noche. Se había quedado parado en la puerta, mirando a Summer, queriendo no desearla y no sentir tanta debilidad por ella. Sin decir palabra, le había tendido la mano y ella había salido de la cama y había atravesado la habitación para recibirlo.

Darius suspiró pensando que, en ese momento, había descubierto una verdad innegable: Summer era y siempre sería parte de él. Entonces, había tenido que reconocer que la razón por la que siempre quería protegerla era porque le importaba todavía. Mucho.

Desde esa noche, Summer había compartido cama con él todos los días y Darius había disfrutado al despertarse junto a ella cada mañana. Y estaba empezando a acostumbrarse a tenerla en su casa, en su espacio. Estar bajo el mismo techo con ella le daba la posibilidad de conocer mejor a la nueva Summer, la que había crecido sin él. No podía evitar admirar a la mujer en que se había convertido, una trabajadora social que amaba su trabajo y comprendía lo que era ser una mujer amenazada. Una mujer que había sido maltratada.

Por las noches, Darius había dejado de buscar excusas para no estar en casa. Habían empezado a preparar la cena y limpiar la cocina juntos, a hablar de los eventos del día. Y sólo mencionaban a Whitman cuando era necesario. Había sido visto varias veces más en Somerset. Los Rangers de Texas habían sido informados también de la situación y de que Whitman había violado la libertad condicional. Aunque todavía no lo habían capturado, estaba seguro de que lo harían antes o después y se alegraba de que, mientras tanto, Summer estuviera a salvo.

-Siento llegar tarde. Me surgió un imprevisto -dijo Lance, y se sentó frente a él en la cafetería.

Darius salió de sus pensamientos de golpe y no pudo evitar reír. Por la sonrisa de satisfacción que su amigo lucía, Kate debía de ser la razón de su retraso. Y él había empezado a comprender lo que era tener una mujer querida al alcance de la mano.

-No pasa nada. Sólo quería darte una copia del informe oficial de los bomberos y ponerte al corriente de mi investigación. He hablado con todos los empleados sospechosos y he ido descartando a cada uno de ellos.

Lance asintió.

-Eso imaginé. Ya te he dicho de quién sospecho.

Sí, Lance se lo había dicho varias veces, pero él seguía sin estar convencido. Había algo que todavía no encajaba.

Darius miró el reloj. Se había convertido en una rutina para él llevar a Summer al trabajo todas las mañanas y recogerla por las tardes y no quería retrasarse. Era una rutina a la que estaba empezando a acostumbrarse. Y que le gustaba, quisiera admitirlo o no. El trabajo tendría que esperar.

Summer bajó las escaleras y miró a su alrededor. No vio a Darius por ninguna parte. Entró en la cocina para hacerse una taza de té. No era raro que Darius estuviera fuera de la casa, hablando con los hombres que se ocupaban de su rancho. Además, sabía que lo había estado utilizando como excusa para no estar juntos durante los primeros días en que habían ido a vivir a su casa.

Pero eso había cambiado. Darius había dejado de evitarla y compartían cama todas las noches. Sin embargo, Summer seguía sin querer dar nada por sentado y sabía que, cuando Tyrone fuera capturado, Darius esperaba que ella volviera a su propia casa. No sería bueno sentir apego por aquella hermosa casa, que le encantaba. Estaba a bastante distancia de la ciudad como para ser un remanso de paz y tranquilidad y, al mismo tiempo, sería un lugar excelente para criar a sus hijos.

Summer meneó la cabeza, decidida a dejar de lado sus estúpidos sueños. Lo que compartía con Darius era una relación física y nada más. Al oír pisadas, se giró, sabiendo que era él.

Darius entró por la puerta trasera, la vio y sonrió. Quizá no la amara pero no había duda de que se alegraba de verla, pensó Summer. Él cerró la puerta con llave y se quedó allí parado, mirándola. Cuando la había llevado a casa desde el trabajo, ella se había ido a dar una ducha. Y se sentía fresca pero, al mismo tiempo, caliente. Por la forma en que Darius la miraba, le estaba subiendo la temperatura a toda velocidad.

Sin decir palabra, Summer se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. Luego, levantó la cabeza y lo besó. La respuesta de Darius fue inmediata y no perdió tiempo en demostrárselo. Él presionó con su erección contra el cuerpo de ella, haciendo que una poderosa oleada de excitación le recorriera todas las venas del cuerpo.

Momentos después, Summer apartó la cara y lo miró a los ojos.

-Tenemos que hacer la cena -dijo ella en un susurro.

-Después.

Y la levantó del suelo, dirigiéndose con ella al dormitorio.

Sus cuerpos se entrelazaron. Summer se movía con Darius mientras él la besaba detrás de la oreja y le susurraba lo mucho que le gustaba estar dentro de ella, haciéndole el amor, formando una unidad. El ritmo que él había marcado era perfecto y los dos flotaban hacia el clímax. Con cada nueva arremetida, Summer sentía un placer tan profundo que la dejaba sin aliento.

-¡Ahora!

Sincronizada con él a la perfección, Summer sintió que su cuerpo empezaba a convulsionarse en un orgasmo interminable. Gritó de placer, moviendo todos sus músculos al ritmo marcado por las firmes y rápidas arremetidas de él, levantando las caderas y utilizando sus muslos para apretarlo con fuerza.

Summer echó la cabeza hacia atrás cuando él la penetró en más profundidad, agarrándola de los muslos y llevándola una vez más al clímax, asegurándose de que los dos llegaran al mismo tiempo.

Y eso hicieron.

En vez de darlo por terminado, el cuerpo de Summer seguía caliente y sus músculos internos seguían moviéndose. Su deseo era tan hondo que no había forma de apagar la pasión que había entre ellos. Era como si ambos quisieran recuperar el tiempo perdido y satisfacer una necesidad largamente desatendida.

Entonces, cuando Darius empezó a moverse dentro de ella con rápidas arremetidas, Summer gritó su nombre mientras, una vez más, un torrente de placer la atravesaba.

-¿Sabes lo bonita que eres? Y estás todavía más guapa después de hacer el amor.

Summer lo miró y vio que Darius se había despertado. Estaba sonriendo y sus ojos estaban llenos de calor, el mismo calor que ella sentía en las partes más íntimas del cuerpo.

-Gracias.

En ese instante, Summer supo que iba a tener que sacar a relucir el tema que había estado intentando dejar de lado desde que había vuelto a verlo.

Su traición.

-Y tú eres un hombre muy atractivo, haz el amor o no -repuso ella con suavidad y sinceridad. Tras una pausa, le preguntó lo que ansiaba saber. No podía seguir ocultándolo-: ¿Por qué hiciste esa apuesta?

Darius la miró con gesto confuso.

-¿Qué apuesta?

Summer estaba segura de que no era posible que no supiera a qué se refería. Pero, si él quería fingir que había perdido la memoria, ella lo remediaría.

-Hablo de la apuesta que hiciste con Walt sobre lo que tardarías en llevarme a la cama, De pronto, Darius se incorporó, mirándola con un gesto de furia incontenible.

-¿De qué demonios estás hablando? Nunca he hecho tal apuesta.

Summer se preguntó por qué lo estaría negando.

-No pasa nada, Darius. Ya no importa.

-Sí importa -repuso él con tono serio-. Sobre todo, si tú lo creíste.

Summer frunció el ceño.

-¿Por qué quieres negarlo?

-Porque nunca he hecho algo así. ¿Cómo pudiste creerlo?

Ella respiró hondo, mirándolo a los ojos.

-Porque Walt me contó lo que hiciste. Él pensó que yo tenía derecho a saberlo.

-¡Walt! -rugió él con expresión grave.

-Sí -replicó ella con convicción-. Sí, Walt Stewart. Era tu compañero de patrulla entonces. ¿O también te has olvidado de él?

-No, no me he olvidado de Walt. De hecho, hablé con él la semana pasada sobre el incendio que estoy investigando. Lo que dices no tiene sentido, Summer, porque Walt sabía lo mucho que me importabas. No es posible que te dijera algo así.

A Summer empezó a darle vueltas la cabeza y tardó un momento en asimilar sus palabras. «Walt sabía lo mucho que me importabas».

¿Estaba Darius diciendo que ella le había importado tanto como él a ella?, se preguntó. Las miradas de ambos seguían entrelazadas.

-¿Y Walt te dijo eso? -preguntó él al fin, sin poder creerlo.

-Sí.

Darius la soltó y salió de la cama, incapaz de poder ocultar su furia. Summer tragó saliva, dándose cuenta poco a poco del impacto que había tenido en ellos lo que, en apariencia, había sido una mentira. ¿Pero por qué?

-Vístete. Tenemos que hablar y éste no es lugar para hacerlo -ordenó él, interrumpiendo sus pensamientos. Agarró sus vaqueros y se los puso-. Te espero en el salón.

Summer se quedó mirándole la espalda mientras él salía de la habitación.

Darius andaba de un lado para otro en el salón, con los puños apretados. ¿Por qué diablos le había dicho Walt a Summer algo así? ¿Cómo podía haberlo hecho?

Darius recordaba muy bien que se había tomado una cerveza con Walt una noche, después del trabajo, y que le había confiado lo mucho que Summer había significado para él. Walt lo había escuchado, sin decir nada, sobre todo porque él no le había dado tiempo para hablar. Su corazón había estado lleno de amor en ese momento y había querido compartir sus sentimientos con alguien a quien había considerado un amigo.

Walt y él habían sido contratados más o menos al mismo tiempo y, enseguida, se habían hecho amigos. Darius sabía que Walt estaba resentido con las mujeres a causa de la traición de su ex mujer, pero lo había pasado por alto, diciéndose que no era asunto suyo.

En ese momento, sin embargo, empezó a darse cuenta de lo hondo que había calado el desamor dentro de Walt. Había descubierto lo que su compañero le había contado a Summer. ¿Y qué sucedía con lo que Walt le había contado a él acerca de ella y con el mensaje que le había encargado darle? Según Walt, Summer se había ido de la ciudad con un hombre mayor. Y rico.

-Ya estoy aquí.

Darius dejó de dar vueltas como un león enjaulado y se giró. Summer estaba ahí parada, vestida con una de las camisetas de él. Tanto si lo había hecho a propósito como si no, el que se hubiera puesto su camiseta significaba mucho para él. Era como si, sin palabras, estuviera reconociendo el vínculo que había entre ellos, un vínculo que se había forjado hacía siete años y, por milagros de la vida, estaba en el presente en todo su esplendor.

Hacer el amor con ella durante las últimas semanas había servido para curar viejas heridas, se dijo Darius. Sin embargo, acababa de descubrir que esas heridas habían sido autoinfligidas por culpa de creer las mentiras de Walt.

-Sentémonos y hablemos de esto, por favor. Estoy empezando a pensar que nos han tomado el pelo.

Darius la miró mientras ella se sentaba, intentando no fijarse en que la camiseta le llegaba por la mitad del muslo y en lo sexy que estaba. Debía concentrarse en lo que estaban hablando, se dijo él, una cuestión que debían analizar y resolver. En vez de sentarse junto a Summer en el sofá, lo hizo en una silla de cuero que había cerca.

-Para retomar la conversación que inicié en el dormitorio, quiero que sepas y quiero que creas que, en ningún momento, hablé con Walt de nuestras intimidades en la cama. No hubo tal apuesta.

Summer lo observó. Los dos se miraron a los ojos con intensidad. Darius percibió en los de ella el deseo de creer lo que decía. Pero...

-Entonces, ¿por qué sabía Walt lo de esa noche? -preguntó Summer-. Sabía que habías pasado la noche en mi casa.

Darius sopesó sus palabras.

-Debió de pasarse por tu casa y ver mi coche aparcado fuera.

Darius adivinó, por su expresión, que Summer estaba considerando esa opción y pensando que era posible. Sin embargo, sus ojos seguían albergando dudas.

-¿Por qué no me llamaste? -inquirió ella entonces-. Walt me dijo que te habías ido de la ciudad y que estarías unos días fuera, pero nunca volví a oír de ti. Era como si, después de haber conseguido tu objetivo de acostarte conmigo, ya no hubieras querido saber nada más de mí.

Darius se recostó en la silla.

-¿No te dijo por qué tenía que irme de la ciudad con urgencia y adónde iba?

-No me dio detalles. Sólo dijo que te habían llamado por un caso de trabajo y que estarías fuera unos días.

Darius apretó la mandíbula.

-La razón por la que tuve que irme fue porque me llamaron para decirme que Ethan había tenido un accidente grave de coche y que estaban llevándolo al quirófano. Como soy la única familia que tiene, tuve que ir a Charleston. Durante un tiempo, no estuve seguro de si Ethan iba a sobrevivir. Me pasé día y noche a su lado en el hospital y no tuve el móvil operativo. Y, cuando te llamé, me saltó un mensaje que decía que habías cambiado de número.

Summer lo miró estupefacta. Antes de que ella pudiera decir nada, Darius adivinó que era la primera noticia que tenía del accidente.

-Walt no me dijo eso -afirmó ella, enojada, poniéndose en pie-. Yo no lo sabía.

Darius se armó de paciencia para continuar con la historia.

-Cuando volví a la ciudad casi dos semanas después, cuando Ethan estuvo fuera de peligro, fui directo a tu casa desde el aeropuerto. Tu casero me dijo que te habías mudado hacía unos días y que te había ido a buscar un hombre mayor con un Mercedes, que te habías ido con él.

Summer asintió.

-Sí, era Karl Lindsey.

Darius hizo una pausa.

-Walt me dijo por qué te habías ido.

Summer volvió a sentarse y Darius no pudo evitar posar los ojos en sus muslos un segundo, antes de volver a centrar la atención en su cara.

-Sí, Walt se pasó por allí el día que Karl fue a buscarme y, por si tú te molestabas en preguntar por mí, le dije que había aceptado trabajar para Karl y que me iba a Florida durante un año.

Darius arqueó las cejas.

-¿Un trabajo?

-Sí, Karl era uno de los clientes habituales del restaurante donde yo trabajaba. Es escritor. Me ofreció trabajar como su secretaria, editando y organizando sus notas. Me había ofrecido el mismo trabajo antes, pero Tyrone me había obligado a rechazarlo. Como no había tenido noticias tuyas y después de que Walt me contara lo que habías hecho, decidí aceptar la oferta del señor Lindsey, me mudé a Florida con su esposa y él...

-¿Su esposa?

Summer se quedó un momento en silencio, observando su expresión.

-Sí, Lola, su esposa. Pareces sorprendido.

Darius la miró mientras un profundo dolor lo atravesaba. Por primera vez, se estaba dando cuenta de que la confianza de ambos había sido hecha pedazos porque tanto Summer como él habían creído las mentiras de otra persona. Él no había dudado en pensar lo peor de ella y ella había hecho lo mismo. Su relación no había estado más que en los comienzos, en un momento muy delicado en el que la confianza, la fe y el amor estaban todavía formándose. No quiso pararse a pensar en lo fuerte que podría haber sido su relación si le hubieran dado la oportunidad de crecer.

-¿Darius?

Darius odiaba decirle lo que había pensado, lo que había creído, pero sabía que tenía que hacerlo.

-El mensaje que Walt me dio, al decirme que te habías ido, fue que habías conocido a un hombre viejo y rico, que no podías perder el tiempo con un simple policía sin aspiraciones.

Summer se quedó mirándolo. Darius leyó dolor en su expresión y entendió el porqué. Igual que ella había creído las mentiras de Walt sobre él, Darius había creído las mentiras de su compañero acerca de ella.

-¿Por qué nos dejamos convencer tan rápido de cosas tan horribles? -preguntó Summer en un murmullo casi inaudible-. Walt no hizo más que jugar con nosotros -añadió-. Qué triste.

En lo que a Darius respectaba, era más que triste. Era patético. Habían perdido siete años. Entonces, dijo lo único que podía decir en ese momento.

-Lo siento.

Summer respiró hondo.

-Yo también lo siento.

Lo único que Darius pudo hacer fue quedarse allí sentado en silencio, preguntándose cómo se podía reparar un amor que había sido destruido por la mentira. Mentiras que ellos habían creído con mucha facilidad. Una voz en su interior le dijo que era mejor ir paso a paso.

-Summer, yo...

-No, Darius, creo que ambos necesitamos tiempo para digerir lo que ha pasado, para pensar en las mentiras que nos contaron y en por qué las creímos con tanta facilidad. No he tenido ninguna relación después de haber estado contigo, ni sería ni de otro tipo. Me he

acostumbrado a estar sola, a no compartir mi vida con ningún hombre. Ya no confío con tanta facilidad. Soy más cauta. Y la verdad es que no sé si eso puede cambiar.

Darius leyó entre líneas. Summer estaba insinuando que todo estaba dicho y hecho y que, a pesar de que habían vivido juntos las últimas semanas, llevándose muy bien, complementándose a la perfección, no estaba segura de que quisiera darle otra oportunidad. Su falta de fe y confianza el uno en el otro, tal vez, lo había echado todo a perder. Según sus palabras, no quería a un hombre en su vida. Las cosas habían cambiado. Summer había cambiado. Y, en cierto modo, él lo comprendía.

Durante años, Darius había mantenido las distancias con la mayoría de las mujeres y había sido muy selectivo a la hora de decidir con quién pasar el tiempo, sin permitirse ir en serio con nadie. Sin embargo, estaba dispuesto a que eso cambiara y se preguntó si ella también lo estaría. Su relación, pues él consideraba que lo que compartían era una relación, necesitaba ser reconstruida. Pero él estaba seguro de que podían hacerlo juntos.

Esa noche habían desvelado muchas mentiras. Pero Darius tenía algo más que aclarar: su asociación con el Club de Ganaderos.

-Summer, yo...

-¿Puedes llamar a las autoridades para saber si alguien ha vuelto a ver a Tyrone? -lo interrumpió ella.

Darius se dio cuenta de que Summer quería cambiar de tema. La complacería por el momento, pues la noche ya había sido demasiado abrumadora y no estaba seguro de cómo reaccionaría al descubrir otra mentira más. Una que él mismo había inventado, dentro de su plan para lastimarla. Se lo contaría en otra ocasión. Pronto. Al día siguiente.

-Sí, eso voy a hacer.

No había necesidad de decirle a Summer que pensaba matar dos pájaros de un tiro yendo en persona a Houston al día siguiente, para reunirse con el oficial de libertad condicional de Tyrone y para hacerle una visita a Walt.

Entonces, la observó, preguntándose si ella sería consciente de lo que significaba lo que había reconocido hacía unos momentos. Era el último hombre con el que había hecho el amor. Ella no había deseado tener a ningún hombre en su vida durante siete años y, aun así, se lo había permitido a él.

En ese momento, lo único que Darius pudo pensar fue lo que habían vivido juntos. El calor. La pasión.

-Supongo que podríamos sentarnos aquí, mirándonos toda la noche -dijo Summer al fin-. Pero yo prefiero volver a la cama.

Darius se puso en pie, reflexionando sobre la gravedad de los errores que ambos habían cometido. Sin embargo, sabía bien que, en ese momento, Summer lo necesitaba tanto como él a ella.

-Entonces, no quiero impedírtelo por más tiempo.

Darius se acercó a ella. Todavía quedaba mucho de qué hablar, más mentiras por destapar. Pero, en ese instante, necesitaban estar juntos y los dos lo sabían.

Darius le tendió la mano y ella la aceptó. Juntos, regresaron al dormitorio.

Mientras iban de camino al centro de acogida a la mañana siguiente, Darius recibió una llamada.

-Darius al habla.

Durante unos segundos, escuchó con atención lo que le decían.

-Es una buena noticia y te agradezco que me llames para informarme. Le comunicaré la información a la señorita Martindale.

Darius colgó y miró a Summer.

-Era un Ranger de Texas que es amigo mío. Me llamaba para decirme que han capturado a Whitman esta mañana.

Summer mostró expresión de alivio.

-¿Dónde?

Se habían detenido en un semáforo y Darius la miró.

-A una manzana de tu casa -respondió él.

Darius odiaba contarle el resto de la información, pero tuvo que hacerlo.

-Whitman llevaba una pistola y una cuerda.

Summer se puso rígida y Darius comprendió por qué. Era muy probable que Whitman hubiera descubierto dónde vivía y existían muchas posibilidades de que no hubiera planeado utilizar la información para hacer nada bueno. Teniendo en cuenta que había violado la libertad condicional, tendría que regresar a prisión y cumplir toda la sentencia.

Summer no dijo nada y se quedó mirando al frente, a través del parabrisas.

-¿Estás bien? -preguntó él.

Summer giró la cabeza para mirarlo.

-Sí, estoy bien.

Igual ella estaba bien, pero Darius, no. ¿Cómo podía haber estado tan equivocado respecto a Summer? Estaba deseando enfrentarse a Walt por todas las mentiras que le había dicho.

-Tengo que ocuparme de algo esta mañana y no volveré a tiempo para comer contigo.

-Bien.

Summer no parecía estar de humor para hablar y él supuso que necesitaría tiempo para digerir lo que le había contado de Whitman.

-Como Tyrone está en comisaría, no hay razón para que no pueda volver a mi casa, ¿verdad? -preguntó ella.

«La única razón que hay es que no quiero que te vayas. Me he acostumbrado a tenerte cerca. Me he enamorado de ti de nuevo», pensó Darius.

-No, no hay razón -respondió, sin embargo.

Darius respiró hondo y, en ese instante, supo que no podía seguir negando lo que había sabido desde el principio: la amaba. Nunca había dejado de amarla.

Y, durante todo ese tiempo, había intentado convencerse de que quería vengarse de ella, cuando sabía que, a la hora de la verdad, no podría haber ejecutado su plan por mucho que hubiera querido lastimarla.

Desde el momento en que Summer lo había mirado, había caído rendido a sus pies. A pesar de que, a lo largo de los años se había intentado convencer de que la había olvidado, la verdad era que no había sido así. Aceptar lo mucho que la amaba era un alivio enorme.

Al fin, podía admitir lo que sentía. Toda la tensión y la rabia que había sentido desde que había vuelto a verla desaparecieron de su corazón. Su alma estaba llena de gozo y él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que fuera necesaria para que Summer volviera a ser suya.

Capítulo Diez

Pocas horas después, a la hora de comer, Summer se puso las zapatillas de deporte para ir caminando a la cafetería, mientras pensaba que era la primera vez en mucho tiempo que recorría ese camino sin Darius a su lado.

Respiró hondo, aliviada, al pensar que había terminado lo que podría haber sido otra terrible pesadilla con Tyrone. Sintió un escalofrío al pensar en los artículos que Tyrone había tenido en su posesión. No tenía ninguna duda de que había pretendido lastimarla y le estaba muy agradecida a Darius por haberla mantenido a salvo.

Darius. El hombre al que amaba.

Summer se preguntó si habría sonado convincente cuando le había dicho que no quería ningún hombre en su vida. En parte, deseaba ser suya por completo, pero temía alimentar vanas esperanzas de nuevo. Incluso después de conocer la verdad, eso no bastaba para borrar el dolor que había sentido durante tantos años.

Además, Darius no había dicho nada para darle a entender que quisiera retomar lo que habían compartido en el pasado. Cuando ella había hablado de volver a su casa, ya que la amenaza de Tyrone había terminado, él no había intentado convencerla de lo contrario, ni le había dicho que no quería que se fuera.

Darius se había disculpado por haber creído las mentiras que Walt le había contado. Y ella se había disculpado también por lo mismo. Más tarde, habían hecho el amor pero no se habían hecho ninguna promesa. No habían hablado del futuro. Y, aunque él no lo había dicho, ella tenía la intuición de que no quería comprometerse con ninguna mujer.

Eso significaba que lo único a lo que Summer podía aspirar era a la misma vida que había tenido hasta entonces. La clase de vida a la que se había acostumbrado. Algo solitaria, pero segura. Seguiría viviendo sin el hombre al que amaba.

Darius estaba tan furioso cuando vio a Walt caminando hacia él que tuvo ganas de golpearlo. Pero se esforzó para contener su rabia. Lo único que quería del hombre que tenía delante era una explicación por lo que había hecho.

Sin decirle a Walt por qué, lo había llamado y le había pedido encontrarse con él en Laverne Square, una zona nueva de Houston, cerca del parque Madaris Office.

Darius se levantó del banco donde estaba sentado al ver la mirada de curiosidad de Walt.

-Darius, ¿no te llegó el mensaje que te mandé diciéndote que el tipo que querías que investigara está limpio? Te lo dejé en el buzón de voz la semana pasada.

-No es por eso por lo que quería hablar contigo -repuso Darius, intentando ocultar su amargura.

Walt arqueó las cejas.

-Ah. ¿Entonces, qué pasa?

Darius lo miró a los ojos.

-Estoy aquí por la mentira que me contaste sobre Summer Martindale.

Walt le sostuvo la mirada durante un instante antes de apartar la vista para mirar a una fuente. Se quedó callado un momento y Darius se preguntó si iba a responder. Entonces, Walt volvió a mirarlo.

-Tenía un pasado horrible con ese novio loco suyo. Sólo te iba a causar problemas. No te convenía.

Darius se puso tenso al escuchar sus palabras. Era como si Walt creyera que tenía derecho a tomar aquella decisión por él.

-Te equivocaste, Walt. Ella no me iba a causar problemas y tú sabías lo que sentía por ella. No sólo me convenía, sino que la amaba.

-Tienes mucho que aprender de las mujeres, Darius. No puedes enamorarte así de ninguna, ni admitir que la amas.

Darius lo miró fijamente un momento.

-La verdad es que hay mucho que tú tienes que aprender sobre ellas -replicó Darius en tono cortante-. Y reconocer a una mujer buena está al principio de la lista.

Walt lo miró frunciendo el ceño.

-No hay mujeres buenas.

Walt tenía problemas psicológicos graves, pero Darius pensó que no eran asunto suyo. En lo que a él respectaba, lo que Walt le había hecho era imperdonable. Cuando pensaba en todos los años que había perdido, pudiendo estar con Summer, años en los que había repudiado hasta su nombre... sintió ganas de matar a Walt. Tanto sufrimiento por nada. Sólo por sus mentiras.

Asqueado y sin nada más que decir, Darius se giró para irse.

-Eh, hombre, espera, somos amigos, ¿verdad? ¿No te has enfadado, no? -preguntó Walt de buen humor.

Darius dejó de andar y miró por encima del hombro. Sus miradas se encontraron. Walt recibió la respuesta a su pregunta sin necesidad de palabras.

Sin embargo, Darius quiso asegurarse de que lo comprendiera.

-No. Nuestra amistad murió el mismo día en que me mentiste. Yo la amaba pero, como pensé que eras mi amigo, te creí. Un amigo de verdad no habría hecho lo que tú hiciste.

Sin decir más, Darius se alejó.

Summer estaba a punto de irse a la cafetería cuando vio que uno de los guardas de seguridad escoltaba a un hombre mayor, muy elegante, hacia la entrada del centro. No hacía falta ser muy lista para darse cuenta, por la forma en que el hombre caminaba, de que se trataba de alguien poderoso, alguien importante, lo que significaba que sólo podía ser un miembro del Club de Ganaderos de Texas. Kevin Novak le había advertido de que, durante los próximos meses, era probable que algún miembro del club se pasara por allí para ver cómo iba el centro, ya que les había pedido más dinero para hacer ampliaciones.

Esbozando la más amplia de sus sonrisas, Summer se acercó a la entrada para saludarlo.

-Bienvenido a Helping Hands -dijo ella, tendiéndole la mano-. Soy Summer Martindale, la trabajadora social.

El hombre le estrechó la mano y la miró.

-Así que tú eres la jovencita que está causando tanto revuelo...

Summer se esforzó por no dejar de sonreír cuando reconoció su voz. Él era con quien había hablado por teléfono cuando había llamado pidiendo más guardas de seguridad.

-¿Revuelo? -preguntó, sin poder evitarlo y sin gustarle la forma en que aquel hombre la miraba por encima del hombro.

-Sí. Yo soy Sebastian Huntington, miembro del Club de Ganaderos de Texas.

-Encantada de conocerlo, señor Huntington.

Él no respondió que el placer fuera mutuo. En vez de eso, miró a su alrededor.

-Las cosas parecen muy tranquilas por aquí. No entiendo por qué hacen falta dos guardas. Pero parece ser que has logrado convencer a Kevin Novak de lo contrario.

Summer estuvo a punto de decir que la razón por la que las cosas parecían tranquilas era que todo el mundo se sentía más seguro con dos guardas, pero no le dio tiempo.

El hombre volvió a mirarla por encima del hombro y se le adelantó.

-Y a ese Darius Franklin, que es obvio que está encaprichado contigo. También él ha estado hablando mucho de tus virtudes en las reuniones del club -comentó Huntington y, con gesto burlón, escrutó el rostro de ella-. Ahora entiendo por qué.

Summer se mostró sorprendida.

-¿Darius?

-Sí. Es uno de nuestros miembros más recientes.

¿Darius era miembro del club?, se preguntó Summer, confundida.

-¿Desde cuándo es miembro?

El hombre frunció el ceño, mirándola como si hubiera hecho una pregunta estúpida.

-No lo suficiente como para que sus amigos y él puedan creerse importantes. Sólo lleva un año en el club.

Summer asintió.

-Ah, entiendo.

Y lo más triste era lo que entendía. Darius la había mentado.

-¿Estás lista para salir?

Al oír su voz ronca y profunda, Summer levantó la vista del documento que había estado leyendo. Habían pasado casi tres semanas desde que había escuchado su voz en ese mismo despacho por primera vez después de siete años.

Después de que el señor Huntington se hubiera ido, Summer se había dirigido a la biblioteca en vez de a la cafetería. Allí, había buscado información de la sección del Club de Ganaderos de Texas localizada en Somerset. Darius aparecía en la lista de miembros y se había unido al club el mismo día que Kevin Novak y algunos hombres más. Por la foto, parecía que Darius y el señor Novak se conocían muy bien. ¿Por qué había fingido él lo contrario cuando ella le había hablado de su reunión con Kevin Novak? ¿Por qué le había ocultado deliberadamente su pertenencia al club?

En vez de responder a lo que Darius le había preguntado, Summer hizo su propia pregunta:

-¿Por qué no me dijiste que eras miembro del Club de Ganaderos?

Darius la miró sorprendido y ella adivinó que estaría preguntándose cómo lo había descubierto.

-El señor Huntington se pasó por aquí para ver el centro y mencionó que eras miembro del club -explicó ella, recostándose en su asiento-. Así que quiero saber por qué no me lo dijiste, Darius. Tuviste varias oportunidades de hacerlo cuando estaba preparando mi reunión con el señor Novak y también después de eso. ¿Por qué no me lo dijiste?

Darius deseó habérselo contado todo a Summer la noche anterior. ¿Cómo reaccionaría al descubrir que le había ocultado la información porque había trazado un plan para vengarse de ella?

Lo más probable era que, al explicárselo, desapareciera cualquier posibilidad de reconstruir su relación. Aun así, Darius tenía que ser honesto y enfrentarse a la verdad. Las mentiras eran lo que los había conducido donde estaban.

Darius suspiró, entró en el despacho y cerró la puerta tras él. Se recostó en la pared.

-La razón por la que no quería que lo supieras es porque seguía creyendo que te habías ido de Houston con un hombre rico. Un hombre al que habías preferido antes que a mí a causa de su riqueza. Con ese pensamiento en la cabeza y en el corazón durante tantos años, albergaba mucho resentimiento hacia ti, por haber elegido el dinero por encima del amor.

Summer no dijo nada y él prosiguió.

-Pensé que, si eso era cierto, cuando averiguaras que yo era rico y que había tenido éxito en la vida, podría vengarme de ti, seduciéndote, llevándote a la cama y dejándote después, de la misma manera en que tú me habías dejado a mí. Quería hacerte daño, como tú habías hecho conmigo.

Summer siguió callada un momento.

-¿Tanto me odiabas? -preguntó en voz baja.

Darius tomó aliento, percibiendo lo mucho que la había herido.

-Eso creía. Pero después de conocer a la nueva Summer Martindale, después de ver cómo estás dedicada a las mujeres del centro de acogida y cómo pasas largas horas trabajando después de que acabe tu turno, me di cuenta de que, por mucho que yo quisiera vengarme, no podría haberlo hecho. ¿Y sabes por qué, Summer?

-No tengo ni idea -repuso ella en tono cortante.

Darius la miró a los ojos.

-Porque me di cuenta de que, aunque lo he intentado a lo largo de los años, no he podido reemplazar el amor por odio. Aunque quería lastimarte, nunca podría porque sigo amándote.

Sus miradas se entrelazaron durante un momento. Darius se preguntó si ella lo creería. Esperó y rezó por que ella diera muestras de que así era. Había hecho mal al querer vengarse pero, en el pasado, había sentido que debía hacerlo, inducido por el dolor.

-Han pasado tanto años, Summer... Nos debemos a nosotros mismos intentar reconstruir la relación que echamos a perder por nuestra falta de confianza el uno en el otro. Hoy he ido a ver a Walt a Houston. Quería saber por qué lo había hecho. Al saber que yo me había enamorado de ti, él había pensado que ibas a lastimarme. Pero la verdad es que salí perdiendo de todos modos. No por tu culpa, sino porque creí lo peor de ti.

Darius se apartó de la puerta y dio unos pasos hacia la mesa de ella.

-Te pido que me des la oportunidad de hacer lo que quería hacer siete años atrás: amarte como se supone que un hombre debe amar a una mujer. Por favor, Summer, déjame entrar en tu corazón. Dame la oportunidad de demostrarte que soy el hombre que necesitas.

Dio otro paso hacia ella.

-¿Podrías olvidar todo el dolor y las mentiras del pasado y tomar el camino que debíamos haber tomado hace años? ¿Podrías amarme tanto como te amo a ti? ¿Podrías esforzarte conmigo en reconstruir nuestra relación, basándola en el amor, la confianza y la fe?

Darius observó una lágrima que rodaba por la mejilla de Summer. Contuvo el aliento antes de que ella empezara a hablar.

-Sí -dijo ella despacio-. Puedo esforzarme en reconstruir nuestra relación porque yo también te amo y quiero que formes parte de mi vida. Quiero tener un futuro contigo, no a causa de tu riqueza, sino porque me has demostrado más de una vez que estás ahí cuando te necesito, que piensas siempre en mi bien y me proteges cuando necesito protección.

Summer se levantó de la silla y dio la vuelta a la mesa para acercarse a él.

-Tenemos muchos años por recuperar pero, desde la noche en que volvimos a dormir juntos, supe que era lo que quería. Aunque tenía miedo de albergar esperanzas respecto a ti.

Darius la tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza. Luego, inclinó la cabeza y la besó. Quería que Summer siempre estuviera a su lado y, por la intensidad del beso, ella parecía querer lo mismo.

Momentos después, Darius apartó sus labios.

-¿Lista para ir a casa, tesoro?

Summer le sonrió.

-Sí, estoy lista.

Darius le dio la mano y salieron juntos del despacho. Él sabía que había mucho trabajo por hacer, hasta reconstruir su relación del modo que ambos querían y merecían. Las mentiras la habían destruido en una ocasión, pero el amor podía restaurarla. Su amor lo haría posible.

Los dos se asegurarían de ello. Juntos.

Epílogo

Tres semanas después

Summer salió al porche y miró a su alrededor. Era un día precioso y el aroma a flores poblaba el aire.

Sintió mariposas en el estómago cuando vio el coche entrar en el patio. Sonrió. Darius había llegado a casa.

Miró de nuevo a su alrededor, pensando lo fácil que era sentirse en su hogar en aquel hermoso rancho. No había regresado a su casa y, cada semana, había ido llevando más pertenencias a casa de él.

Y una noche, cuando habían estado ocupados sacando cosas de las cajas de ella, de repente Darius se había puesto de rodillas y le había pedido que se casara con él. Le había pedido que fuera su esposa, la madre de sus hijos y su mejor amiga para toda la vida.

Llorando de emoción, ella había aceptado de inmediato.

Cuando él le había puesto el anillo de compromiso en el dedo, ella había sentido todavía más amor y felicidad de los que había creído posibles. Aún no habían establecido una fecha y habían decidido hacer las cosas poco a poco.

Summer había conocido a los amigos de Darius y había podido comprobar lo especial que era su amistad. Le gustaban mucho. Esa noche, iban a quedar con Lance y Kate para cenar en el Club de Ganaderos.

En cuanto Darius paró el motor, Summer corrió escaleras abajo y, cuando él abrió la puerta del coche, allí lo estaba esperando.

Darius la tomó entre sus brazos y la besó, haciéndole sentir deseada y amada. Las cosas eran tan maravillosas entre ellos que, de vez en cuando, ella tenía que pellizcarse para comprobar que no fuera un sueño. Y una y otra vez, Darius le demostraba que era muy real.

Darius la apartó un momento para poder mirarla a la cara.

-¿Estás bien? -preguntó él, preocupado-. Me he pasado por el centro de acogida y Marcy me ha dicho que hoy has salido algo más temprano de lo habitual.

Summer sonrió.

-Sí, estoy bien. Pero quería estar en casa cuando tú llegaras. Había pensado mimarte un poco antes de salir a cenar.

Darius sonrió al escucharla. Sin duda, le gustó mucho la idea.

-¿Mimarme?

-Sí. ¿Te apetece?

En vez de responder, Darius la levantó en brazos y subió con ella las escaleras. «Sí», pensó Summer, «le apetece».

Summer rió, sabiendo que, en cuanto entraran en casa, él iba a demostrarle lo mucho que le apetece.

FIN

En el Deseo titulado *La última noche*, de Charlene Sands, podrás continuar la serie
MAGNATES